

**BBC**  
BOOKS

DOCTOR • WHO

# Hermoso caos

GARY RUSSELL





# *Hermoso Caos*

Gary Russell



*Audiowho Novelas*

**BBC Books**

26/12/2008

*r5*

# Notas de Traducción

## Organización

Organizado en Trello por Bigomby y Scnyc.

## Traducción

Traducido mediante Google Translator Toolkit por:

- Dani LeStrange
- Takhisis\_eam
- Fernando Setas
- José Fernando Carrero Martín
- Misifú del Tiempo
- Jesica Rodriguez

## Corrección

Corregido usando Google Docs por:

- David Formentin

## Maquetación

Maquetación en LaTeX por Bigomby.

## Portada

Portada realizada por Ricon.

## Agradecimientos y colaboraciones

Con la colaboracion de msg\_amgeek y Weber.

Agradecimientos a todas las webs y foros que han ayudado a difundir estas traducciones.

# Índice general

<b>Un día</b>	<b>7</b>
<b>Viernes</b>	<b>13</b>
<b>Sábado</b>	<b>77</b>
<b>Domingo</b>	<b>139</b>
<b>Lunes</b>	<b>191</b>
<b>Viernes</b>	<b>227</b>
<b>Un día (repetición)</b>	<b>235</b>



# Un día

Llovía allí en la colina, el continuo chop, chop, chop golpeando la gran sombrilla de golf como balas en una lata. Para ser sinceros, llovía en todas partes, pero arriba en la colina, allí en el huerto, era el único lugar dónde Wilfred Mott se preocupaba de verdad por si llovía o no.

Siempre que llovía, no podía evitar recordar. Aquél terrible, terrible día cuando él llegó a casa, trayendo a Donna consigo. Inconsciente, incapaz de recordar nada. Por su propia seguridad.

Wilf recordó aquella última vez que vio al Doctor, empapado por la lluvia, con su cara surcada de agua, el pelo chorreando y las ropas húmedas y pegadas a su cuerpo larguirucho. Y sus ojos, sus ojos parecían tan atormentados, tan tristes, tan perdidos. Y tan, tan viejos. Parecían los ojos de un hombre mayor, atrapado en un ridículo cuerpo joven. Tan mísero, tan solo y solitario.

Entonces esa maravillosa cabina azul se había desvanecido mientras Wilf le saludaba.

Y nunca había vuelto a ver al Doctor.

Pero eso no le impedía mirar, allí arriba. Arriba en el cielo nocturno, a las estrellas que sólo seguían allí gracias a Donna. Hacia las estrellas que calentaban e iluminaban incontables planetas, con incontables vidas que debían su existencia a Donna Noble.

No quería pensar en eso. No lo entendía del todo, él sólo confiaba en el Doctor con su vida. Y el Doctor merecía esa confianza porque les había salvado a todos.

De las naves espaciales del cielo, de la estrella de Navidad, del gigantesco Titanic, de los adiposos, de los Sontaran y de los Dalek.

Y aquellos eran los únicos que él conocía. Sabía por Donna, la Donna que había sido antes, que había habido incontables más.

Negó con la cabeza al pensar en todo lo grandioso de aquello. Y en lo pequeño e insignificante que era él en comparación. Pero a él no le importaba. Porque el honor era haber conocido al Doctor.

Rebuscó en su bolsillo empapado y sacó una cartera de cuero. Y de su interior, sacó unas cuantas fotografías.

Una mostraba a Donna el día de su boda, la boda que nunca tuvo lugar. Donna creía que nunca había llegado al altar porque el pobre Lance se había visto en medio de todo lo que pasó con la estrella de Navidad atacando las calles de Londres. Lance murió entonces, esa es la historia que le habían dicho. De hecho, es la historia que Wilf contó a todo el mundo. Y también le dijo a Donna que había estado tan traumatizada por la muerte de Lance, que se había ido a Egipto para superar el mal trago.



Fuera lo que fuera lo que el Doctor había hecho a sus recuerdos, hizo que el cerebro aceptara la historia y encontrara una forma de encajarlo, por lo que estaba convencida de que eso era lo que realmente había pasado. Quizás era eso lo bueno que había salido del “accidente”, que su cerebro hacía eso para enfrentarse a ello, más que a un año en blanco, si le dejabas caer una idea, ella era capaz de racionalizarlo sin preguntar. Como un rompecabezas donde no encajaban las piezas sino que se transformaban para encajar, y formaban una imagen ligeramente distinta que Donna nunca se atrevería a preguntar.

Otra fotografía era de Donna con su madre y su padre en la cena del cumpleaños de su padre en la ciudad. Resultó ser su último cumpleaños.

La última imagen era de una mujer mayor en una silla de mimbre, con un vaso de cerveza negra en la mano, brindando al fotógrafo.

Wilf suspiró. Demasiada tristeza en la casa de los Noble durante el último par de años.

Apartó las fotografías y volvió a echar un vistazo al telescopio. Nada que ver.

—¿Cómo está el cielo esta noche? —preguntó una voz por detrás.

—Hola, cariño —dijo Wilf, indicando a la recién llegada que se uniera a él bajo la sombrilla—. ¿Qué haces aquí? Te vas a enfriar.

—Oh, estoy bien, Papá —dijo Sylvia Noble, pasándole un termo—. Te he traído un poco de té y una tableta de chocolate.

Wilf cogió agradecido el termo, y se sentaron en silencio durante un rato, dejando que la lluvia creara una sinfonía por

encima de ellos. Entonces destapó el termo y se lo ofreció a su hija. Ella negó con la cabeza.

—Donna hacía esto —murmuró.

Sylvia asintió.

—Lo sé. Quizá necesite que le estimule la memoria y vuelva a hacer lo mismo.

Wilf se encogió de hombros con tristeza.

—Mejor que no, ¿eh? Sólo por si acaso.

Sylvia cambió de tema.

—¿Entonces no hay cabinas azules en el cielo esta noche?

—Hoy no. Pero un día le veré.

Hubo una pausa.

—¿Te importa de verdad? ¿Después de todo lo que ha hecho por nosotros?

—Sí, cielo, me importa —dijo Wilf—. Necesito saber que sigue ahí afuera, vigilando todavía por nosotros.

Vigilando el universo. Porque entonces sabré que Donna sufrió por algo que vale la pena. Pero sin él, no estamos seguros.

—Eso es demasiada fe para poner en un solo hombre, Papá —dijo Sylvia con tranquilidad—. Y mucha responsabilidad.

Wilf sabía que a Sylvia no le gustaba el Doctor, y no sólo por lo que le había pasado a Donna. Ella pensaba que si el Doctor nunca hubiera venido a la Tierra quizá aquellos Dalek tampoco lo hubieran hecho. Era una larga discusión, y ellos nunca se pondrían de acuerdo. Por ello, intentaban no hablar demasiado del Doctor.

—Está ahí fuera, cariño. Protegiéndonos. Y a los marcianos y a los venusianos. Y Dios sabe a quien más —tomó un

sorbo de té—. Deberías volver para calentarte.

Sylvia asintió y se levantó.

—¿Te vas a quedar mucho rato?

—No, sólo quiero quedarme hasta las once, entonces me iré.

—Donna ha sugerido ir a visitar a Netty mañana.

Wilf bajó el té.

—No gracias —dijo rápidamente.

—Papá, tendrás que verla en algún momento —Sylvia se estiró y apretó su mano—. Si no es por tu bien, hazlo por el suyo.

—No deberías dejar que Donna fuera —dijo Wilf—. No es seguro. ¿Qué pasa si dice algo del Doctor?

—No lo creo. Y aunque lo hiciera, Donna no lo entenderá y Netty no podrá explicarlo —Sylvia se levantó y caminó por la lluvia. Entonces miró atrás a su viejo padre—. Hemos pasado por cosas por las que nadie debería pasar, Papá —dijo con calma—. No provoquemos más nosotros. Ven, por favor.

—Me lo pensaré. Ahora vete, antes de que te enfríes.

Sylvia señaló al cielo.

—El Doctor lo querría —dijo.

Wilf se giró, frunciendo el ceño.

—Eso no es cosa tuya, cielo. Por favor no digas eso.

Sylvia asintió.

—Lo siento, Papá —y bajó por el huerto y la colina.

Wilf vio su silueta empequeñeciéndose hasta que se perdió de vista, entonces desenvolvió su tableta de chocolate y mordió un pedazo. Se giró para volver a mirar otra vez por el telescopio, preocupado porque Sylvia había hablado del Doctor.

Preocupado porque era un golpe bajo. Y preocupado porque Sylvia tenía razón.

Una lágrima cayó por la mejilla de Wilf.

Por muchas razones.

# Viernes

Terry Lockworth comprobó su teléfono móvil, pero todavía no había cobertura. María iba a estar tan harta de él, pues había tenido que trabajar hasta tarde, pero no podía hacérselo saber. Sin duda el bol de espaguetis acabaría en la papelera esa noche. De nuevo. Pobre María, no era culpa suya que terminara harta de él pero, ¿qué se suponía que tenía que hacer? Habían estado casados durante tres meses, tenían un hijo en camino (por favor, que sea una niña), e iban escasos de dinero.

Sí, claro, su padre les había dado un depósito para el apartamento de Boston Manor, pero aún quedaba la hipoteca, las facturas, las clases pre-natales, la comida... Terry negó con la cabeza mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo. Deja de quejarte, se dijo, y sigue adelante con el trabajo, entonces estarás en casa en una hora con un poco de suerte. Y lo que era más importante aún, estaría fuera de ese punto sin cobertura en menos que eso, por lo que al menos la podría llamar.

Cogió su caja de herramientas y sacó los cortaalambres, recortó el recubrimiento de plástico del cableado de cobre y

cortó los cables. Luego tiró los viejos cables de la caja de conexiones y sacó un rollo largo y delgado de fibra óptica de la caja de herramientas. Aquellas eran fibras ópticas interesantes (bueno, vale, sólo Terry las encontraba interesantes) porque eran aún más finas de lo normal. Un nuevo sistema desarrollado por los americanos (siempre son los mismos), y este edificio era el primero en Reino Unido en utilizarlos. Habían enviado a Terry a un curso en Nueva York hacía seis meses para aprender sobre el sistema. Aquello había sido divertido: un montón de noches en la ciudad con Johnnie Bates, descubriendo que era de verdad la ciudad que nunca dormía. Frecuentemente habían conseguido llegar a las clases de entrenamiento al día siguiente, con resaca pero felices.

Sin embargo, Terry era lo bastante sensato como para saber cuándo ir de fiesta y cuándo aplicarse y hacer el trabajo, y él y Johnnie habían vuelto a Inglaterra, certificados para trabajar en la instalación de esta nueva fibra óptica, lo que hizo a los dos populares con su jefe y les ganó un poco de dinero extra.

Les habían prometido otro extra si hacían este trabajo y, francamente, era el dinero lo que les movía a hacerlo. El cableado fue fácil, fue la eliminación de las cosas viejas de cobre lo que estaba tomando más tiempo.

Johnnie estaba un par de pisos por encima de él, más cerca de la suite de demostración. Lo habían echado a suertes con una moneda para ver a quién se paseaba por ahí con los peces gordos y tenía la oportunidad de robar una taza de té de las secretarías y las APs y a quién le tocaba las escaleras traseras y los pasillos de servicio. Terry había perdido, por supuesto.

No habría té para él.

Sacó un destornillador de su cinturón de herramientas y empezó a abrir la última caja de conexiones, silbando algo que había oído en la radio del coche. Cualquier cosa para pasar el tiempo.

Si hubiera mirado por encima de la obra que acababa de hacer, podría haberse sorprendido al darse cuenta de que los cables de fibra óptica que había conectado en las cajas de conexión anteriores brillaban extrañamente.

Los cables que no estaban conectados a fuentes de energía rara vez brillaban. Nunca, para ser francos. Simplemente no pasaba. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Cómo podía ser posible? Pero estaba ocurriendo: pequeños impulsos de color púrpura de energía, brevemente parpadeando arriba y abajo por el cableado. Casi como el bombeo de la sangre por las venas de una enorme criatura electrónica.

Terry no se dio cuenta porque estaba mirando hacia delante, mirando dónde iba a hacer lo siguiente, no dónde acababa de estar.

Lo cual fue desafortunado. No sólo para Terry Lockworth, cuyos espaguetis a la boloñesa quedarían sin comer esa noche, sino también para casi toda la raza humana.

Terry entrelazó el último pedazo de cableado de fibra óptica en la última caja de conexión y atornillándola, la cerró por última vez, sonriendo para sí. Arriba, Johnnie debería estar recibiendo una prueba de que el cableado estaba terminado, y sus monitores le dirían que todo estaba listo para salir.

Mientras Terry terminaba de apretar el último tornillo, un masivo rayo de energía alienígena púrpura se precipitó a tra-

vés de su destornillador, por su mano y por todo su cuerpo. Se movió tan rápido que, en el momento en que los minúsculos copos carbonizados que eran todo lo que quedaba de Terry cayeron al suelo, el destornillador sólo estaba empezando a separarse de la cabeza del tornillo.

Por supuesto, Terry tuvo suerte. Al morir tan repentina, violenta y eficientemente, se salvó de lo que estaba por venir en los próximos días.

Pero él probablemente no lo hubiera visto exactamente así.

Arriba, en la suite del ático, Johnnie Bates estaba vinculando todos los ordenadores con el principal servidor de administración del Hotel Oracle, faro del esplendor arquitectónico que era el Western Development Business District, comúnmente conocido como la Milla de Oro, justo al lado izquierdo de la autopista M4 saliendo de Londres.

Pero para el hombre que era dueño del hotel, Johnnie era sólo un pequeño hombre con un mono gris haciendo algo con cables.

Dara Morgan, según las biografías que mantenía cuidadosamente en las páginas web de sus empresas, hizo su primer millón en Derry, cuando tenía sólo 26 años, con la creación de una popular web de descarga de música que permitía descargas baratas seis veces más rápido que las velocidades tradicionales y con cuatro veces más calidad que los MP3 tradicionales.

La industria de la música le amaba. Los consumidores le amaban. El gobierno le amaba. Su madre le amaba (bueno, eso pensaba, no hablaban mucho estos días, es lo que tenía que estuviera en una urna de plata en la repisa de la chimenea junto



a su padre). Y el mundo de los negocios le amaba. Cuatro años más tarde, MorganTech era la financiación tras el nuevo Día Mundial de la Donación de Sangre, trayendo trabajo y desarrollo a Hounslow, Osterley y a todas esas otras zonas de Londres entre Brentford y el aeropuerto de Heathrow de las que nunca había oído hablar antes de la compra de los terrenos.

Con un portafolio personal de alrededor de 65 millones de libras, a un paso de ser una megaestrella, ya cenaba con los Trump, los Gates, los Rothschild, los Gettys y media docena más de los que movían los hilos con nombres impronunciables de todo el mundo. En realidad, los nombres no eran impronunciables, pero Dara Morgan no se molestaba en recordarlos. Ellos simplemente no importaban lo suficiente.

Lo que le importaba ahora era conseguir que las suites de su nuevo hotel estuvieran listas para la demostración de su nuevo ordenador portátil. Y el pequeño hombre del mono gris mugriento no iba lo bastante rápido.

—¿Cait? — chasqueó los dedos y una potentemente vestida pelirroja con unas finas gafas metálicas y unos tacones increíblemente altos se acercó.

—Señor Morgan, ¿señor? —Dara Morgan señaló hacia el hombre del mono gris.

—¿Cuánto tiempo más hay que esperar? —preguntó, con su acento norirlandés suave espetando inusualmente.

Caitlin asintió comprendiendo y se acercó a preguntarle al hombre para obtener información.

Dara Morgan sonrió para sus adentros, mirando a Caitlin mientras se movía. Él la apreciaba en muchos aspectos, pero

su belleza estaba muy alta en la lista.

Todos en su organización eran de Derry o de los distritos vecinos de Irlanda del Norte. Y lo que era más importante aún, todos ellos eran gente con la que había crecido. Todas las historias de los padres y hermanos mayores sobre las luchas, los asesinatos, el honor. Las marchas, las tropas, las recriminaciones y los castigos.

Era la historia para Dara Morgan, algo de otra época, por lo menos. Su generación no había tenido tiempo de preocuparse por las luchas, más de lo que se preocupaban por las hambrunas de patata o de Oliver Cromwell. Esa era historia antigua. Dara Morgan y MorganTech eran el futuro. En muchos sentidos.

Pasó una mano por su pelo largo hasta los hombros y luego sacó su móvil, haciendo una pausa para oler el aroma de champú de sus dedos. Era muy importante estar limpio. Para verse bien y oler mejor.

En el colegio, le habían diagnosticado como una forma de trastorno obsesivo compulsivo, ¡como si la compulsión obsesiva de lavarse las manos cada vez que entraba en contacto con otra persona fuera algo malo! Las personas llevaban gérmenes y, aunque no creía ni por un momento que iba a ser derribado por la malaria sólo con darle la mano a un extraño, no era tan irracional cuidarse uno mismo de vez en cuando.

En el colegio nunca le entendieron, o eso recordaba vagamente. Era demasiado pequeño, probablemente demasiado centrado en los planes de estudios, en los horarios y en los deportes.

No podía esperar para irse, y así lo había hecho en el mo-

mento en que terminó sus exámenes. No habría bachillerato, universidad o formación profesional para él. Directo a los negocios, directamente a la tecnología de la información, el futuro del mundo, directamente a la creación de un sistema de MP3 para los trogloditas que pensaban que Gran Hermano y Factor X eran el principio y el fin de toda la cultura televisiva. Él los necesitaba, por supuesto, porque le habían ayudado a alcanzar su potencial, habían sido los primeros peldaños en la escalera hacia el éxito. Para poder gobernar el mundo, a través de los negocios. No tenía ningún deseo de gobernar el mundo en realidad, pues estaba lleno de demasiadas gruesas personas peleándose por el petróleo, el territorio y Dios para ser un plan bastante sensato como para poder controlarlo.

Pero podría dominar la tecnología, despedir a los llamados actuales gigantes y comprar el acceso a los hogares y lugares de trabajo de todo el mundo en el planeta.

Eso era suficiente. Y en la demostración de prensa de mañana, el plan daría su primer paso.

Caitlin volvió y dijo que el hombre estaba esperando la llamada de otro hombre en algún área de servicio en la entreplanta y estaría listo. Dara Morgan miró hacia allí, el renombrado hombre estaba tratando de llamar.

—Dile a tu amigo —le dijo Dara Morgan a Caitlin—, que no va a conseguir hablar con su colega. Las áreas de servicio están bloqueadas a las señales de cobertura. Dile que tiene que usar un terminal. Si las fibras ópticas están conectadas, le pondrán directamente con el móvil de su socio. Caitlin asintió y transmitió el mensaje.

Dara Morgan vio como el renombrado hombre insertaba

la conexión de fibra óptica en la parte posterior de su ordenador portátil y marcaba con aquello. Hubo un destello púrpura y, donde el hombre estaba arrodillado, había ahora sólo un montón de cenizas. Un acre olor a quemado flotaba en el aire, y Dara Morgan arrugó la nariz con disgusto. Carne quemada, tela fundida y sudor. Asqueroso.

—Bueno —dijo Caitlin—, eso indica una buena señal, señor —Dara Morgan dio una palmada con fuerza, y todos los demás en la sala, todos los que habían ignorado la muerte de Johnnie Bates, se giraron hacia él.

—Gente, al parecer el hotel está cableado O “fibrado”, diría yo —hubo un cortés murmullo de risas.

—Mañana, dominaremos el mundo.

—¡Ey! Una palabra / frase / ruido gutural, balbuceado con un toque de indignación, un toque de sarcasmo y un gran trago de volumen.

No importaba lo mucho que lo intentara, el Doctor no podía dejar de suspirar cada vez que lo oía. Por lo general, la indignación, el sarcasmo y, especialmente, el volumen tenían como objetivo su dirección.

Él suspiró y se volvió hacia Donna Noble, la reina de los Ey. Pero ella no estaba allí.

Sólo la TARDIS, aparcada entre dos contenedores de basura municipales. Muy cuidadosamente, se dijo a sí mismo. Oh. ¡Ah! Cierto.

—Lo siento —dijo a la puerta de la TARDIS, luego dio un paso hacia atrás y la abrió, revelando a Donna que estaba en el umbral.

—Supuse que ya estabas fuera. ¿Qué parte de “Estoy jus-

to detrás de ti” no te ha quedado clara? —Donna preguntó educadamente, con ese giro de cabeza que denotaba que no decía lo que realmente sentía, es decir, que no era del todo educada—. ¿Qué parte de “Espérame” te ha esquivado el oído? ¿Qué pedazo de “Me estoy poniendo algo cómodo” se ha desvanecido en el éter?

No había manera de que el Doctor se pudiera escabullir de aquello. Así que se encogió de hombros.

—Te he dicho que lo sentía.

—¿“Lo sientes”?

—Sí, “lo siento”. ¿Qué más quieres?

—¿“Lo sientes” por no escucharme? ¿“Lo sientes” por haberme encerrado dentro de tu nave espacial extraterrestre? ¿O “lo sientes” por no haberte dado cuenta de que no estaba contigo?

Cada vez, que Donna escupía las palabras “lo sientes” sonaba como las palabras menos arrepentidas de la lengua y adquirirían un nuevo significado que los lingüistas podrían discutir sobre su implicación exacta los próximos doce siglos.

—No hay manera que pueda ganar esto —dijo el Doctor —, pero voy a dejarlo ir, ¿de acuerdo?

Donna abrió la boca para hablar de nuevo, pero el Doctor se adelantó y puso un dedo en sus labios.

—Calla —dijo.

Donna calló. Y le guiñó el ojo.

—¡He ganado! —y entonces le dedicó esa fantástica e increíble sonrisa que siempre ponía cuando le estaba tomando el pelo, y él suspiró admitiendo que le había pillado otra vez más.

Era un juego. Un juego entre dos amigos que habían vivido tantas cosas juntos que jugaban instintivamente entre ellos. Familiaridad, amistad y diversión. Las tres palabras que resumían el tiempo compartido por los dos aventureros. Ella puso su brazo alrededor de él y lo atrajo hacia sí.

—Así que, ¿cuál es el plan, Plano?

El Doctor hizo un ademán con la cabeza hacia la carretera principal de Chiswick y su ajetreo y el bullicio del tráfico, y rápidamente la arrastró por la acera, dispuesto a perderse por entre la multitud. Lo único que no había ninguna. De hecho, no había mucha gente a su alrededor, sólo un par de niños en un monopatín en la acera de enfrente y un anciano que paseaba a su perro. El Doctor levantó su otra mano.

—No llueve —dijo.

—Bien visto, Sherlock —dijo Donna

—¿Es domingo? Querías el viernes 15 de mayo de 2009, Donna. Y ese es el día para el que programé la TARDIS.

Donna se rió.

—En ese caso es probable que sea un domingo de agosto de 1972. El Doctor asomó la cabeza en un quiosco, sonriendo al hombre detrás del mostrador, que estaba escuchando a su reproductor de MP3 y haciendo caso omiso de su cliente en potencia. El Doctor miró el periódico más cercano.

—Hoy es viernes, 15 de mayo de 2009 —confirmó a Donna.

—Entonces, ¿dónde está todo el mundo?

—Tal vez sea la hora de comer —sugirió el Doctor—. O tal vez Chiswick ya no sea el centro neurálgico de la sociedad como lo era hace un mes. ¿Vamos a tu casa?

—¿Tú vienes?

El Doctor puso una expresión como si la idea de no ir con Donna no se le hubiera pasado por la cabeza.

—Oh. Umm. . . Bueno, sí.

—Doctor, ¿por qué estamos aquí?

—Es el primer aniversario de la muerte de tu padre.

—Y, aunque estoy segura de que estará agradecida por haber salvado al mundo de los Sontaran, no creo que mi madre se alegre de verte hoy, entre todos los días.

—Tu abuelo lo estará.

—¿Sí? Bueno, llévate a tomar una pinta esta noche a Shepherd's Hut, pero para empezar quiero verlos por mi cuenta.

Donna aún sostenía su mano, y la apretó suavemente.

—Lo entiendes, ¿no?

Él sonrió.

—Por supuesto que sí. No lo he pensado. Lo siento.

—No empecemos de nuevo, ¿vale? —Donna le soltó la mano—. Voy a conseguir algunas flores y caminaré hasta casa. ¿Por qué no nos encontramos de nuevo aquí, a esta hora, mañana?

—Aquí. Mañana. Vendido.

El Doctor le guiñó un ojo y comenzó a alejarse caminando.

—Hay una bonita floristería en la esquina de ahí —gritó—. Pregunta por Loretta y dile que yo te mando.

Dobló una esquina y desapareció. Donna respiró hondo y se dirigió en la dirección que había señalado.

Hacía un año. Ese día. Los Adiposos. Los Pyroviles. Los Oods con cerebros en las manos.

Incluso los tubos de escape Sontaran, los Hath y los esqueletos parlantes, todo parecía sencillo en comparación con lo que iba a pasar esta tarde.

Porque esa tarde Donna tenía que volver y estar allí para su madre y probablemente no sólo revivir el año pasado, sino los días y semanas que siguieron, los funerales, decírselo a la gente, los memoriales, los avisos en los periódicos, la parte financiera de las cosas, encontrar el testamento. . . nada de eso había sido fácil para la madre de Donna. No había sido tan fácil para Donna, la verdad sea dicha, y hace un año ese habría sido su pensamiento predominante. Donna Noble, poniéndose a sí misma en primer lugar.

Pero ahora no: sólo un breve tiempo con el Doctor le había demostrado que ella no era la mujer que había sido entonces.

Y el abuelo, el pobre abuelo, recordando la muerte de la abuela, él había seguido valientemente adelante por el bien de todos los demás, tratando de coordinar a los abogados y a los directores de funerarias y similares.

No es que mamá hubiera sido débil, pues Sylvia Noble no era así, y se habían preparado para la muerte de papá, bueno, todo lo que se puede estar, pero aún eso la perseguía. Podía verlo en los ojos de su madre, era como si alguien le hubiera cortado un brazo y una pierna, y mamá lo asimiló lo mejor que pudo. Habían estado casados durante treinta y ocho años.

Donna suspiró.

—Te echo de menos, papá —dijo en voz alta mientras frenó en seco en una lavandería llamada Loretta.

Su teléfono vibró al entrar con un mensaje de texto, y lo leyó. «Eh. . . De hecho, podría estar equivocado. Puede que



Loretta no sea una florista. Lo siento.»

¿Cómo hacía eso? Ni siquiera tenía un móvil por lo que Donna sabía. ¿El destornillador sónico, tal vez? ¿No había nada que no pudiera hacer? Metiendo el teléfono en el bolsillo del abrigo, Donna decidió que sería mejor ir en dirección a Turnham Green. Sabía que había una floristería allí.

Hombres. Hombres alienígenas. Inútiles, todos ellos.

Lukas Carnes odiaba la tecnología. Lo que le hacía un poco raro, según todos sus compañeros. Su madre tenía un PC, pero Lukas evitaba usarlo, si era posible, a menos que fuera para escribir ensayos del colegio una vez los había escrito a mano. Tenía un reproductor de MP3 al que su hermano menor (que tenía ocho) tuvo que ponerle la música por él. Y ni siquiera le hablaras de los problemas asociados con el uso de un DVD-R.

Él era, había decidido en su decimoquinto cumpleaños, un atrasado de una época anterior, por allá cuando a los chicos con conocimientos tecnológicos les llamaban frikis y las niñas salían huyendo de ellos. Tristemente para Lukas, la mayoría de las chicas que conocía querían un tipo que pudiera descargarse la música a veinte revoluciones y desbloqueara un móvil que había comprado de un puesto chungo del mercado de Shepherds Bush.

Por lo que Lukas no tenía novia.

Lo que añadió combustible a su odio apasionado por la tecnología. Aceptaba que la necesitaba, simplemente no quería entenderla. Su cerebro no estaba programado para entender compresiones MP3, el 3G y sistemas de localización GPS. Sólo quería presionar un botón de encendido y que todo fun-

cionase. ¿No era eso por lo que el grupo de edad de su madre había pasado durante la Primera/Segunda /Tercera Generación de tecnologías? Así que podría presionar botones y las cosas funcionarían sin estar obsoletas en seis meses ni inútiles en doce. En la televisión se hablaba de que un día podrías chasquear los dedos y las puertas se abrirían, que entrarías en una habitación y dirías “luces” y un ordenador lo encendería todo, justo en el nivel adecuado.

Dios mío. ¡Era como su abuela! ¿Lo siguiente sería decir que no podía entender la música pop y que el sexo era esa persona en Popworld? Quince, no cincuenta, Lukas.

Así que, ¿por qué estaba de pie en la sucursal local de Discount Electronics, viendo una demostración del más reciente Procesador de Cuarta Generación en un ordenador portátil más fino que un pedazo de cartón? Porque su hermano, su hermano Joe, de 8 años de edad con conocimientos técnicos, se lo había pedido. Bueno, estrictamente hablando, mamá se lo había pedido. Con el padre de Joe ausente, igual que el de Lukas antes que él, el hijo mayor se había convertido en el padre de facto para su hermano pequeño. Lo que venía bien a Lukas, porque adoraba a Joe en secreto, pero nunca se lo diría. Y porque los hermanitos pequeños necesitaban saber quién era el jefe, y el poder de Lukas se perdería a la primera señal de debilidad.

Y Joe había dado bastante guerra después de que su padre se fuese, metiéndose en problemas en la escuela y en el barrio, y a mamá le había visitado la policía dos veces.

Así que Lukas se había llevado aparte a Joe y había explicado lo mejor que pudo a un niño de 8 años que no era culpa

de mamá que su padre se hubiese ido, ni era la de Joe, y que perdiendo el tiempo con los chicos mayores, ayudándoles a mangar coches y esas cosas, no estaba ayudando a mamá.

Después de unos meses, Joe se había calmado. Pero ahora se aferraba a Lukas en todo momento, y se enrabietaba si su hermano mayor no le llevaba a todas partes. Incluso Lukas había empezado a llevar a Joe a la escuela secundaria antes de dirigirse al Instituto Park Vale. Hecho qué mamá agradecía que no acabase , así que eso era bueno.

Pero de vez en cuando, Lukas mismo quería enrabietarse, estar solo, no ser el responsable.

Hoy era un día así, pero aquí estaba con Joe, viendo esta nueva demostración junto con otras treinta personas, todos metidos en una tienda en la que probablemente cabían de forma segura diez personas como máximo. Qué Dios los ayudase si había un incendio.

Un mujer enorme (en todos los sentidos) se colocó delante de ellos, por lo que Lukas izó a Joe en sus brazos para que pudiera ver mejor. Esto significaba que Lukas no podía ver nada. Así, mientras que Joe (¡qué mayor se estaba haciendo!) miraba con atención, la mirada de Lukas erraba por la tienda.

Un tipo flaco vestido con un traje azul estaba tecleando en un ordenador portátil de demostración, que probablemente iba a estar obsoleto al final del día. El tipo estaba buscando algo en Internet, Lukas podía ver pantallas repetidas mostrando un motor de búsqueda (¡ooh, un término técnico!), y frunciendo el ceño. Era evidente que no estaba consiguiendo los resultados que quería.

El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó un tubo

brillante, parecido a un rotulador, y apuntó a la pantalla. Al principio, Lukas pensó que iba a escribir en la pantalla del ordenador portátil, pero en cambio el extremo del bolígrafo brilló azulado y Lukas observó con asombro como las imágenes de la pantalla se descargaban y cambiaban a un ritmo extraordinario. No, a un ritmo imposible. El hombre vestido de azul sacó un par de gruesas gafas negras de otro bolsillo y se las puso mientras miraba fijamente a las cambiantes pantallas. ¿En serio podía leer tan rápido? Se dio cuenta de que Lukas lo miraba y sonrió, casi con timidez. El bolígrafo brillante volvió a un bolsillo, las gafas a otro.

Lukas se dio cuenta de que tenía la boca abierta, así que la cerró. El Tipo del Traje Azul le guiñó un ojo a Lukas y estaba a punto de salir de la tienda, cuando se adelantó y cogió un folleto sobre la demostración que el hermano pequeño de Lukas estaba viendo. Después miró a la multitud y se acercó. Lukas volvió rápidamente su atención de nuevo a la demostración. O al menos a la parte posterior de la cabeza de la Señora Gorda.

Tras unos minutos escuchando a una rubia hablando de lo revolucionario que era el nuevo sistema informático, el Tipo del Traje Azul se encogió de hombros y murmuró algo así como “imposible”, “no en este planeta” y “contradiendo el Protocolo Decimoctavo de la Proclamación de las Sombras”, y en ese momento Lukas decidió que, con o sin bolígrafo brillante, este hombre era probablemente un loco. Quizá debería alejarle de Joe, por si acaso el tipo tuviese un cuchillo.

Lukas se inclinaba para susurrar al oído de Joe que tal vez ya era hora de irse a casa, cuando el Tipo del Traje Azul le dio un codazo.

—Así que todo el mundo está dentro de todas las tiendas de electrónica, ¿no?

—¿Perdón?

—Las calles estaban bastante vacías. Mientras caminaba, me he dado cuenta de que todo el mundo está en este tipo de tiendas, viendo estas demostraciones.

—Hoy es el lanzamiento —se encontró explicando Lukas—. Todo el mundo está interesado. —Tú no —respondió el Tipo del Traje Azul.

Lukas se encogió de hombros.

—Mi hermano pequeño lo está.

—Ah. Ya veo.

Lukas trató de alejarse, pero fue cercado entre otro hombre por un lado y la Señora Gorda por delante. El Tipo del Traje Azul volvió a sacar su bolígrafo brillante.

—No me hagas caso —dijo.

Pero Lukas le hizo caso. Mucho.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

El Tipo del Traje Azul se encogió de hombros.

—Bueno, en primer lugar, estoy dejando que una amiga vaya a su casa. En segundo lugar, me preguntaba por qué todo el mundo está aquí. Y en cuarto lugar, ahora estoy realmente preocupado por la tecnología de ese portátil.

Lukas sabía que iba a arrepentirse de esto.

—¿Y en tercer lugar?

—¿En tercer lugar? —el Tipo del Traje Azul parecía confundido, y después sonrió como si algo le hubiera vuelto a la memoria de repente—. Ah, sí, en tercer lugar, vine a buscarte,

Lukas Samuel Carnes —le tendió la mano—. Soy el Doctor y estoy aquí para salvarte la vida.

Dara Morgan bebía su café lentamente. En parte para demostrar que tenía buenos modales, y en parte porque estaba demasiado caliente para hacer nada más. Pero probablemente les parecerían buenos modales al señor Murakami y su delegación.

—Entonces Señor Morgan —estaba diciendo el banquero japonés—, ¿tenemos un trato? Los ojos azules de Dara Morgan brillaron con picardía mientras miraba a Caitlin, de pie junto a la puerta de la oficina.

—¿Qué piensa usted, Cait?

Caitlin se acercó, sus piernas largas y su falda corta se dibujaban claramente en los ojos de algunos miembros del séquito del señor Murakami, pero, observó Dara Morgan, no en los del propio señor Murakami. Bien.

—Creo que es un buen trato, señor —ronroneó—. Si Murakami-San puede llevar a cabo el M-TEK en todo Oriente para el domingo, sería... magnífico.

Dara Morgan se apartó el pelo de los ojos.

—Justamente en menos de dos días, a las 15:30 hora de Tokio. ¿Factible?

El Señor Murakami frunció el ceño.

—¿Por qué el domingo? El plazo es ridículamente corto.

Dara Morgan se limitó a sonreír.

—Digamos sólo que todo el trato depende de eso. Necesito esa garantía, Murakami-San, o me iré a otro sitio.

—Pero de esa forma usted tiene aún menos posibilidades de un acuerdo para llevarlo a cabo para entonces —dijo el

japonés.

Dara Morgan asintió.

—Lo sé. Pero afrontémoslo, con el dinero que proporcionará el M-TEK, las empresas más pequeñas que la suya, algunas quizá más hambrientas, estarían más dispuestas a satisfacer mis... los requisitos de MorganTech —tomó otro sorbo de café—. Estará en el contrato, con cláusulas de penalización.

—¿Cuáles serían?

—Catastróficas. Para todo Japón.

El séquito del señor Murakami se acercó a su jefe un centímetro más cerca.

—¿Eso era una amenaza, Señor Morgan? —preguntó en voz baja.

—No —dijo Dara Morgan—. Yo no amenazo. Los bárbaros amenazan. Los idiotas amenazan. Simplemente expongo hechos.

—Es una gran oportunidad —intervino Caitlin—. Por favor, piense en ello durante la cena. Esta noche. A nuestras expensas.

—Por desgracia, no podremos acompañarle —añadió Dara Morgan—, pero es libre de escoger cualquier restaurante de Londres, el que más le guste, y todos los gastos serán cubiertos por MorganTech. De hecho, insisto en ello.

—¿Todos los gastos?

—Los relativos a comida y bebida, sí.

—Ah. En ese caso, tendrá mi respuesta antes de la medianoche de hoy.

El Señor Murakami se levantó y Dara Morgan hizo lo mismo, inclinando ligeramente la cabeza mientras lo hacía. El

Señor Murakami respondió del mismo modo, incluyendo a Caitlin y ella le saludó con la cabeza a él y a todo su séquito. Terminadas las formalidades, la delegación japonesa se dirigió a la puerta de la suite, pero el Señor Murakami se volvió una última vez.

—En serio, ¿por qué el domingo? ¿Por qué las 3:30 de la tarde?

—Porque algo grande va a pasar en todo el mundo el lunes a las 15:00 hora de Reino Unido. Eso son las 23:00 hora de Tokio. Pero necesitamos todos los tratos en marcha. Yo también he hecho un trato, ya ve, pero es más bien como una cadena de adquisición de propiedades: un eslabón que se rompa y todo el trato se derrumba. Y entonces todos sufriremos. —¿Todos?

—Universalmente.

Dara Morgan miró de reojo a Caitlin, y de inmediato fue a escoltar al Señor Murakami fuera de la habitación. Momentos después, los japoneses se habían marchado y Caitlin estaba de regreso al lado de Dara Morgan. Él estaba de pie frente a un enorme ventanal con una gran vista panorámica del Oeste de Londres. Podía ver el nuevo estadio de Wembley, el Centrepoint, el London Eye y otras estructuras altas de Londres.

—El lunes —sonrió—, y este planeta será de Madam Delphi.

Caitlin asintió.

—Al fin. La venganza es suya.

Se cogieron de las manos y las apretaron con fuerza, mirando a las pantallas del ordenador, que parecían estar tarareando una melodía, muy levemente, causando ondas en una de las pantallas para hacer pulsos de forma fraccionada en el



tiempo.

—Bienvenida de nuevo —le dijeron juntos.

Donna estaba de pie al final de Brookside Road y respiró profundamente. No había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado aquí (de hecho, para su madre, había sido menos tiempo aún), pero cada vez que llegaba a casa, había momentos incómodos. “¿Dónde has estado?” y “¿Sigues dando vueltas con ese horrible Doctor?” y “¿Por qué no llamas?” y “¿Tienes trabajo ya?”. Por supuesto, el abuelo Wilf sabía dónde estaba, se lo había dicho todo desde el principio. Pero su madre, bueno, ella no era una persona que lo pudiera entender. No era de las que pensaran que salvar Oods, detener guerras generacionales o asegurarse de que Carlomagno se reuniese con el Papa realmente equivalía a un “buen” trabajo como era tomar notas o hacer pedidos.

Respirando profundamente, caminó hacia la casa que en realidad no había sido su hogar mucho tiempo. Después de su desastrosa boda y un viaje un poco menos desastroso a Egipto, sus padres se habían mudado de la casa adosada donde Donna había crecido a este nuevo chalet. Había sido una revolución, agravada por una Donna sin trabajo y Wilf estando en principio enfadado porque pensaba que tendría que dejar a sus colegas astrónomos abandonados. Al final resultó que, por supuesto, era más fácil llegar a los huertos desde la nueva casa, así que terminó siendo feliz después de todo.

Pero el padre de Donna no había estado bien por mucho tiempo, y en muchos sentidos el traslado había sido idea suya, su deseo de encontrar algún lugar nuevo donde vivir, que le diese nuevos retos.

Se había aburrido en la vieja casa. Había construido todos los armarios, puesto estanterías en todas las paredes, pintado todos los techos que fue capaz, y necesitaba algo nuevo para mantenerlo activo desde que su enfermedad le había hecho jubilarse anticipadamente. Preparar el nuevo lugar con las exigentes especificaciones de mamá sería exactamente el desafío adecuado. Llevaban viviendo allí tres meses cuando su padre murió.

Donna y Wilf habían tomado el relevo de hacer todos esos trabajos que papá había estado haciendo, pero nunca fueron buenos del todo, nunca fueron “cómo tu padre lo habría hecho”. Lo que no era del todo sorprendente, Wilf era veintitantos años más viejo, y Donna nunca había levantado una brocha o un martillo en toda su vida.

Dios mío. ¡Qué superficial era Donna Noble antes de volverse a encontrarse con el Doctor! Había aprendido no solo a valerse por sí misma, sino a darse cuenta de que podía. Su vida familiar era una verdadera situación del huevo o la gallina. ¿Habría sido una inútil en casa porque sus padres siempre le habían permitido serlo, o su madre pensaba que era inútil porque lo era? Y hablando de ello, hablando de cualquier cosa, con Sylvia Noble era raramente una experiencia positiva. A Donna le encantaría decir que la amargura y el resentimiento de su madre era a causa de la muerte de papá, pero la verdad era que a Sylvia siempre le había decepcionado su hija. Rara vez lo escondía. Y Donna nunca entendió el por qué. ¿Habría deseado un hijo? ¿Habría deseado una abogada de altos vuelos o una ejecutiva de empresa que fuera lo suficientemente rica como para enviar a sus padres a vivir en el campo en una

pequeña casa rural del siglo XVI donde podrían cuidar cabras? ¿Había empeorado desde que papá había muerto? ¿Habría sido mejor si ella se hubiera casado con Lance? ¿Debería haberle dicho la verdad de ese día a mamá como había hecho recientemente con el Abuelo? Probablemente no, porque a Sylvia no le gustaba que la gente fuese abierta y honesta. “Esos corazones sangrantes que llevan sus corazones en las manos” era una analogía con la que la había torturado una vez, y resumía su opinión real sobre la gente que era honesta.

Donna recordó haber leído una vez en un artículo de una revista acerca de cómo los padres nunca esperaban entender realmente a los adolescentes y su mejor apuesta para una convivencia armoniosa era sólo tolerar esos tres o cuatro años de pesadilla. Pero, ¿había algún manual para hijos e hijas sobre cómo tratar con padres negativos? Era realmente imposible discutir con una madre, tenía el botón “culpabilidad” incorporado para presionarlo y prohibir que les dijese todas las cosas que querías decirles, sea lo que sea que te lanzasen. Donna amaba a su madre, no había vuelta de hoja. Y no tenía ninguna duda de que Sylvia Noble amaba a su hija. Simplemente no estaba segura del todo de que ambas en realidad se gustasen mucho.

—Hola, Donna —dijo el Señor Baldrey desde el otro lado—. ¿Has tenido un buen viaje? —Sí, gracias —Donna le devolvió la sonrisa—. ¿Cómo está Seymour?

—Oh bien. Quejándose todavía de su próstata —gimió el vecino.

Donna pensó que la conversación había llegado tan lejos como francamente quería que fuera y aceleró el paso hacia la

casa. Un gato se sentó junto a un poste de luz, mirando con recelo como Donna se aproximaba, no muy seguro de si era amiga o enemiga. Donna hizo ruidos chirriantes para atraer su atención. Salio corriendo disparado. Ah bien.

El coche de mamá estaba fuera en la calle (tienes un coche, mamá, úsalo) y Donna tocó el capó al pasar. Frío. Entonces Mamá no había salido hoy. Es curioso cómo había adquirido estas pequeños hábitos para descubrir cosas al viajar con el Doctor. Como lo de si un coche había sido conducido. La antigua Donna nunca habría pensado en eso. A la antigua Donna no le habría importado. La antigua Donna se había ido. Gracias a Dios. Su vida era un trillón de veces mejor estos días. Si tan sólo pudiera implicar a su madre en ella, pensó. Ese último pedacito del rompecabezas, ese último trozo de aceptación de cada uno de ellos.

—Oh ahí estás, Señorita —dijo una voz familiar detrás de ella—. Me preguntaba si volvería a verte hoy.

Donna no se molestó en darse la vuelta.

—Hola, mamá —dijo.

—Ah, sí, “Hola, mamá”, porque eso es suficiente, ¿no? Un instante el aire está lleno de gases asfixiantes y al siguiente el cielo está en llamas y ya está. Ni idea de donde está mi única hija. Ninguna llamada, ni mensajes, ni siquiera un mensaje a tu abuelo, así podría hacerme callar. Nada.

Donna se detuvo en la calle y se volvió hacia su madre, cogiendo automáticamente dos de las cuatro bolsas de la compra que llevaba en la mano para ayudarla. La antigua Donna no habría considerado eso tampoco.

—Encantada de verte también —dijo Donna—. ¿El Abue-

lo tiene puesta la tetera? Me iría bien una tacita, muchas, para serte sincera.

Sylvia Noble se encogió de hombros y adelantó a su hija.

—¿Sabes qué día es hoy, ¿verdad? —le replicó.

Y Donna se detuvo en seco. Por supuesto que sabía qué día era hoy. ¿Por qué diablos creía que estaba allí? ¿Cómo se atrevía incluso a preguntarlo? La puerta principal se abrió y Sylvia pasó al lado del Abuelo Wilf y se fue sin decir nada a la cocina.

—¿Sabes lo que me acaba de preguntar? —Donna le siseó después de besarle en la mejilla.

Wilf elevó los ojos al cielo.

—Va a ser uno de esos días, ¿no?

Donna abrió la boca para responder pero se detuvo. La antigua Donna se habría marchado, en el acto. La antigua Donna hubiera comenzado una pelea con su madre, lanzando palabras como “actitud” y “sea lo que sea” y “egoísta”. La nueva Donna no lo hizo.

Porque la nueva Donna, frustrante como era, comprendió que lo que Sylvia Noble probablemente quería y necesitaba hoy era llorar un rato. Pero siendo Sylvia “Yo no llevo mi corazón en la mano” Noble significaba que nunca haría eso. Y tristemente iba a ser el trabajo de hoy de la nueva Donna asegurarse que lo hacía, antes de que la represión de su madre le hiciera más daño del que ya le hacía.

El Doctor bajaba a grandes zancadas por la calle principal de Chiswick, mirando dentro de varias tiendas donde la gente se quedaba mirando las nuevas demostraciones de portátiles. —Es sólo un ordenador —murmuró—. ¿Por qué tanto

interés?

—Ya están obsoletos —dijo una voz joven a su lado—. El M-TEK, eso es el futuro.

El Doctor miró entonces hacia abajo. El que había hablado apenas le llegaba a la altura de las rodillas. Era un niño pequeño. El Doctor lo había visto antes en alguna parte. Entonces, corriendo hacia él, vio a Lukas Carnes y se dio cuenta que era el hermano pequeño que había estado llevando a hombros.

—¡Joe! —gritó Lukas—. ¿Cómo te alejaste tan rápido?

—Yo no soy tu prisionero —replicó Joe, y el Doctor le dio a un Lukas recién llegado y exhausto una mirada que decía “te lo dije, compañero”.

Lukas empujó a Joe lejos del Doctor.

—Déjalo en paz, tócale y tendré a la policía aquí —como para subrayar esto, Lukas tenía su móvil en la mano y listo.

El Doctor no se molestó en señalar que Joe le había encontrado. Tampoco señaló que Lukas fue claramente agresivo solo por lo que había dicho en la otra tienda. Tenía que recordar que a las personas no siempre les gustaba conseguir pistas sobre su futuro. Siempre tropezaba con eso. Spoilers, una vez dijo alguien.

—¿Que significa eso de que vas a salvarme la vida?

El Doctor se encogió de hombros

—Ya lo he hecho.

—¿Hecho qué?

—Salvé tu vida.

—¿Cómo . . . ? ¿Cuándo y por qué?

El Doctor sacó su papel psíquico del bolsillo interior de la chaqueta y se la mostró a Lukas. Tenía la fecha correcta en él,

el nombre de la tienda y el mensaje “SALVAR LA VIDA DE LUKAS SAMUEL CARNES AL IMPEDIR QUE SU HERMANO COMPRA UN M-TEK”.

—No sé quién lo escribió, porque no reconozco la letra. Pero apareció en el papel unos veinte minutos después de llegar a Chiswick. Siempre he pensado que ignorar mensajes es una mala cosa. Así que, has sido salvado y mi trabajo está hecho, todo lo que necesito hacer ahora es averiguar si el local Loretta es una lavandería, una floristería o una tienda de café en este período. Es uno de los tres en 2009, pero no estoy seguro de cual. —Lavandería.

Lukas puso a Joe detrás suya.

—No hables con ese hombre —le regañó a su hermano pequeño.

—Pero tu estás hablando con él —Joe protestó, no sin razón.

—Eso es diferente —dijo Lukas, dándose cuenta con horror que esto era exactamente lo que su madre solía decir cuando ella había dicho algo que él consideraba hipócrita o injusto.

El Doctor se volvió.

—Encantado de conoceros, muchachos, pero pensé que podría desviarme a un encantador restaurante en Brentford, por el canal de allí, para pasar el tiempo antes de reunirme con mi amiga.

—¿Qué? —dijo Lukas, dándose patadas mentales por preocuparse. Simplemente deja que el bicho raro se vaya, se instó a sí mismo. Pero su boca no paraba de hacer preguntas. —¿Qué habría pasado si Joe hubiese conseguido un M-TEK?

Y el Doctor le miró.

—Ni idea. No sé lo que es un M-TEK. Supuse que era ese portátil que estabas pensando en comprar. Hice una búsqueda, pero no pude encontrar ninguna referencia. Entonces vi que estabas viendo la demo, como todo el mundo parecía hacer, así que supongo que eso es M-TEK.

—No —dijo Joe, empujando hacia delante—. Ese es el nuevo Psiryn Book Plus. Es basura. Yo quería un M-TEK. Pero no estaba pensando en comprar uno, ni para Joe ni para mí. —Entonces, ¿qué es un M-TEK? —el Doctor frunció el ceño.

Lukas suspiró.

—¿Cómo puedes salvarme de ello, si no sabes lo que es?

—Si supiese todas las cosas de las que estaba salvando a la gente antes de que intentase salvarlas, salvaría a muy pocos, ya que pasaría todo el día averiguando sobre la cosa de la que los salvaría, ¿no?

Lukas y Joe se miraron el uno al otro.

—Eres divertido —dijo Joe.

—Gracias.

Lukas negó con la cabeza.

—A casa —dijo a Joe—. ¡Vamos! —casi arrastró a su hermano pequeño

—Adiós, Doctor —gritó Joe.

El Doctor saludo mientras los dos niños desaparecían en una calle lateral. Luego empezó a vagar hacia el extremo inferior de Chiswick, hacia Brentford. Y ese bonito restaurante italiano en la plaza. Luna Piena. No había tenido una comida italiana decente en años. Quizás siglos.



“DESDE 1492” apareció en el papel psíquico.

Lo cual era extraño, porque el papel psíquico no funcionaba así. Al menos, no antes. Ya era bastante malo que la gente lo estaba usando más y más para enviarle mas y mas mensajes esos días, pero cuando le comenzó a contestar espontáneamente, era el momento tal vez para darle un servicio de dos mil hojas.

Empujó la cartera de cuero con el papel en ella de nuevo en el bolsillo de su chaqueta y trató de olvidarse de ella. En el fondo de su mente, sin embargo, todavía tenía una preocupación persistente, un eco de la pregunta de Lukas Samuel Carnes: ¿qué era un M-TEK y cómo había salvado a Lukas de ello? A lo que la respuesta era obvia. No lo había hecho.

Así que Lukas todavía estaba en peligro (si el papel psíquico era de fiar), y tenía que salvarlo.

Ah, y otra pregunta necesitaba una respuesta. ¿Cómo había sabido el hermano pequeño de Lukas, Joe, que se llamaba Doctor? Así que... ¿Luna Piena o involucrarse? No era una decisión complicada, ¿no? La comida estaba bien, pero un misterio, era mucho mejor.

Se preguntó cómo estaría Donna y si debería pasar por ahí y decirle que podría estar ocupado por un par de días. No, ella probablemente estaba mejor haciendo cosas de familia.

Y así se dio la vuelta y se dirigió hasta la calle lateral detrás de los dos chicos.

En la planta suite del ático del Hotel Oráculo, Dara Morgan y Caitlin estaban mirando un banco de monitores de pantalla plana, conectados a la computadora, por los cables de fibra óptica por los que Terry Lockworth y Johnnie Bates ha-

bian muerto mientras los conectaban.

En la mayoría de las pantallas había una onda sinusoidal, pulsando rítmicamente, como si el equipo estuviera respirando. Algo que estaba haciendo. De alguna manera.

Pero en la pantalla central, la más grande, estaba una imagen, una foto, tomada de cámaras CCTV que habían sido automáticamente hackeadas y mejoradas para tener una resolución casi perfecta, de acuerdo con los parámetros de los ajustes de la computadora.

—Madam Delphi —preguntó Dara Morgan—. ¿Qué es esto?

Su dedo trazó el contorno. Era una caja azul alta en un callejón de Chiswick entre dos contenedores de basura.

—La TARDIS —contestó una voz fuerte y femenina, haciendo eco a través del cuarto, mientras las ondas sinusoidales en las otras pantallas pulsaban y cambiaban a medida que hablaba.

—Él está aquí —dijo Caitlin.

—Ya —Dara Morgan asintió con entusiasmo—. Quinientos años, como las leyendas predijeron. El Portador del Caos.

—Quinientos diecisiete años, un mes, cuatro días —corrigió Madam Delphi—. No permitíamos el cambio cósmico hace quinientos años. Eso fue un poco... desafortunado. Caitlin se dirigió a la computadora.

—Pero, Madam Delphi, ha habido otros intentos...

—Y debido a ese cambio cósmico, debido a que el universo da respiros superficiales, así como profundos, las alineaciones nunca han sido perfectas.

—Pero el lunes todo será perfecto —Dara Morgan acari-

ció las superficies de Madam Delphi—. Y tu tendrás tu venganza.

---

—En el Doctor. En la humanidad. En todo el universo —dijo Caitlin emocionada.

—Oh, por supuesto —Madam Delphi pulsó sus ondas sinusoidales—. Absolutamente. Amo la parte de la venganza, mis queridos. Pero especialmente para el Doctor.

Eran las 5 PM en el Reino Unido. Así que, en la soleada Nueva York, las sombras de la Gran Manzana se estiraban mientras el sol del mediodía se ponía, cubriendo la ciudad en una inusualmente húmeda manta. Esto no era una buena noticia para los habitantes de la torre de oficinas MorganTech en la 52 con la Séptima. El aire acondicionado había fallado un par de horas antes, y las fuentes de agua potable automáticas habían dejado de bombear agua fría en los enfriadores de agua. La razón principal de esto era que toda la electricidad en la manzana estaba apagada. Las puertas principales habían fallado en primer lugar, seguido de los móviles, equipos informáticos, aire acondicionado y así sucesivamente.

Le había costado a Melissa Carson, en la recepción, unos minutos el darse cuenta de que todo había salido mal. Trató de llamar a mantenimiento. Obviamente, como todo lo que mantenía Mantenimiento había fallado, no había manera de conseguir que los de Mantenimiento mantuvieran algo. Esto molestó a Melissa, así que cometió el crimen corporativo de dejar su escritorio para encontrar a alguien.

En cambio, lo que encontró, aparte de ascensores estancados probablemente conteniendo pasajeros rápidamente deshidratándose, y las puertas electrónicas internamente cerradas, era un montón de polvo en el suelo cerca de una caja de conexiones en el sótano. Es de suponer que Mantenimiento había estado haciendo algo con el cableado y habían fusionado los sistemas. No se le ocurrió a Melissa (y por qué debería hacerlo?) que las cenizas que estaba quitando casualmente de sus tacones Dolce & Gabbana habían sido una vez un chico al que había saludado llamado Milo. Pero si que se preguntó donde estaban Milo y los chicos. Casualmente, mientras pisoteaba de vuelta a su escritorio frustrada, cerró la caja de conexiones abierta.

Sin esperar, la fibra óptica instalada recientemente volvió a la vida, latiendo luz púrpura a lo largo de su red. Los ocupantes del edificio, ya quejándose acerca de ascensores atascados, aires acondicionados rotos y computadoras muertas, tenían diez segundos para registrar que sus PCs se habían encendido. Como hacen los trabajadores de oficina, todo el mundo se adelantó y tocó sus teclados. Un arco masivo de luz púrpura latía en todo el edificio, dándoles a todos, no sólo los que utilizaban los PCs.

Ni una persona, cucaracha o polilla en el sótano se salvó del pulso púrpura de energía.

Cuarenta y dos segundos después de que Melissa Carson había cerrado esa caja de conexiones, todos los ciento siete seres humanos, dieciocho ratas, dos mil criaturas de diferentes tamaños y formas, pero con seis patas o más y tres palomas en el techo, estaban todos muertos.

—Tenemos un pequeño problema, chicos —Madam Delphi pulsó a Dara Morgan y Caitlin—. El edificio MorganTech en Manhattan está desconectado. Los terminales están terminales. Hubo un ruido como el de una risa electrónica, y las ondas sinusoidales pulsaron acorde a este.

Dara Morgan frunció el ceño, tocando en otra parte del grupo de monitores y teclados de Madam Delphi.

—Yo no estoy equivocado —informó el equipo.

—Lo sé —dijo Dara Morgan rápidamente—. Nunca estás equivocado. Estoy tratando de averiguar cuál es el problema.

—Error humano —informó Madam Delphi—. ¿Qué otra cosa podría ser? Quiero decir, seamos honestos entre nosotros, ustedes siempre son los eslabones más débiles de la cadena.

—Necesitamos a Nueva York —dijo Caitlin.

—Bueno, no tenemos a Nueva York —dijo el equipo.

—¿Puedes anular el pulso?

—No —espetó Madam Delphi—. Demasiado tarde de todos modos. Honestamente, queridos, están perdiendo el tiempo. Voy a ver si puedo transferir recursos a una copia segura del servidor y volver a empezar.

Dara Morgan perdió la calma por primera vez en mucho tiempo.

—¿No lo entiendes? No tenemos tiempo para empezar de nuevo. Tenemos que tener los M-TEKs de Nueva York en línea a las 10 am hora de Manhattan el lunes.

—Es la ciudad que nunca duerme, si recuerdo la letra —dijo el equipo.

—Sí, tal vez nunca duerme. Pero prácticamente para de trabajar a las 5 pm en un viernes y no trabaja los fines de

semana.

—Oh, mi querido muchacho, ten un poco de fe. He estado en este tipo de cosas a través del universo por unos pocos millones de años ya. Tendremos que hacer una fusión esta tarde. Una adquisición hostil por MorganTech de una pequeña empresa en... ooh déjame adivinar... ah, sí, mira, aquí hay uno —en la pantalla grande de Madam Delphi apareció una imagen de un edificio de oficinas más bien pequeño (para Nueva York), todo cromo y cristal con gente pululando dentro—. Estoy accedendo a sus sistemas... ahora. Ooh sí, un montón de gente. Hacen servicio y reparaciones de hardware, una cofirma propiedad de la Mafiosa, una tríada china y en un principio establecido por el blanqueo del IRA. Ninguno de ellos saben el uno del otro, obviamente. Fácil de tomar el control porque ninguno de ellos va a ponerse de pie y gritar al respecto. Lexington con la Tercera, bonito lugar, conocí a un cibercafé allí una vez. Nunca volvió a llamar —fila tras fila de cifras pasaron a través de las pantallas, demasiado rápido para que Dara Morgan las contara y luego las ondas sinusoidales regresaron, pulsando de nuevo mientras Madam Delphi ronroneaba a los dos—. Kittel Software Inc, ahora una subsidiaria de MorganTech. Espero que no te importe, tuve que estar de acuerdo en permitir que Harvey Gellar permanezca como CEO, con un conjunto de acciones y un voto en el Consejo.

Cait frunció el ceño.

—¿No será un problema?

—En una hora dieciocho minutos, Mr. Gellar entrará en el elevador... lo siento, ascensor... para ir a la planta baja. En una hora veintiun minutos, el ascensor se atascara entre

los pisos diecinueve y dieciocho. El presionará el botón de alarma. Va a ser la última cosa que haga.

Van a encontrar el cuerpo dentro de, oh, un par de horas y se asumirá que fue un ataque al corazón. Ya he reescrito su testamento para que cuando muera, su primo tercero de Irlanda, Dara Morgan de MorganTech, lo herede todo.

—Yo no soy su primo tercero...

—Ahora lo eres, de acuerdo con los archivos del FBI — las pantallas de Madam Delphi se oscurecieron ligeramente, la onda sinusoidal tomando una tonalidad roja mientras latía—. Tu subestimación constante de lo que puedo hacer, Dara Morgan, está empezando a aburrirme. —Lo siento.

—Bien. Ahora entonces, esta nueva rama de MorganTech pareciera haber estado planeando el lanzamiento del M-TEK del lunes todo este tiempo. Tienen las especificaciones, los detalles, la base de clientes, todo. Todo lo que necesitamos hacer es conseguir un par de lacayos el fin de semana que eliminen el cableado y lo reemplacen con nuestra fibra óptica. Y... ahí, subcontratistas reservados y asignados. Fácil.

Caitlin miró a Dara Morgan.

—Sí, Madam Delphi. Fácil.

—Alegrense mis queridos. Ahora, si está bien con ustedes niños, yo sólo voy a descargar el Coronation Street Ómnibus de esta semana. ¿Qué hará ese dulce y pequeño David Platt ahora?

Sylvia estaba guardando las compras en la cocina. Cuidadosamente, todo en su lugar. Como siempre. Ella estaba, sin embargo, dejando que el cajón o puerta del armario extraño se cerrara un poco ruidosamente.

—¿Qué he hecho ahora? —Donna susurró a su abuelo desde el sillón que daba a la televisión en la sala de estar. Cuando su padre se sentaba y se reía de “The X-Factor”. Y de las repeticiones de “Dad’s Army”. Y ese programa donde... donde... bueno, todos sus programas, de hecho. Y de repente, ella quería ir al sofá al lado de su abuelo, pero el se trasladó a lo largo, por lo que se sentó cerca de su silla.

—No sé lo que quieres decir, querida —dijo, sin mirarla.

—Claro, porque mamá esta usando lo mas fino de IKEA para hacer el solo de bateria de algo que Ozzy Osbourne escribió porque ella tiene de repente un interés en el rock.

—Oh, ella sólo... esta siendo tu madre. Ya sabes...

—No, abuelo. No, no lo sé.

Donna suspiró y miró a un periódico sobre la mesa auxiliar. Su historia principal era sobre Q-Mart y Betterworth abriendo supermercados rivales en Park Vale.

Misterioville.

—Estoy aquí. Chiswick. Londres W3. La Tierra. Ayer estaba en otro planeta, deteniendo a robots que luchaban una guerra civil. Una semana antes de esto, estábamos en el Bazar Garazone montando caballos de seis patas. De repente agarró la mano de Wilf. ¡Tenían seis patas! Seis. Quiero decir, ¿a que velocidad estábamos galopando? Fue brillante. Me encantó. Y el marciano estaba gritando a todo pulmón: “¿Dónde está el interruptor de apagado?”. Porque pensó que podían ser detenidos así como así.

—Él no es un marciano, ¿o si? Pensé que dijo...

—No, abuelo, él no es marciano. Es una broma. ¿Te acuerdas de las bromas? Ya sabes, ese momento en que abres la



boca y dices ja-ja-ja. Solíamos hacerlo, incluso en esta casa una o dos veces —Donna se quedó mirando el rostro arrugado de su abuelo. ¿Cuándo había envejecido tan de repente? ¿Acaso influyó la muerte de papá también? ¿Qué pasó con el hombre que solía llevarla a dar una vuelta en su viejo Aston? ¿Quién presumía de ella con sus viejos compañeros paracaidistas en el Social? ¿Cuándo fue reemplazado por el anciano de pelo blanco, sentado frente a ella? ¿Cuando pasó que la idea de volver a casa la llenara de tanto miedo? ¿Era éste el inconveniente de estar con el Doctor? ¿Lo normal ahora era alienígena?

—Tengo algo que decirte, cariño —dijo su abuelo—. Creo que va a animarte. Espero que lo haga.

Buenas noticias al final. Donna sonrió.

—Bueno, sigue, entonces. Cuéntamelo.

Su abuelo abrió la boca para hablar, pero Sylvia eligió ese momento para entrar en la sala de estar y acomodarse en el sofá junto a él.

—Así que, ¿dónde has estado, Donna Noble?

Donna abrió la boca para contestar, pero su abuelo llegó primero.

—Ella ha estado haciendo equitación, Sylv. En Dubai.

—¿Dubai? ¿Cómo demonios has pagado eso? —Sylvia suspiró—. Oh tonta de mí, el Doctor te llevó, ¿sí?

Donna asintió.

—Sí. Él pagó por ello. Casi me casé con un rico jeque petrolero y viví en su harén, pero ¿sabes qué? Pensé que era más importante estar aquí hoy. Con vosotros dos.

—Bueno, eso es bueno, estoy segura —dijo Sylvia—. Tal

vez, si salir con los ricos y famosos de la OPEC no ha sido demasiado exigente, tal vez podrias hacernos una taza de té?

—Claro —Donna se puso de pie, pero no fue lo suficientemente rápida como para impedir que Sylvia soltara una burla mas.

—¿Puedes recordar dónde estan las bolsitas? ¿Y la jarra? Y eso fue todo. Hora de sacarlo todo.

—¿Qué he hecho yo, mamá? Quiero decir, realmente, ¿dónde me equivoqué? Todo lo que alguna vez me has dicho era que saliera, que hiciera cosas, consiguiera un trabajo y viviera mi vida. Y lo he hecho. Y todavía no es lo suficientemente bueno, ¿verdad? —se sentó de nuevo—. Todavía no soy lo suficientemente buena, ¿verdad? ¿Estaba papá tan decepcionado conmigo como tu lo estás?

—No te atrevas a hablar de tu padre así —Sylvia gritó, mucho más fuerte de lo que parecía necesario.

—Ya, ya... —Wilf comenzó, pero Sylvia le hizo callar bruscamente.

— No, no, ya va siendo hora de que la señorita Tonterías tenga un par de verdades — Sylvia se inclinó hacia adelante, levantando un dedo en el aire—. Tu abuelo y yo estamos muy preocupados, ¿lo sabías? Vas y vienes sin apenas una palabra, bajas de la Luna cuando te viene bien y en un rato te vuelves a ir. No sé si estás viva o muerta. No sé si cada vez que suena el teléfono serás tú diciéndome que estás en Timbuctú o si alguien llama a la puerta sea un policía que han encontrado tu cadáver en el Támesis. Llega una carta para ti y la dejo en la repisa, esperando que de alguna manera signifique que volverás pronto. Pero después de un par de semanas, la tengo

que tirar en tu cama porque no funciona. No te devuelven a casa. Desde que conociste al tipo ese del Doctor, te has vuelto una persona distinta. Donna se quedó mirando a su madre en un estado de shock silencioso. ¿De dónde venía todo eso? — ¿Por qué demonios tienes que suponer que estoy muerta? Es una locura. — No es una locura, tampoco no es irrazonable. Es lo que pienso.

Y cada día que pasa sin saber de ti, lo pienso más. Tal vez si fueras madre, tal vez si tuvieras hijos, hijos estúpidos y egoístas que no piensan por sí mismos, lo entenderías. Sylvia estaba temblando.

Donna tenía mucho miedo. ¡Ella, de alguna manera, sin querer, sin saber exactamente porqué, había hecho llorar a su madre! ¡Por todas las razones equivocadas! ¡Cómo si hubieran buenas! Se supone que no tienes que hacer llorar a tu madre. . . — ¡No me voy a morir, mamá! Ningún policía llamará al timbre y te dirá que estoy muerta. — ¿Por qué no? — dijo Sylvia casi gritando, no de una manera enfadada, pero con lágrimas cayéndole por las mejillas, no, caían por su cara, como si fueran ratones húmedos—. —. ¿Por qué no? ¡Es lo que pasó con tu padre! El silencio que hubo de repente era terriblemente estremecedor.

Y entonces Donna cruzó la habitación, abrazando a su madre mientras ésta lloraba, cogiéndola, aplastándola, susurrándole disculpas y palabras dulces, diciéndole que todo iría bien, que estaba allí.

Pero un pensamiento se le ocurrió. Mañana, se habría vuelto a ir. Y con el Doctor. Porque era lo que quería.

Pero, ¿qué derecho tenía a hacerlo? ¿Se había merecido el

derecho a volverse a ir de nuevo si era eso lo que pensaba su madre? Todas las veces que ella y Sylvia habían peleado, discutido y gritado. Cuando era adolescente (y francamente, una mayor parte de sus mimados veinte años), Donna se consoló con un “así es mi madre”.

Pero Donna ya no era esa persona, y podía ver que su viuda madre, año tras año, necesitaba a su hija más que antes.

Y Donna también comenzó a llorar.

Lloraba por el dolor de su madre, por la pérdida de su padre, recordando aquella llamada a la puerta. Con el policía allí de pie.

— Se suponía que tenía que haber muerto aquí, en mis brazos, con su familia — decía Sylvia—. No en una maldita gasolinera.

Solo Y entonces, con el cronometraje exacto de cuando las palabras “perfecto” e “inconveniente” fueron inventadas, alguien llamó a la puerta.

Sin decir una palabra, Wilf fue a responder, y Donna le escuchó decir: — Ah, no es un buen momento. Donna supo, sin escuchar la respuesta, exactamente quién estaba en el umbral.

Y Sylvia también.

Miró con unos ojos rojos e hinchados a su hija.

Y, por primera vez que Donna pudiera recordar, Sylvia Noble acarició la cara de Donna, con un dulce y suave movimiento de puro amor maternal. — Voy a poner la tetera — y entonces le llamó—. Adelante, Doctor. Un momento después, la cara del Doctor apareció cerca de la puerta de la salita de estar, con las gafas de listillo puestas y el pelo más alocado que nunca.

— Hola — les dijo a todos—. ¿No conoceréis la familia Carnes, por casualidad? Creo que hay alienígenas en la familia.

[a]

El comercio turístico en Moscatelli se basaba principalmente en olivos, naranjos, uno bonito viñado y una carrera anual de motos que empezaba a trece millas de Florencia y acababa en el otro lado de las montañas cerca de aquella pequeña ciudad poco visitada.

La gente que vivía en Moscatelli era en gran parte italianos que habían estado allí durante treinta o más generaciones.

Todo el mundo conocía a todo el mundo y eran amistosos, acogedores y alegres.

También era, a mediados de mayo, el recipiente de un increíble buen tiempo, y Jayne Greene creía que sacaba lo mejor de la gente local. Era por eso que Tonio se pasaba la mayor parte del día durante la excavación trayendo nada más que un par de tejanos apretados y cortados que no dejaban demasiado para la imaginación (y Jeyne se podía imaginar bastante). El Profesor había contratado a Tonio y a su familia para ayudar a organizar la excavación hacía una semana.

Jayne y sus dos colegas estudiantes, Sean y Ben, habían accedido a acompañar al Profesor a pasar el verano porque les daría buenas notas en sus asignaturas, y sería una aventura viajar a una hermosa parte de Italia y sería genial tener una forma de ponerse morena.

— ¡Lo tengo! — gritó Sean, emocionado.

— ¿Por cuánto? — preguntó Ben, tamizando tierra a un par de metros alejado de dónde descansaba el portátil cerca

de la tienda de campaña con la comida.

— Por setenta y ocho euros. — Sesenta y pico libras. No está mal. — Ben asintió —. Muy bien hecho. — Adoro muchísimo Ebay — Sean sonrió a Jayne —. ¡Bien por mí! — ¿Era la vasija egipcia? Sean la miró y negó con la cabeza, lentamente.

— ¿La espada de la Edad de Hierro, entonces? Sacudió la cabeza de nuevo.

Jayne dejó caer sus herramientas y se acercó al portátil para ver en qué se había gastado Sean las sesenta libras.

— ¿Eso? — Eso. — Es un juguete. — Por supuesto que es un juguete — gritó Ben mientras Tonio dejaba caer más tierra en su filtro—. ¿Es que hay algo más que compre Ben por eBay? Jayne no podía creérselo. — ¿Quieres decir que te has gastado todo ese dinero, te pasas siete días frustrado mirando la subasta por un juguete fabricado en serie?? — Una figura de acción — la corrigió Sean —. De edición limitada.

Sólo han hecho quinientos, y de eso hace ocho años.

[b]

Es un trabajo de pintura distinto, ¿lo ves? La chica lleva su traje rojo de la Edad oscura en lugar del verde tradicional. Jayne observó a Sean. — Eres un un adulto. Un hombre hecho y derecho emocionándose con un juguete de plástico. Una figura para los niños. Una... — No digas muñequita — murmuró Ben para sí mismo.

—...¿una muñeca? Sam cerró de un golpe la pantalla del portátil. — Mi dinero, mi elección.

Tú te emocionas con alhajas romanas y cerámicas llenas de tierra. — ¡Y tú también! — Sí, porque es mi trabajo. Es lo

que hago aquí y en la universidad.

Pero en mi tiempo libre, tengo otros hobbies. Tengo... — No digas “una vida” — se dijo Ben a sí mismo de nuevo.

— ... una vida — acabó Sean —. Deberías intentar encontrarte tú una antes de criticar a los demás. Jayne observó a Sean, entonces a Ben, que se aseguraba de no mirar a nadie a los ojos y comenzó a mover el dedo sin ningún sentido entre el polvo de la tierra, como si intentara hacer cómo si estuviera distraído con alguna cosa.

La tensión se rompió por el pequeño profesor Rossi, saliendo de entre las tiendas viniendo de un viaje a la ciudad yendo a buscar leche y bolsas del té.

— Bien, bien, se os podía escuchar desde la carretera.

¿Qué está pasando? — Nada — gruñó Sean. —. Lo siento, profesor. Rossi negó con la cabeza, rascándose la cicatriz que hacía una pequeña marca en su mejilla. En la universidad, todo el mundo hacía broma diciendo que era una cicatriz de guerra que había conseguido peleándose con una mujer a la que amaba, pero un día descubrió la verdad: hacía diez años que se había cortado en un accidente de coche en el que había muerto su mujer. Todo el mundo perdió el interés imaginando cosas románticas después de aquello.

— ¿Qué voy a hacer con vosotros tres? Os traigo aquí de la universidad durante las vacaciones de mediados de trimestre, para visitar a la familia, y os doy la oportunidad de mejorar vuestras francamente pobres notas de arqueología. Y todo lo que hacéis es jugar con la banda ancha, flirtear con el pobre Tonio o avergonzarle, o beber demasiado vino de naranja. Estáis aquí para trabajar, ¿lo sabéis, verdad? Ser sociable es

un agradable efecto secundario pero no el esencial. Lo que es esencial, de cualquier forma, es el trabajo en equipo. Sean y Jayne no me importa si no os podéis aguantar, pero trabajaréis juntos. Ben y Jayne, no me importa si lucháis entre vosotros por la atención de Tonio, pero trabajaréis juntos. Sean y Ben no me importa si os bebéis el uno al otro bajo las mesas mientras el día siguiente estéis frescos y capaces de trabajar juntos. ¿Ha quedado todo entendido? No soy vuestros padres pero soy el hombre que os pondrá nota al final del trimestre, y haríais bien recordando que mantenerme contento es positivo — Rossi puso unos cartones de luz sobre la mesa cerca del portátil — . Así que, ¿a quién le toca hacer el té? Sean se ofreció voluntario mientras Rossi cogía el portátil.

— Con suerte, el Bursar nos habrá dado más fondos para que podamos y miremos en aquellos túneles entre las montañas al otro lado del lago. — ¿Cuánto hace que tiene familia aquí, Profesor? — preguntó Jayne.

Rossi se encogió de hombros. — Estoy en proceso de descubrirlo en la biblioteca. De hecho mis bisabuelos paternos fueron los que se fueron a Ipswich, pero sospecho que mis raíces están aquí des del siglo XV. Ben se acercó con su colador. — ¡Así que entonces estamos buscando más que vasos y platos italianos del siglo XV! ¡Ya os lo dije! Venga, Profesor, ¿cuál es el gran secreto? — Ah — Rossi sonrió —. Bueno, verás, en algún lugar de esta zona un ducado entero desapareció. Toda una ciudad con un castillo y todo tenía su base aquí alrededor, o en las colinas o algún lugar en las orillas del ese lago detrás de los cultivos de naranjos. Intento encontrar sus límites. — ¿Cómo se sabe? — preguntó Sean mientras la



tetera hervía.

— Está en los registros de la biblioteca — dijo Tonio con un buen inglés pero con un fuerte acento.

Jayne y Ben miraron a Tonio en estado de shock y con un ligero horror.

Éste sonrió. — Ah, sí, los dos pensasteis que no entendía inglés — rió, con una profunda y grave risa.

Y también lo hizo el Profesor Rossi. — Eso sí —dijo—, es divertido.

¿Ninguno de los dos se ha dado cuenta? Sin decir nada, ambos negaron con la cabeza mientras Sean se ocupaba del té, decidido a cruzar sus miradas.

— Pero eso significa que... — comenzó Jayne.

— Todo lo que hemos dicho... — añadió Ben.

— Sobre ti... —dijo Jayne de nuevo.

— Y tú... has oído... oh, Dios... matadme ahora mismo... — Ben dejó caer su colador y se sentó en el suelo.

Tonio despeinó el oscuro cabello de Ben y le guiñó un ojo, antes de lanzarle una mirada a Jayne. — Lo siento, tú pierdes. — Por supuesto que sí — dijo Jayne —. ¿Cuándo la vida irá al estilo de Jayne Greene? El portátil pitó y, dejando a los estudiantes con el té y la confesión de Tonio, el profesor Rossi accedió a su bandeja de entrada de los correos electrónicos. Nada de Bursar, pero había un mensaje:

De: Madam Delphi

Para: Rossi@Tarminsteruni.ac.uk

Asunto: SAN MARTINO

Profesor Rossi, Mis felicitaciones, ha redescubierto su patrimonio, y que es, en efecto, de San Martino, tal como esperaba. Haga clic en este enlace para ir a mi web para obtener más información acerca de este encantador reino italiano y sus secretos.

[c]

El profesor estuvo a punto de llamar para que se acercaran sus estudiantes, pero creyó que sería mejor comprobar que no fuera un bulo.

(Aunque ¿cómo iba a saber nadie que estaban buscando San Martino? Ni siquiera le había dicho a los estudiantes el nombre del ducado). Así que hizo click en el enlace.

En lugar de una nueva página web, la pantalla se llenó al instante con una bola pulsante de una brillante luz blanca, resaltada con bordes de color lila y espirales.

Instintivamente dejó que su mano se acercara para tocar la pantalla. . . para entrar en la pantalla, para ir a través de la pantalla. . . como si su mano derecha estuviera siendo consumida por la bola de energía.

Luego retiró la mano, y la miró.

Crujiendo alrededor de las puntas de los dedos había vestigios de unos morados pulsos de energía, como unos diminutos destellos de energía primaria. Giró la mano, estudiando los pequeños impulsos hasta que se desvanecieron para siempre, absorbidos en su piel. Se frotó los dedos, y luego volvió a mirar a la pantalla. Simplemente mostraba la victoria en eBay de Sean otra vez.

El profesor se puso de pie, se volvió hacia sus alumnos y extendió sus brazos, con las palmas de las manos hacia afuera.

— Lo hemos hecho — suspiró.

Distraídos al instante de sus propias y pequeñas preocupaciones, los cuatro jóvenes se acercaron, Jayne y Sean cogiéndole cada uno la mano tendida, devolviendo el gesto con entusiasmo, sin estar seguros de lo que estaban celebrando.

Después de un segundo, sin decir palabra soltaron las manos manos al Profesor, y Rossi entonces agarraron las manos de Ben y Tonio. Y ellos, a su vez tomaron las Sean y Jayne, los cinco ahora formando un círculo.

Al unísono, todos levantaron sus manos unidas al aire, haciendo una crepitante electricidad púrpura que les rodeaba.

Los demás siguieron la dirección de su mirada cuando el Profesor miró hacia el cielo.

— Bienvenida de nuevo — dijo en voz baja.

La cena estaba servida en el hogar de los Noble.

Sylvia silenciosamente ponía comida en los platos. En silencio, Donna pasaba los platos de la encimera a la mesa. En silencio, Wilf ponía agua en los vasos: tres a conjunto de una gasolinera y uno con la cara del pato Donald. El Doctor tenía ese último.

El Doctor estaba allí sentado, incómodo con la domesticidad en su mejor momento, encontrándose peor por momentos.

— ¿Dubai? — dijo Sylvia de repente mientras se sentaba.

El Doctor lanzó una mirada a Donna: ¿qué era lo que se suponía que tenía que decir? — Con los caballos — añadió amablemente Wilf.

— ¿Caballos? — el Doctor era como un conejo atrapado entre dos focos —. Caballos. Sí, seres maravillosos. — El jeque de Dubai nos retrasó un par de semanas — intervino

Donna —, ¿no fue así? Sylvia empezó a comer Algo que se parecía a macarrones con queso, supuso el Doctor, pero no estaba seguro. Algo parecido a eso una vez le intentó morder los dedos de los pies en la costa de Kal-Durunt, en la abadía de Kerípedes.

Introdujo su tenedor en ello suavemente.

— Siento que no sea tan elegante como lo que os darían en Dubai, con caballos y jeques — dijo Sylvia —. Pero no me habían avisado de que ninguno de los dos ibais a venir. — Oh, bueno, no podía ser que Donna se perdiera el día de hoy—dijo el Doctor alegremente. Demasiado alegremente. Una ocasión mala para ser el Doctor Sonrisas, mejor ser el Doctor Ojitos aquella noche.

— Pensé que los Emiratos estaban en manos de los emires y no de jeques — dijo Sylvia, sirviéndose más agua —. Pero, ¿qué sabré yo? Me voy a sentar aquí cada día, esperando a que la gente aparezca un buen día, esperando a ser alimentada El Doctor acababa de lanzar una mirada a Donna que creyó que decía “Ayúdame” pero que Donna tomó claramente en sentido de “No, no pasa nada, no me hagas caso , oh y ahora sería el mejor momento para una buena pelea con tu madre”.

Y eso hizo Donna.

— ¿Cuál es tu problema, mamá? La mayoría de las personas matarían por tener familia a su alrededor Wilf intentó intervenir, pero Donna ya estaba hablando.

— Quiero decir, Mooky se fue durante dos semanas, sus padres montaron una maldita fiesta para celebrar su regreso. Y lo único que hizo fue irse de compras a Glasgow. Consigo poder ver la gala. . . bueno, ver el mundo, cosas que nunca creí

que podría tener la oportunidad de ver, y todo lo que consigo son quejas. Sylvia no levantó la vista de su comida. — Sí, pero probablemente sus padres sabían dónde estaba Mooky. Todo lo que yo sé es cuando tu abuelo aquí se molesta en decirme que tiene una postal. Y nunca se me permite leerlas, oh no. Donna iba a castigar a Wilf por ello cuando se acordó que tales postales las solía mandar desde otro sistema solar completamente diferente.

— Vale, mamá, también voy a empezar a enviarte las postales.

Prometido. — Oh, no es sólo eso — dijo Sylvia —. Es toda la vida que tengo. Tu padre se fue, tú te has ido, y yo me quedo aquí de niñera de la novia de tu abuelo. Donna abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo.

Luego, a medida que fue encajando el comentario, volvió a abrir su boca de nuevo, pero no salió ningún sonido.

— ¿Novia? — preguntó el Doctor a Wilf.

Wilf fulminó con la mirada a Sylvia. — Es una amiga — dijo —. No me voy a casar con ella. — Eso espero — dijo Sylvia—. Mamá se revolvería en su tumba. — Ahhh, así que eso es de lo que se trata todo esto — suspiró Wilf —. Crees que Eileen no lo aprobaría. Crees que verme con una pobre y enferma anciana entristecería a Eileen. Bueno, pues te equivocas. Ella era tu madre, pero fue mi esposa.

La conocía mejor. El Doctor recordó por qué no le gustaban las familias.

— Los macarrones con queso están buenísimos, señora Noble — dijo, llenándose la boca—. Mmmmm... — Es racle de setas — le espetó.

— ¿No son macarrones? — Setas. — Es... genial... tiene mucho queso. Y... — Entonces, ¿quién es esa señora, abuelo? — preguntó Donna.

Wilf sonrió. — Es una astrónoma que conozco, de Greenwich. Ayuda el observatorio de allí, lo ha hecho durante años. Pero hace unos tres años, ella... bueno, ella enfermó y tuvo que dejar de trabajar. Hablamos por teléfono un par de veces, nos conocimos y cenamos. Pensarías que he comenzado a salir con una prima adolescente casada y embarazada por la manera que Sylvia habla de ella. Sin embarg, el Doctor estaba mirando a Sylvia Noble.

Viendo qué le hizo enrojecer de furia cuando Wilf habló. Había sido la palabra “enfermó”.

Miró de nuevo al viejo paracaidista. — ¿Entonces por qué dejó el Observatorio? — Pregúntaselo tú mismo — dijo Sylvia —. Va a estar aquí en cualquier momento. Incluso en el día de Geoff, mi hija te trae y él la trae a ella — y Sylvia se levantó y salió de la cocina.

Donna suspiró y fue detrás de su madre. Wilf estuvo a punto de seguirlas, pero el Doctor le cogió del brazo.

— No soy un experto, Wilfred, pero supongo que mejor dejar en paz a las damas — Wilf asintió.

— ¿Y tu amiga? — Netty. Henrietta Goodhart — Sonrió—. El nombre más apropiado que creo que podría tener. Pero le diagnosticaron... Ella tiene Alzheimer, Doctor. Y no mejora. — Y no lo hará — dijo el Doctor en voz baja, justo cuando sonó el timbre. — ¿Es ella? — Wilf asintió y fue a hacerla entrar.

Instantes después, el Doctor estaba sonriendo ante la vi-

sión de la excentricidad, encanto y humor que solo ciertas mujeres inglesas de una particular edad y porte podrían mostrar.

Estaba vestida de pies a cabeza con una falda de pana marrón que llegaba a la rodilla, una blusa canela, una chaqueta color chocolate y un bolso de mano canela. En su cabeza había un impresionante sombrero con al menos media docena de plumas marrones de distintos tamaños y formas. Wilf le estaba quitando su oscuro largo abrigo y Netty le ofreció su mano al Doctor antes de que Wilf hubiera tenido la oportunidad de quitarle el abrigo, eso significaba que una manga, con la que se hacían los apretones de manos, seguía puesta.

—Doctor, qué maravilloso es el conocerte. Viva y hurra, es un verdadero placer.

—Señora Goodhart.

—Señorita, por favor. Mejor aún, sólo Netty. Nunca he estado casada y, a pesar de lo que la hija de Wilfred cree, no tengo intención de casarme nunca.

Wilf finalmente le quitó el abrigo, y Netty se deslizó hacia una silla, tomando un vaso de agua en una maniobra obviamente bien ensayada.

—Nunca me he casado —continuó—. Parecía un tan alarmante desperdicio de tiempo. Vivo en Greenwich, sabes, a un poco más de una caminata, pero mi empresa local de taxis, me conocen, así que nunca es un problema si me olvido llevar dinero. O dónde voy.

Al Doctor le había caído bien esta sociable mujer instantáneamente.

—No se puede batir a una empresa de taxis fiable —dijo, consiguiendo pronunciar una frase entera antes de que conti-

nuara alegremente.

—¿Ya están discutiendo? Es todo lo que hacen. Y es sobre mi. Estaba tan avergonzada al inicio, ahora me lo tomo como un ritual, y en diez minutos Sylvia volverá a ser igual de encantadora que siempre, llena de té y galletas —el Doctor sonrió—. ¿Sylvia Noble? Encantadora. Palabras que no a menudo van en la misma frase —la mirada que recibió de Netty le mostró cómo había malinterpretado la situación entre las dos mujeres.

—Oh, no me decepciones, Doctor. No después de todo lo que me han contado sobre ti. Esa mujer de ahí es una santa.

Acaba de perder a su marido, tiene una hija que arrastras a medio camino a Dios sabe dónde por capricho, y ha tolerado al maravilloso Wilfred, que puede ser tan terco y gruñón como ella. Más aún, de hecho. Me gusta mucho. Además, sé que se queja, pero esa es forma de desahogarse, es fantástica con mi... ya sabes... —Netty golpeó el lateral de su cabeza—. Mi estado. Bendita sea, la semana pasado llevo a Wilf hasta Charlton. Al parecer, me encontraron en el jardín de alguien, ¡tratando de convencerlos de que solía vivir allí cuando tenía seis años!

—¿Lo hacías?

—¡Dios mío, no! Me crié en Hampshire —se zambulló en su bolso y sacó un cuaderno rojo A5 y se lo enseñó—. Mi vida —dijo simplemente—. Así puedo recordar cosas —el Doctor la miró fijamente a los ojos y vio, brevemente, una mujer muy anciana y muy orgullosa. Y le gustó incluso más que antes.

—Sin ese libro, sin la gente como Sylvia Noble, no soy nada. Me dejaría el bolso en una tienda en la calle principal



de Greenwich, así que estoy en este jardín, sin saber quien soy o de dónde soy. Sylvia encontró un recibo en mi bolsillo, encontró la tienda, recuperaré el bolso de donde me lo dejé, todo apañado con la policía. Quiere que me meta en una residencia, sabes. Los panfletos están en ese cajón al lado de la estufa.

—¿En serio?

—Sí. Wilf no quiere saber nada. Dice que antes hará que me mude aquí. Viejo tonto, como si me fuera a ir de una casa con la que apenas puedo lidiar a otra. Pero una encantadora residencia de ancianos, ¿dónde estaré cuidada? ¿Qué maravilloso es eso? —la puerta de la cocina se abrió. Donna y Sylvia entraron, y Donna inmediatamente se presentó.

Mientras Sylvia ponía la tetera, el Doctor se puso detrás de ella.

—¿Sabe Wilf todo lo que haces por su amiga?

—¿Sabe Donna que estás metiendo tus narices en los asuntos de su familia? —respondió Sylvia.

—No soy tu enemigo, Sra Noble —dijo el Doctor.

Sylvia se giró y le sonrió. La sonrisa más poco sincera posible.

—Por el amor de mi hija, Doctor, te tolero en esta casa. Pero eso es todo. Por el amor de papá, lo haré lo mejor que pueda con Netty Goodhart. No creo que sea una mujer egoísta, Doctor. He trabajado duro, he construido una vida, nunca he tenido mucho dinero, y he tratado de dar a Donna una vida digna. Pero entonces, un día, perdí a mi marido. Mi roca. Y desde entonces he tratado de hacer lo que ambos hacíamos, pero con una hija que un minuto no consigue un trabajo, y el siguiente puede darse el lujo de estar en un hemisferio dife-

rente, pero no puede permitirse un sello, y un anciano padre que parece haber decidido que es hora de una vez por todas de remplazar a mamá.

—¿Estás segura de que no estás preocupada por que te está reemplazando? Me imagino que dejó ir a tu madre hace mucho tiempo —el silencio que siguió a la bofetada en la cara que recibió pareció continuar durante horas, pero probablemente fueron solo unos cuantos segundos.

—Yo no quería decirlo así... —comenzó el Doctor—. Sinceramente me preguntaba...

Sylvia le ignoró.

—Papá —dijo—. ¿Por qué no te llevas al Doctor a la parcela?, ¿eh? Donna y yo podemos ponernos al día con Netty mientras vosotros estáis una hora o... unas cuantas allí arriba, ¿sí? —Wilf captó la indirecta y estaba casi arrastrando al Doctor fuera de la cocina mientras las mujeres observaban. Lo último que el Doctor oyó fue “Té, para todos” de Sylvia, antes de que Wilf les sacara ambos a la noche.

—Parcela. Por aquí —dijo el anciano hombre.

Babis Takis lanzó el mayor fardo de heno en la parte trasera de la furgoneta y paró a descansar. No estaba rejuveneciendo y esto era el trabajo de Nikos. Pero Nikos no estaba allí, probablemente estaba en la parte trasera de la granja, liándose con esa chica Spiros. Típico. Había trabajo que hacer, tenían que conseguir este envío para Faliraki, donde aun había mucha construcción. Hoteles, apartamentos, centros comerciales, todo de lo que el Dodecaneso se beneficiaría por el continuo turismo que traería. Babis gritó el nombre de Nikos un par de veces mientras izaba más fardos de heno. Echó un vistazo a

su reloj. Costaría una hora más o menos conducir por la isla hasta Petaloudes, donde recogerían a Kris, antes de pasar por Lindos y a lo largo de la costa a Faliraki. Harían la entrega de heno en el almacén y luego a la Taberna de Erik para el resto de la noche.

Aún no había señales de Nikos. Con un suspiro, Babis se alejó de la camioneta.

—Soy un hombre mayor, Nikos —llamó—. Luché en la guerra, sabes, para que gente como tú pueda ser independiente y tener vuestros lujos. Por una vez, estaría bien que pudieras trabajar como el resto —había alcanzado la parte trasera de la granja, cuando escuchó un ruido del interior de uno de los establos, un corto suspiro femenino de sorpresa, casi miedo. Ciertamente de alarma. Babis en un segundo estuvo dentro del establo.

Nikos estaba en el suelo, sosteniendo su cabeza entre las manos, silencioso pero claramente aturdido. De pie sobre él, con una pala en sus manos había una chica muy joven, que Babis reconocido como Katarina Spiros.

—¿Estás bien, chica? —preguntó Babis, alcanzando la pala.

Katarina se dio la vuelta para afrontar al abuelo de Nikos, y se dio cuenta de lo asustada que parecía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Babis.

Se sorprendió cuando Katarina se explicó.

—Recibió una llamada. . . —estaba señalando a Nikos Takis, quien ahora estaba empezando a levantarse, abandonando el teléfono en el suelo junto a su pie. Miró a su abuelo, haciendo que Babis involuntariamente retrocediera.

Babis Takis de joven había combatido en los últimos días de la guerra, echando a los nazis de Creta y manteniendo a Grecia para los griegos. Se había enfrentado a la ira y al dolor de sus padres, quienes le habían odiado y al final le habían rechazado por enamorarse, casarse y tener hijos con una de los odiados italianos que habían ocupado las Islas Griegas durante 700 años antes de ser enviados a hacer las maletas después de la guerra. Había pasado algo de tiempo en prisión por una pelea de bar en Diagoras, y una vez tuvo que enfrentarse al amargado hijo de un alemán al que había atado a una granada en 1944.

Pero nunca nada lo había asustado tanto como la mirada que su nieto le echaba.

Nikos ya no estaba allí. Ese despreocupado, divertido, inteligente nieto que había criado después de que su padre muriera. Babis no sabía cómo lo sabía. No sabía cómo había ocurrido. Pero nunca había estado tan seguro de nada en su vida.

Todavía estaba seguro de esto cuando un destello de fuego púrpura, más caliente que el corazón de un sol, extinguió su existencia en menos tiempo del que le tomó a Katarina Spiros coger aire para gritar. Un segundo después, un puñado de cenizas cayeron al suelo, donde la joven había estado. Y Nikos Takis alzó los brazos hacia el cielo, con un zumbido eléctrico púrpura alrededor de sus dedos, mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Bienvenido —gritó triunfante.

Donnie y Portia estaban de luna de miel. Era la primera de Donnie, la segunda de Portia, pero ambos se estaban divirtiendo enormemente. El hijo de Donnie había sido su padrino. Su

nieto había sido el paje. La nieta de Portia había sido la dama de honor. Habían realizado dos ceremonias, una judía y una cristiana más simple para reflejar ambas creencias elegidas. Portia siempre había abrazado la fe judía, mientras que la familia de Donnie la había abandonado bastante pocas semanas después de llegar a las islas Ellis hacía poco más de un siglo.

Habían superado las circunstancias, el cáncer de Donnie, algunos severos fruncimientos de ceño de los parientes más tradicionales de Portia y la muerte de su gato de ocho años, el señor Smokey, una semana antes de las ceremonias. Después de conocerse desde hacía quince años, saliendo los últimos seis, finalmente estarían juntos para siempre.

Y ahí estaban, en el jeep de Donnie, yendo a toda marcha por la Octava, pasando por Danbury, antes de dejar la autopista y hacia la campiña de Connecticut para su luna de miel.

Habían alquilado una casa colonial muy bonita en la afueras de Olivertown, a 20 kilómetros de Danbury. La casa pertenecía a uno de los clientes de Portia (era una paseadora de perros, paseando tres veces al día por Central Park con una variedad de canes). Los Carpenters estaban en FM, diciendo al mundo como les gustaría enseñar al mundo a cantar, y la feliz pareja estaba cantando.

Habían pasado por Abba, el Dr. Hook y Medicine Show, Jo Stafford, y asentían suavemente con Helen Reddy cantando sobre lo bueno que era estar loco: “Nadie pide que te expliques” cantaron al unísono cuando se detuvieron en la casa que habían alquilado. Portia miró a su nuevo marido.

—Bueno, señor DiCotta, aquí estamos.

—Lo estamos, señora DiCotta —Donnie le guiñó un ojo.

—¿Todavía no te has acostumbrado?

—Creo que nunca lo haré —se rió—. Pero me gusta —se inclinó sobre el coche y besó a Donnie mientras lo apagaba. Y la radio siguió sonando. Al separarse, ambos miraron la carcasa del estéreo.

—Eso no es bueno, Donnie —dijo Portia DiCotta—. Debe de haber un cortocircuito en algún lado.

—Mierda, será mejor que lo arregle ahora, cariño. De lo contrario no tendremos batería para mañana, cosa que no sería bueno si quieres que te lleve a ese restaurante en New Preston. La comida es magnífica, el servicio de primera clase y las vistas son mortales. Puedes ver sobre el Lago Waramaug y es verdaderamente romántico —Portia asintió.

—Tu arregla el coche, haré café —Donnie se acercó para buscar bajo el salpicadero un cable suelto. Hubo una pequeña chispa de electricidad y la radio se silenció.

—Bien hecho —sonrió Portia—. Ahora puedes ayudarme a sacar las maletas del maletero. Donnie DiCotta no dijo nada. Matuvo su mano bajo el salpicadero del jeep, mirando al frente.

—¿Donnie? —nada.

Portia le tocó el hombro, y él giró la cabeza para mirarla. Portia vio sus ojos, no los hermosos ojos azules de los que se había enamorado. Estos habían sido reemplazados por dos sólidos orbes de ardiente luz violeta, minúsculas lenguas de electricidad chispeando por sus conductos lacrimales. No puedo decir nada porque él le cogió la cabeza y la beso en la boca. Abundante. Duro. Pero para nada apasionado. Después de uno o dos segundos, se separaron. Y ahora los ojos de Portia Di-

Cotta ardían con la misma escalofriante energía purpura. Sin mediar palabra, bajaron del jeep y caminaron hacia el porche, estudiando el cielo nocturno sobre ellos, hasta que Donnie señaló a la derecha, hacia una estrella brillante, si hubiera sido un experto en tales cosas hubiera sabido que no había sido vista por ojos humanos en muchos siglos. Él y su nueva esposa se cogieron de las manos y miraron a la estrella.

—Bienvenido —respiraron juntos.

El Doctor estaba mirando Londres.

—Puedo ver porque te gusta este sitio, Wilf —dijo al anciano quejándose tras él, preparando un segundo asiento para que se sentara—. Es terriblemente. . . pacífico —Wilf Mott asintió. —Llevo años viniendo aquí. Solía mirar al cielo por la noche cuando estaba en el ejército. Solía navegar por las estrellas al igual que por los mapas y esas cosas. Los otros chicos pensaban que estaba loco, pero ¿sabes qué, Doctor?, nunca nos perdimos. Ni una sola vez. El Doctor sonrió al anciano y se sentó en el asiento ofrecido.

—Gracias —Wilf se sentó junto a él y le sirvió una taza de té del termo. El Doctor bebió un sorbo agradecido

—Solía meter un poco de lo mejor del señor Daniels —dijo Wilf—. Pero los malditos doctores se lo dijeron a mi hija y tuve que dejarlo.

—Una panda terrible los doctores —rió el Doctor—. Pero a menudo saben lo que es mejor, por impopular que les haga.

—Sutil —asintió Wilf.

—Sylv cambiará de opinión. Probablemente.

—¿De verdad?

—No —y Wilf rugió—. Ni en sueños, amigo —el Doctor

volvió a sonreír.

—¿Entonces no tienes un problema conmigo?

—Oh, tu haces feliz a mi Donna. Sigue así y ya estás bien conmigo. Sin embargo, haz cualquier cosa que la moleste, y sabrás de mi, incluso en Marte —el Doctor parecía sorprendido ante esto.

—¿Cuánto te ha contado?

—Todo. Desde el inicio —Wilf señaló a su telescopio—. Estaba aquí, mirando al cielo cuando me habló de ti. Al principio no la creí.

—Bueno, nadie podría culparte de ello.

—La verdad es que creo que no entendí lo que realmente me estaba diciendo. Entonces os vi después de ese asunto con la grasa, volando por el cielo, Donna saludándome, y me di cuenta de que todo era cierto. Me mantiene al día cuando puede. Postales, correos. El regalo extraño. Todavía no sé qué hacer con la medalla de Verron. ¡O exactamente lo que es una medalla de Verron! —el Doctor sonrió.

—Maravillosa raza, los Verrons. Tienen un cuerpo aéreo brillante. Completamente inútil, no han librado una guerra en unos pocos milenios, pero su cuerpo aéreo es su mayor logro. Es un poco como si le enviaras a alguien una DSO de tres barras —el Doctor se encogió de hombros—. Espera, ¿cuándo te ha enviado ella eso?, ¿de dónde lo sacó?, ¿y cómo diablos te lo hizo llegar? —Wilf casi retrocedió ante la andanada de preguntas del Doctor.

—Ni idea. No necesitas que te lo devuelva, ¿verdad? Quiero decir, ¿no fue robado? Donna no ha robado nada desde esos dulces en Woolies cuando tenía ocho años. Le hicimos devol-



verlos y pedir perdón y de todo.

—No, no, no creo que lo haya robado. Los Verrons son muy generosos. Sólo quiero saber cuando conoció a un Verron.

—Doctor, no me gustaría pensar que mi pequeña no estaba siendo cuidada adecuadamente —dijo Wilf alzando una ceja.

—Helios 5 —dijo el Doctor—. Tuvo que ser ahí. O Ylum. Me gusta Ylum, y a Donna también, muy cosmopolita. O quizás de Moulin Très Rouge. Allí había un mercado. O supongo que fue ese día en. . .

—De todos modos —Wilf le cortó— hemos venido aquí por una razón.

—¿Otra razón aparte de querer comprobar mis intenciones con tu nieta? Y para darle a mi mejilla izquierda la oportunidad de enfriarse —Wilf rió.

—Oh, ese es el método de Sylvia, no el mío. Sé que eres honorable. También sé que Donna puede cuidar de sí misma en ese aspecto. Cualquier deshonorabilidad de tu parte y nunca escucharás el final del mismo. Literalmente —el Doctor pensó en “¡Ey!” y decidió que sí, Wilf ciertamente conocía muy bien a su nieta.

Wilf ajustó su telescopio.

—Mira.

El Doctor lo hizo, y vio una estrella. Un diminuto punto de luz, parpadeando lo suficiente y que a menudo parecía desvanecerse.

—¿Te gusta? 7432MOTT —dijo Wilf orgulloso.

—Disculpa —dijo el Doctor, retrocediendo y mirándolo de nuevo—. ¿La nombraron por ti?

—Yo la descubrí. Me uní a un nódulo. Poco después, descubrí esa estrella. La RPS hará una cena en mi honor mañana por la noche.

—Nodo adintiendo con los nódulos —dijo el Doctor.

—Ah, bueno, un nódulo es —comenzó Wilf, pero el Doctor hizo un gesto a un lado.

—Estoy bromeando. Sé lo que es un nódulo. Y estoy totalmente impresionado, Wilf, que haya una estrella nombrada en tu honor y estoy aún más contento de que la Real Sociedad Planetaria te organice una fiesta. Y apuesto a que has comprado un corbata nueva y de todo. Y siento mucho tener que aguarle la fiesta, pero puede que haya una nueva estrella, justo ahí abajo. Es increíblemente brillante, justo a la izquierda de la espada de Orión.

Wilf se inclinó y apartó al Doctor.

—¿Ahí?

—No, aquí.

—Oh, ahí. Sí, a todos también nos gusta esa. Es muy bonita.

—Sí, muy bonita. Una nueva estrella muy bonita brillando intensamente en una constelación que no debería existir. La cosa es que las estrellas de esa magnitud y brillantez simplemente no aparecen sin una buena razón.

—¿Brillantez? ¿Es ese un término técnico?

El Doctor le echó una mirada a Wilf.

—Es lo suficientemente bueno para mí.

—Sólo sé que todo el mundo que ha estado hablando de ella aparentemente llama a estrellas como estas Cuerpos de

Caos —el Doctor pensó por un segundo o dos, luego se encogió de hombros.

—¿Lo hacen? Eso es nuevo para mí.

—Es como lo llaman en los periódicos —el Doctor asintió.

—Ah, bueno, si los periódicos lo dicen debe de ser cierto, porque ¿quién podría discutir con los tabloides? —miró a la cosa en el cielo—. Cuerpos del Caos. Buen nombre descriptivo, eso lo han acertado —el Doctor pasó un brazo sobre el hombro de Wilf—.

¿Pero sabes qué?, ¿a quién le importa? Tienes una estrella, una estrella mucho menos preocupante, nombrada en tu honor y estoy muy orgulloso.

—Gracias. Me alegro de que hayas dicho eso porque me acabas de resolver un problema. —¿Qué problema?

—Necesito a alguien que me lleve a Vauxhall.

—¿Por qué?

—La cena.

—¿Con quién?

—La Sociedad.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—¿Cómo?

—¿Con la TARDIS?

—Sí, porque eso va a pasar.

—Vale, de acuerdo, entonces iré en el metro. Sylvia cree que no soy capaz de ir solo. Quiero decir, estoy bien sentado en una fría y húmeda parcela cada noche, que causa estragos en mí...

—¿Así que Sylvia no quiere que vayas solo bien entrada la noche, verdad?

—Quiero decir, no voy a perderme, Doctor, pero está siendo muy protectora y tonta últimamente. Desde que perdió a Geoff. Y con Donna tanto tiempo fuera. Y ahora Netty... —  
¿Sabes qué? Wilfred Mott me encantaría acompañarte a cenar en Vauxhall. En taxi ¿Qué pijo es eso? No he tenido una comida en el RPS desde que Bernard y Paula me llevaron en 1969 para ver el alunizaje. ¿Todavía hacen ese pudín con chocolate?

—No lo se. No he estado antes.

—Entonces, mañana por la noche, Wilfred Mott de Chiswick, asumiendo que el menú no ha cambiado en cuarenta años, y siendo la Real Sociedad Planetaria creo que estoy en terreno seguro, estás apuntado a una delicia culinaria — el Doctor miró por última vez a la preocupantemente brillante nueva estrella que no era 7432MOTT por el telescopio—. Ciertamente un Cuerpo de Caos.

—Sin embargo es bonita —murmuró Wilf.

Y ambos se estremecieron repentinamente. Como si alguien hubiera pasado por encima de sus tumbas. O la tumba de todo el planeta.

—Hermoso Caos —dijo el Doctor en voz baja.

# Sábado

Caitlin estaba esperando en la Terminal 5 del Aeropuerto de Heathrow a los vuelos que deberían haber ido a la Terminal 2. Esa estaba siendo demolida actualmente, preparándose para la Terminal del Este que reemplazaría a aquella adonde solían llegar los vuelos europeos. Se encontraría con diferentes vuelos, incluyendo uno que venía desde el JFK a mediodía, que llegaría antes que los europeos. Vio aterrizar al enorme jet 787-9, la luz del sol brillaba sobre su fuselaje nuevo mientras frenaba lentamente, antes de cruzar rodando la puerta de llegada y ser llevado a su posición por el pequeño camión remolcador.

Caitlin estaba vestida con un elegante uniforme del personal de la Terminal, con su pase de acceso a todas las áreas, con la más alta credencial de seguridad que Madam Delphy pudo conseguir, colgando de una correa alrededor del cuello. Sonrió dulcemente a otros dos miembros de la plantilla, ninguno de los cuales la detuvieron y ni siquiera pensaron que pudiera ser posible que no la hubieran visto antes. El pase era el que hacía eso, aunque el largo pelo moreno y los ojos azules de

Caitlin habrían sido suficientes para distraer a cualquiera que quisiera verla de cerca. Una rápida sonrisa era todo lo que le costaba a Caitlin conseguir lo que quería.

De hecho fue un agudo guardia de seguridad quien la vio mientras atravesaba las puertas de Acceso Restringido hacia la sala de llegadas, exactamente en dirección a donde realmente no tenía derecho a estar.

—¿Perdone? —gritó.

—¿Hay algún problema. . . ? —Caitlin arrugó los ojos para leer su nombre en la etiqueta—. ¿Hay algún problema, Keith?

Keith Brownlow la miró fijamente, con la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado como evaluándola.

—No te he visto antes —dijo en voz baja.

—No estoy aquí desde hace mucho —respondió rápidamente.

—Es curioso —replicó—. Conozco a todos en esta Terminal. Y a los que no conozco, no entran aquí. Me temo que tendrás que irte hasta que pueda verificar que eres quien dices ser.

Caitlin se detuvo por un momento, intentando recordar un nombre.

—Estoy segura que si lo compruebas con el Señor Golding te lo confirmará. Me uní a la plantilla el jueves.

Keith se encogió de hombros.

—Lo haré, pero sólo si vuelves por dónde has venido y esperas en la Zona Amarilla.

—Eres muy bueno en esto, Keith, ¿verdad?

—Nos tomamos la seguridad muy en serio —dijo.

—Por supuesto que sí —ronroneó Caitlin—. No es para menos. Pero verás, solo estamos aquí tú y yo, has visto mi pase, puedes ver que tengo autorización. Estoy segura que han sido los de administración los que no te han informado de que estoy aquí. Realmente tengo que ir al otro lado de esta puerta para saludar a algunos VIP.

Keith la ignoró, la mano derecha apoyada en el revólver enfundado en la cadera y la mano izquierda levantando su walkie-talkie.

—Oh querido, y yo que pensé que podríamos ser amigos —dijo Caitlin levantando su brazo derecho y lanzando un rayo de energía púrpura al pecho de Keith, reduciéndole a cenizas antes incluso de que se diera cuenta del movimiento.

Continuó hacia adelante, sus tacones altos aplastaron las pocas cenizas que quedaban en la alfombra. Con un rápido y profundo suspiro, abrió las puertas de la zona VIP y salió a saludar a sus invitados.

Estaban allí de pie, esperándola, ninguno de ellos parecía darse cuenta de dónde estaban o de qué estaban haciendo. Dos ancianos americanos llegados de Nueva York.

—¿El Señor y la Señora DiCotta? Felicidades por su boda y bienvenidos a su luna de miel.

Donnie y Portia DiCotta no dijeron nada, sólo asintieron con la cabeza mientras Caitlin les llevaba hasta uno de los cochecitos de servicio con los que los pasajeros ancianos o con discapacidad se movían por las terminales de los aeropuertos.

Un confuso encargado de equipajes miró su pase mientras ella se lo mostraba, pero después se apartó, permitiéndoles coger el cochecito. Los DiCotta subieron a bordo mientras el

encargado se giraba.

—¿Tienen equipaje? —gritó.

Caitlin sonrió con su sonrisa más dulce, que esperaba que no sugiriese lo que pensaba (“Oh, lárgate, patán inútil”), después dijo en voz alta.

—Se ha retrasado en el JFK así que volveremos a por él por la mañana.

Puso en marcha el cochecito y condujo hacia delante.

—Sois los primeros —dijo en voz baja, ya sin ser todo dulzura y sonrisas.

—¿Dónde están los otros?

—El Griego llegará en breve, el grupo italiano no tardará más de una hora o así. Esperaremos a recogerlos y después iremos a ver a Madam Delphi juntos. Tiene una misión para vosotros esta noche —Caitlin dejó escapar una risita—. Me gustaría preguntar sobre el jetlag, pero imagino que Madam Delphi se ha asegurado de que no sentís nada de eso.

—Nos sentimos bien —dijo Portia DiCotta.

—Bien —dijo Caitlin—. Perfecto.

El cochecito continuó hacia delante, lejos de las rutas principales y a través de otra puerta por donde llegaría el vuelo del Aeropuerto Internacional de Atenas.

—Y después iremos a encontrarnos con el genial 787-3 del Aeropuerto Leonardo Da Vinci de Fiumicino —dijo—. Espero que disfruten de su estancia. Será breve pero muy dramática.

El pequeño cochecito atravesaba los largos pasillos preparado para recoger a más componentes del ejército que Madam



Delphi utilizaría para llevar a la raza humana a una destrucción total.

Donna estaba ajustándole la corbata al Doctor. Lo había hecho unas cien veces para su padre, especialmente hacia el final, lo que le había dado una excusa a él para estar de mal humor y sentirse inútil. El Doctor no tenía esa excusa, pero eso no le había impedido quejarse al respecto.

—Donna, puedo atarme una corbata, ¿sabes?

—¿En serio? Porque no he visto ninguna evidencia de eso —fue su respuesta, seguido por un tirón demasiado entusiasta del nudo, demasiado cerca de la nuez de Adán del Doctor—. Ups —le sonrió—. Lo siento.

Deslizó un dedo por el cuello de la camisa y de algún modo ese simple gesto no sólo aflojó el nudo, sino que además desabrochó el botón superior y después arrugó también la camisa.

Era arte, dijo. Chic friki, dijo. Arturo Desaliñado lo llamaba ella, renunciando a esa causa perdida.

—¿Cómo sigue Netty? —preguntó.

—Está bien hoy —dijo Donna—. El abuelo se encarga de ella. Mama estaba empezando a quejarse por ello, así que se marchó antes de tiempo y dijo que nos encontraríamos aquí. ¡Creo que se ha ido a comprarse otro sombrero estafalario!

—Tu madre se preocupa por Wilf, eso es todo. Netty es muy divertida pero implica una gran responsabilidad —dijo el Doctor.

—Lo sé, pero Mamá no tiene que ser tan negativa respecto a eso, ¿no?

El Doctor se encogió de hombros.

—Es una madre, Donna. Es su trabajo criticar a cada miembro de su familia. Está en el manual.

—¿Tu madre criticaba todo lo que hacías? La manera en que te peinabas, la ropa que llevabas, los amigos con los que salías, la música. . .

—Sí, bueno, fue un poco diferente para mí —dijo con calma.

Donna le miró y sonrió felizmente.

—Por supuesto que lo era. Lo siento. No lo he pensado.

—Oh, está bien. Solo estoy diciendo que le des a tu madre algo de crédito. Es mucho por asimilar, ha cuidado sola de su abuelo durante mucho tiempo. Ahora él tiene a alguien en su vida, ella está obligada a estar un poco disgustada.

—Oh, no te pongas Spock conmigo.

—¿Spock?

—Sí, aquel psicólogo infantil, o quien sea que fuera. El que hablaba sobre relaciones entre padres e hijos.

—Ah, el Doctor Spock. Por supuesto.

—¿Por qué? ¿Hay algún otro Spock que conozcas? —se rió Donna mientras salía de la habitación de invitados. Aunque sospechaba que el Doctor no había pegado ojo allí, parecía que nunca necesitaba dormir como una persona normal.

El Doctor se miró en el espejo. Siempre pensó que le quedaría bastante bien una chaqueta de vestir y una corbata negra, odiaba las pajaritas, le hacían parecer un camarero, y a juzgar por lo que había pasado en otras fiestas, lo mejor para esta noche era una adecuada corbata negra. Por supuesto, eso significaba que ahora parecía que iba a ir a un funeral, pero jey-jo. Y luego estaba lo que le pasaba con las chaquetas: no

importaba cómo se abrochase los botones, siempre parecían o demasiado pequeñas o demasiado ceñidas, y los pantalones nunca le llegaban hasta los talones. Ah bueno, era la noche de Wilf, no la suya. Llamaron a la puerta.

—Sí, ya voy, Donna, danos un minuto.

La puerta se abrió. Era la madre de Donna.

—Ah, hola —dijo. Era una mujer intimidante y, como la mayoría de las madres, claramente él no le agradaba mucho. ¿Eran imaginaciones suyas o la mejilla le estaba empezando a doler de nuevo?

A algunas madres se las había ganado por su propio encanto (Ah, Jackie Tyler, ¿qué estarás haciendo ahora?), o demostrando que la fe de su hija en él estaba justificada (todavía tienes un buen gancho de derecha Francine Jones, bendita seas).

Pero ahora era el turno de Sylvia Noble. Llena de tanto orgullo, templada con tanta rabia, tanta frustración. Era como si nunca hubiera sentido el control de su vida, que tanto se esforzaba en decirse que tenía, y eso le hacía estar realmente enfadada.

Por supuesto, no debía de haber sido fácil perder a Geoff. El Doctor sólo le había visto una vez, en la boda de Donna, donde parecía ser el más... calmado de los padres Noble. Ahora la pobre Sylvia estaba haciendo todo lo posible para hacer frente a una hija rebelde, que no era ni de lejos tan rebelde como Sylvia imaginaba (todavía no tenía ni idea de adonde llevaba realmente a Donna) y un padre anciano, que estaba tan decidido a no ser una carga para su hija que se convirtió en una más grande por defecto. Wilf Mott quería demostrar

que era independiente, fuerte y veinte años más joven de lo que era, creyendo que así aliviaría la presión a Sylvia, simplemente no se daba cuenta de que Sylvia veía a través de ello y estaba dos veces más preocupada de lo que estaría si sólo se sentara en un sillón viendo todo el día “Countdown”.

¿Cuánto había pasado desde que el Doctor se había sentado a ver “Countdown”? Solía gustarle “Countdown”.

—Cuidarás de él.

—¿No vienes con nosotros?

Sylvia miró como si estuviera a punto de decir algo, pero se limitó a sacudir un poco la cabeza.

—No es cosa mía.

—Pero es tu padre...

—Tuvimos una... discusión sobre ello.

—Ah —el Doctor solo podía empezar a imaginar cómo había sido—. ¿Estás segura? Porque estoy seguro de que a él, a Donna y a Netty les encantaría que tu...

Se detuvo. Sylvia estaba a un paso de estremecerse ante la mención de Henrietta Goodhart.

—Por favor, Doctor, cuida de él —le dijo con tranquilidad—. No se está haciendo más joven a pesar de lo que piensa.

El Doctor sonrió de forma encantadora.

—Por supuesto que lo haré.

—No hay ningún “por supuesto que lo haré” contigo, Doctor, así que no me vengas con tu supuesto encanto y palabrería. No te lo estaba pidiendo, te lo estaba diciendo.

El Doctor trató de no sonreír, era como si estuviera siendo regañado por una directora. Entonces, el brillo de los ojos de Sylvia le recordó que eso no era ni remotamente divertido.

—Lo prometo —dijo, añadiendo mentalmente, “y escribiré trescientas veces: No perderé miembros de la familia Noble en Londres”.

—Son todo lo que tengo —dijo y salió de la habitación.

El Doctor se chupó el dedo índice y lo levantó. Sí, efectivamente la temperatura ambiente de la habitación había bajado unos cuantos grados.

Media hora más tarde, se amontonaban dentro de un taxi. Wilf y Donna se sentaron en el asiento, el Doctor en uno de esos asientos de repuesto abatibles. Se retorció incómodamente en él durante todo el viaje.

Wilf estaba vestido de punta en blanco, corbata de seda, una buena camisa, chaqueta ligeramente ceñida que probablemente se había comprado a principios de los años setenta, pero fallaba por el par de deportivas que llevaba en los pies.

Como si sintiera que el Doctor le estaba mirando, Wilf levantó una cutre bolsa de plástico. Dentro de ella había un par de zapatos negros de vestir.

—Me cortan la circulación de los pies, así que los llevaré tan poco como me sea posible —explicó.

El Doctor asintió.

—Te ves muy bien —le dijo a Donna.

—Gracias. Tuve que pedir prestado algo a Veena, que le había prestado a Mooky, así que ha tenido que pasar esta tarde mientras te estabas poniendo el traje y... ¿qué?

El Doctor sonrió.

—Tus amigas tienen nombres sorprendentes —se rió suavemente—. Mooky.

Donna levantó una ceja ante eso.

—Mira quién habla. Señor Ood. Señor Matrona Cofelia. Señor Ventraxian Gol-Zeeglar. ¿De dónde te sacas pensar que los nombres de mis amigas suenan divertidos, eh?

—Bien visto, aunque Ood no es realmente un nombre, es más un tipo de designación de especie, y yo... um...

Donna le estaba dando una de sus miradas “¿te parece que me importe?”, así que en su lugar se volvió hacia Wilf.

—¿Emocionado?

—Demasiado, Doctor. He descubierto una nueva estrella. Y le han puesto mi nombre. ¡Es genial!

—Es más que genial, Abuelo —Donna le apretó la mano—. Es jodidamente maravilloso. Aquí al Hombre del Espacio, pregúntale si le han puesto su nombre a una estrella.

—¿Lo han hecho, Doctor?

Si lo habían hecho o no, ni era aquí ni ahora.

—Absolutamente no —le dijo a Wilf—. Y estoy muy celoso.

—Sí —Wilf se inclinó hacia adelante para que el conductor no le oyera—. Sí, pero ¿y tú? Tienes la oportunidad de visitarlas, ¿no? Tienes la oportunidad de ir hasta allí —se volvió a Donna y le dio un codazo juguetonamente—. Aprovechalo al máximo, mi chica.

—Oh, lo hago, no te preocupes —dijo.

El Doctor asintió.

—Oh, lo hace, no te preocupes en absoluto.

—Quiero decir que he visto y hecho algunas cosas en mi vida, Doctor, pero nada comparado a lo que estás mostrando a mi pequeña, ¿eh?

—Ey, no soy solo una pasajera, ¿sabes? —Donna sonrió—. He tomado un montón de decisiones sobre a dónde vamos, a quién vemos, la rapidez con la que tenemos que marcharnos de nuevo porque ha molestado a alguien que estaba al cargo. Con un ejército. Y una gran hacha. Y doce piernas.

—Diez piernas —le corrigió el Doctor automáticamente.

—Oooh, de acuerdo entonces. Diez piernas y dos brazos que le colgaban hasta el suelo. Si eres pedante, que es algo que estas siendo claramente esta noche.

El Doctor les sonrió a los dos.

—Quizá deberíamos llevarte con nosotros en una excursión de un día, Wilf.

—¡No!

Tanto Donna como Wilf lo habían dicho a la vez, después se miraron el uno al otro.

—Es peligroso, Abuelo.

—¡Tú vas!

—Yo... puedo cuidar de mi misma. Si te ocurriera algo, ¿qué haría mamá?

—¿Matarte?

—Bueno, lo mataría —Donna señaló al Doctor con la cabeza—. Yo iría después siendo despellejada viva. Probablemente.

—Tu dijiste “no” también, Wilf —dijo el Doctor.

Wilf levantó la vista hacia las estrellas mientras circulaban hacia el sur de Londres, cruzando el Puente de Vauxhall.

—Me gusta mirar, Doctor. Me gusta mirar e imaginar y soñar. Pero, ¿la realidad? Todos esos monstruos, armas y esas cosas. Ná, prefiero mis ideas.

El Doctor asintió.

—Muy sabio. Fíjate, serías una influencia tranquilizadora para ella.

—Oh, lo sé. Ella sigue adelante, ¿no?

—Estoy sentada aquí. Justo aquí —dijo Donna.

El Doctor seguía hablando con Wilf.

—Y obviamente hay algo en su infancia sobre ciempiés, pero no dice el qué. Porque el día que fuimos a ese lugar. . .

—¡Ey!

Wilf se rió.

—Tengo que contarte eso. Cuando tenía unos ocho años, su padre y yo la llevamos a Norfolk. ¿A las Marismas? De todos modos, ella estaba remando cuando. . .

—¡EY!

Ambos miraron a Donna. Estaba señalándose a sí misma. Con un dedo en cada mano. A su cabeza.

—Como ya he dicho. Estoy sentada aquí. Escuchando. Y no me gusta lo que escucho —los dos hombres se sonrieron uno al otro.

—Más tarde —dijo el Doctor.

—Más tarde —confirmó Wilf.

Donna les separó.

—Ya hemos llegado.

El taxi se detuvo frente a la Sociedad, un enorme edificio de ladrillo rojo, construido a principios de la época victoriana, al igual que el vestíbulo principal de la estación de Vauxhall.

Donna pagó al conductor (apoquinarás en el camino de vuelta, le dijo al Doctor). Cuando el taxi se fue rugiendo, se enderezó el vestido, comprobó sus tacones y le dio un codazo



al Doctor, que estaba mirando hacia el cielo nocturno y las estrellas.

A la nueva estrella que Wilf le había mostrado la noche anterior. Que ahora era más brillante que antes. Y parecía que había otra pareja de estrellas que creía que no deberían estar ahí...

Donna le dio de nuevo un codazo.

—¿Qué?

Señalo con la cabeza hacia Wilf, que estaba agarrado a un poste de la luz tratando de quitarse las deportivas y agarrando su bolsa de plástico al mismo tiempo.

—No puedo agacharme con esta cosa —siseó—. Si lo rompo, Veena me pegará la semana que viene. Practica todo tipo de artes marciales.

El Doctor le cogió la bolsa a Wilf y dejó que el anciano se apoyase en él mientras se quitaba las deportivas y las reemplazaba por los zapatos de vestir.

—Sylvia me los compró —le dijo al Doctor—. Estas malditas cosas son tres tallas más pequeñas.

—No, no lo son —dijo Donna automáticamente—. No lo estas intentando.

—Caray, ¿Cuándo te has convertido en tu madre? —dijo Wilf.

Donna abrió la boca para replicar, pero el Doctor, percibiendo que una retirada era mejor que un ataque, los cogió a ambos y se puso en medio.

—La cena nos espera —dijo y entraron en el edificio.

La gran puerta de madera se abrió cuando llegaron al último escalón y un caballero elegantemente vestido, de unos

treinta años, con la piel olivácea, cabello negro y los ojos brillantes, les saludó.

—Buenas tardes, Señor Mott —dijo con un ligero acento europeo—. Señorita Noble. Doctor Smith. Soy Gianni, Relaciones Públicas.

Donna hizo una mueca de sorpresa.

—Lo tiene muy bien ensayado.

—Somos invitados de honor —dijo Wilf—. Tenía que decir a quién traía.

Gianni les levó dentro, a una pequeña área en la que una pareja de entre unos ochenta a doscientos once años estaba apoyada en un bar. O posiblemente el bar era el que los aguantaba a ellos. Sea como fuere, parecían formar parte del mobiliario.

Donna arrugó la nariz ante el fuerte olor a whisky y miró detrás de ellos, donde otra puerta conducía a una zona amplia de comedor y una algarabía de ruidos.

—Pasen —dijo el Relaciones Públicas, así que Donna abrió la marcha.

Cuando el trío entró en el comedor, el murmullo se detuvo y fue sustituido por una ronda de aplausos conducidos por, y Donna se alegró de comprobarlo, Henrietta Goodhart, resplandeciente con otro extraña pero inusualmente conjuntada pámela.

Ella caminó hacia ellos, con los brazos extendidos, besó a Donna, luego al Doctor y finalmente a Wilf, dándoles a cada uno un beso en cada mejilla, al estilo continental. Entonces le plantó uno rápido en los labios a Wilf y le guiñó los ojos.

—Hoy estoy bien —le respondió a la pregunta sin formu-

lar.

Un hombre de unos tardíos cincuenta años se acercó, y apretó la mano de Wilf.

—Crossland. Cedric Crossland. Doctor Cedric Crossland. Doctor Cedric Crossland, de la Orden del Imperio Británico. Pero me debe llamar Rick, señor Mott.

—Oh, sólo Wilf está bien —dijo Wilf, lanzándoles una mirada en busca de ayuda o rescate a Donna, al Doctor y a Netty.

Donna dio un pase adelante, pero Netty la detuvo.

—No, no, déjale. Es su noche a las verdes y a las maduras y es capaz de todo y más. Además, por el pudding de chocolate merece la pena haber venido —miraron cómo Wilf se relacionaba con todas las celebridades—. Parece tan feliz —dijo.

—Entiendo que tú tienes gran parte de la culpa —dijo el Doctor, añadiendo—. No es que pretenda entender cosas como esta.

Netty sonrió.

—Por supuesto que no, Doctor. Siendo del espacio exterior.

El Doctor se la quedó mirando boquiabierto, y entonces sonrió.

—De hecho, soy de Nottingham. . .

—Es de Walthamstow—dijo Donna al unísono.

—Nací en Nottingham—dijo el Doctor.

—Pero se crió en Walthamstow—añadió Donna, un poco más tarde.

—Wilf me lo contó todo, Doctor. Sobre ti. Sobre lo del ATMOS. Sobre dónde está Donna cuando está contigo. No tenemos secretos, ya ves.

El Doctor sacó el aire de sus mejillas:

—Bueno, no estoy seguro de lo que Wilf te ha dicho pero, yo soy... eh... bueno...

Netty le apretó la mano.

—Está bien. La mayor parte de los días apenas puedo recordar quién soy, imagínate en qué planeta estáis tú y Donna desde el que mandáis postales. Vuestro secreto está a salvo conmigo.

—Creo que le voy a matar esta vez—dijo Donna, mirando hacia su abuelo al que estaban sirviendo un extraordinariamente gran brandy por un grupo de ancianos y ancianas.

Netty negó con la cabeza.

—Está muy orgulloso de vosotros dos, por favor, no os enfadéis con él. Además, eso me da la oportunidad de hablaros sobre los Cuerpos del Caos. Ya sabes, mientras pueda.

Donna frunció el ceño.

—Lo siento, Donna —dijo Netty—. ¿Te avergüenza que hable de mi condición? No tienes por qué, no hay nada que tenga que esconder a nadie. Y mucho menos a mí misma.

—No es eso—dijo Donna—. Es sólo que... bueno, es un poco triste.

—Lo es. Muy triste, créeme. Pero tengo que acostumbrarme a vivir con ello y disfrutar la mayor parte de los días lúcidos, porque los días en los que no estoy son más y más frecuentes.

—¿Cómo de frecuentes?

—¡Doctor! No tiene que explicarlo todo.

Pero le mandó callar.

—¿Cómo de frecuentes, Henrietta?

—Si puedo llegar al viernes recordando qué hice el martes, es toda una victoria.

Gianni estaba a su lado, justo donde un buen Relaciones Públicas tendría que estar, con las bebidas en una bandeja de plata para ellos y éstos cogieron los vasos rápidamente, como si intentaran llenar el vacío de la conversación.

—Así que—dijo Netty—, los Cuerpos del Caos.

—¿Cuándo aparecieron? El primero, quiero decir.

—Ah —dijo Netty—, has visto los otros. Los acabo de ver yo esta noche y nadie de aquí parece haberlos mencionado.

—Eso es porque no estaban anoche. O cuando dejamos Chiswick, de hecho.

Netty rió.

—Sé que sabes más sobre el espacio exterior que este puñado de aquí juntos pero, científicamente, las estrellas no se mueven tan rápido. Y si pudieran, la devastación sería espectacular.

El Doctor brindó con ella.

—Ah, pues entonces ya no son estrellas. No son estrellas de verdad. Un pedazo del caos, y aún así, es lo que se puede ver.

—¿Qué son entonces? —preguntó Donna.

El Doctor se encogió de hombros.

—Tengo una sospecha. La primera, la original, que parece como una estrella de verdad y es ciertamente una bola de energía combustible supercaliente que comparte propiedades

menores con una estrella, pero las demás, son como satélites. Pero no de los estelares.

—¿Hechos por el ser humano?

—Bueno, hechos por alguien, sí. Y en algún rincón de mi cabeza hay una vocecita intentando decirme dónde los he visto antes.

Hubo un ruidito de alguien golpeando un cristal con una cucharita.

—Damas y caballeros, antes de cenar, debería presentarles a nuestro invitado de honor—decía el Doctor Crossland—. En honor de ser el primero en ver la nueva estrella M7432-6, oficialmente conocida como 7432MOTT, este es... ¡Wilfred Mott!

Hubo un estruendoso aplauso e incluso se escuchó un “Viva, viva”, entonces uno de los camareros guió al Doctor, a Donna y a Netty a la mesa para unirse al resto de los comensales.

Wilf enganchó al Doctor y lo puso entre él y Crossland, mientras Netty estaba al otro lado de Wilf y Donna al lado de ésta.

El Doctor miró expectante al sitio vacío de su derecha, preguntándose quién se iba a sentar allí. Era, pensó, un poco como sentarse en un tren esperando que el asiento vacío a tu lado no fuera a ser ocupado por un loco con unos altavoces o un niño que pegara patadas o, lo peor de todo, un malhumorado hombre de negocios que se pasaría el viaje entero hablando en voz alta por su teléfono móvil. Y, cada vez que colgara, alguien le volvería a llamar, dejando sonar el molesto tono de llamada un buen rato hasta responder.

El Doctor siempre se preguntaba últimamente cuándo aquellas pequeñas cosas triviales habían comenzado a molestarle tanto. Debió de haber sido al pasar la marca de los 900.

El asiento fue empujado hacia atrás por una mujer cuya ropa podría ser descrita como excéntrica, o como alocada, con un horrible choque de colores, estilos y bueno, de todo.

El mayor crimen contra la moda era la blusa que llevaba, la cual tenía el mapa celeste de Galileo bordado a mano en ella. Era el tipo de ropa que te pondrías si te vistieras con los ojos cerrados después de que alguien hubiera cogido tu armario y le hubiera metido una buena sacudida.

Tampoco es que quien la llevaba pareciera remotamente consciente de su... única y espectacular pieza de ropa de alta costura. Y lo que era más alarmante, ninguno de los demás miembros pareció inmutarse... solo Wilf y sobre todo Donna reaccionaron, Wilf con incredulidad y Donna para aguantarse la risa hizo que el encontrar el vaso de agua delante de ella fuera la cosa más fascinante de la Tierra.

—Ariadne Holt—dijo con un tono que sugería al Doctor que aquello no era sólo una introducción, sino que era de hecho una completa explicación para la razón por la que parecía lo que era.

—¿Qué hay? —dijo él, ofreciéndole la mano. Ella le ofreció la suya como si le sugiriera darle un beso, o como mínimo, inclinarse ligeramente. No hizo ninguna de las dos cosas, intentando en cambio, cambiarlo por un apretón de manos que él había comenzado.

Ella le lanzó una mirada que parecía decir “Oh, claro, te comportarás así, ¿verdad?” y acercó su silla a la mesa y muy

ligeramente lejos de él.

—Así que—dijo Ariadne—. ¿Cuál es su campo?

—El de los diez acres—sonrió él.

Le lanzó una mirada gélida.

—Es una broma interna—balbuceó.

—Una muy mala.

Otra mirada gélida.

—Soy el Doctor, por cierto.

—Lo sé—dijo Ariadne Holt.

—¿Lo sabe?

—Crossland me lo dijo. Me sugirió que me sentara, aquí, a su lado, para cenar.

—¿Eso hizo?

—Sí.

—Cierto. Bien, lo siento. De hecho, no conozco a este señor Crossland.

—Doctor.

—¿Sí?

—¿Qué?

—¿Qué?

—És el Doctor Crossland, no el “señor”.

—Ya veo.

—Usted es Smith. John Smith. Usted escribe libros con fotografías sobre constelaciones, ¿verdad?

—Ah, no. No soy yo. Lo lamento. Aunque cuando era niño pintaba cuadros con los dedos del cielo nocturno. Solía añadirle pedazos de... bueno, usted lo llamaría pasta para hacer los planetas en tres dimensiones y purpurina, mucha purpurina. Me gustaba la purpurina.



De nuevo otra mirada gélida.

—No le importan mucho mis dibujos con los dedos, ¿verdad, Ariadne? No la culpo. No eran demasiado buenos. Una D baja, muy baja. Cuatro de diez. Eran duros, pero siempre pensé que posiblemente estuvieran justificados. Así que, ¿qué estudia usted?

Ariadne Holt le ignoró y miró directamente hacia el doctor Crossland.

—No es el correcto Smith, viejo loco—dijo ella—. Este no es el autor.

Crossland miró al Doctor.

—¿Qué es él entonces?

—Estoy aquí sentado, por cierto—dijo el Doctor.

—¡Ya! —rió Donna, recordando el viaje en taxi.

—Un loco—respondió Ariadne Holt—. Hablando monótonamente de pinturas con los dedos y comida italiana.

Donna levantó al Doctor los dos pulgares y le lanzó un guiño de forma exagerada.

Él le lanzó una mirada que tendría que haberla convertido en hielo. Ella le sonrió ampliamente.

Crossland miró al Doctor y entonces a Wilf.

—Pensaba que dijo que el chaval era un experto, señor Mott.

Ahora era el turno de Wilf de parecer un conejo atrapado entre dos focos, porque estaba fuera de su zona de confort. Lo mejor que pudo inventarse fue un:

—Lo es.

Crossland mostró indignación tosiendo.

—De hecho—dijo el Doctor—. Creo que encontrará que “el chaval” es un poco un experto en tus tan conocidos Cuerpos del Caos.

Aquello le llamó la atención.

El Doctor respiró profundamente.

—No es una estrella, ya sabe.

—Sabemos que no lo son—dijo Ariadne.

—Sólo no sabemos qué son en realidad—dijo Crossland.

—Yo lo sé.

Todo el mundo se giró para mirarle.

—Es la encantadora Ariadne la que me dio la pieza final del rompecabezas con esta... única blusa que lleva puesta.

—Adelante—dijo.

Pero el Doctor se detuvo momentáneamente, porque miraba a Henrietta Goodhart.

Netty no estaba formando parte de la conversación, aunque nadie se había dado cuenta. En cambio, ella estaba mirando hacia adelante, como si se hubiera quedado en blanco por un momento.

Donna captó la mirada del Doctor y asintió lentamente con la cabeza, y el Doctor le lanzó una triste sonrisa. Entonces volvió a captar la atención hacia él mismo de nuevo, dando a Donna tiempo para levantar a Netty, brevemente reposando una mano sobre el hombro de Wilf para evitar que les acompañara. Mientras se alejaban, el Doctor captó la mirada de Donna y le hizo con la boca un “gracias”. Entonces resumió su explicación.

—No es una estrella igual que no es una bola de súper calor de energía psiónica que actúa como un campo de protec-

ción contenedor alrededor de una inteligencia maligna. Una inteligencia que quiere dominar y expandirse y sobrevivir. Una cosa que está completamente autorizada para hacer la suya en su pequeño rincón el espacio dónde normalmente no podría herir a nadie. Pero cuando se arrastra fuera de su pequeña dimensión y entra en la nuestra, cuando se arrastra a sí misma a mitad de camino a través del universo en este planeta, en este tiempo, entonces es cuando me intereso. Me intereso y me intrigo. Bien, cuando digo intrigado quiero decir enfadado. Y un poco asustado. Pueden ver que el mapa estelar de Galileo me ha recordado a cuando me la encontré por primera vez, alrededor del siglo XV y estúpidamente, me llevé una esquir-la de allí hacia aquí, a la Tierra. A Italia, de hecho. Cerca de Florencia. Bien, en aquella región. De cualquier manera, unas cuantas esquir-las se han abierto camino hasta aquí y de nuevo desde entonces porque están bastante fascinados por la Tierra y este sistema solar.

—Usted está loco—dijo Ariadne con tranquilidad.

—Ha sido lo del siglo XV, ¿no?

Crossland asentía con la cabeza.

—Eso y todo lo demás.

Wilf le tocó el brazo a Crossland.

—Tendría que escucharlo, señor Doctor Crossland de la Orden del Imperio británico, Sir, porque el Doctor normalmente tiene razón.

—Oh, gracias, Wilf—le dijo el Doctor.

—El placer es mío, Doctor—respondió.

—Así que, Doctor—dijo Crossland—, ¿cómo se llaman estas divertidas bolas de energía, entonces?

—Oh, eso es sencillo—dijo el Doctor—. Una palabra. Mandrágora.

Cuando el Doctor dijo “Mandrágora”, el Cuerpo del Caos comenzó a latir en el espacio. Las otras luces cercanas latieron en una respuesta rítmica. Y se acercaron, con una misión.

Cuando el Doctor dijo “Mandrágora”, siete personas estaban sentadas tensamente en un 4x4 aparcado en el parking del aeropuerto de Heathrow, como si les acabaran de conectar: los recién casados DiCotta, tres estudiantes, su profesor y su asistente, recién llegados de Roma, y un granjero griego, recién llegado de Atenas. El granjero griego estaba en el asiento del conductor. Giró la llave de encendido y conectó las luces y el 4x4 comenzó a moverse, con una misión.

Cuando el Doctor dijo “Mandrágora”, Donna Noble estaba sentada en la barra exterior de la Real Sociedad Planetaria con Netty, sujetándole la mano, cuando vio a Gianni, el Relaciones Públicas, que acababa de dejar de servir una bebida. Abrió su boca como si estuviera a punto de hablar. Las palabras eran formadas pero no salía ningún sonido, hasta que contuvo el aliento y finalmente habló. Pero habló tan flojo que Donna ni siquiera estaba segura de lo que decía.

Cuando el Doctor dijo “Mandrágora”, el señor Murakami estaba sentado en Primera Clase en un avión de aerolíneas japonesas dirigiéndose a Narita, con la bebida en la mano, con los ojos cerrados, escuchando una recopilación de canciones de los 60 de Hibari Misora que se había descargado en su prototipo del M-TEK.

Cuando se dio cuenta de que bajo la música había mensajes subliminales sobre MorganTech, era demasiado tarde.

Algo en su mente estaba gritando, chillando, dándose exactamente cuenta del increíble ingrediente que había en el M-TEK, pero también supo que nunca sería capaz de liberarse y alertar al mundo.

—¿Una bebida, Murakami-San? —la azafata de vuelo le ofreció una selección de bebidas o refrescos.

Con una sonrisa optó por un vaso de vino rojo. Se daba golpecitos en los auriculares.

—Un cantante maravilloso, pero murió joven. Siempre he dicho que es una tragedia cuando tanta gente tiene que morir con tanto potencial sin explotar.

Con un gesto de cabeza, la azafata se movió al siguiente pasajero.

El señor Murakami continuó escuchando música, con su mente gradualmente corrompiéndose por todos los mensajes subliminales que le daban, y no había nada que pudiera hacer.

Cuando el Doctor dijo la palabra “Mandrágora”, Madam Delphi creó ondas llenas de vida y emoción en la suite del ático del Hotel Oracle, en la Milla Dorada de Brentford.

—¡Dara Morgan! —exclamó—. ¡Sabe que existo!

Dara Morgan creyó que el ordenador se habría removido emocionado si hubiera sido posible.

—¿Quién?

—El Doctor. Después de todos estos eones, después de toda esta distancia, las estrellas estaban alineadas tal y como yo predije. Los horóscopos de mañana serán ahora muy distintos.

Y en la web de Madam Delphi, leída por gente de todo el mundo, las predicciones del domingo para cada signo del zodiaco se reescribieron. Todo lo que ahora decían era “¡Bienve-

nidos de nuevo! Vuestra vida cambiará durante las próximas 48 horas de maneras que nunca podríais imaginar. Aprovechad este cambio y preparaos para la siguiente y mejor fase de tu vida mientras Mandrágora se traga los cielos y te sonríe desde las alturas”.

En quince minutos, un hombre en Ciudad del Cabo había puesto estas palabras en una camiseta. Una mujer de París estaba creando un grupo de Facebook para Mandrágora. Y en Milwaukee, tres jóvenes hacían un graffiti con la palabra “Mandrágora” en las paredes de su colegio.

El Doctor se exasperaba con Cedric Crossland, y la otra mujer loca, Ariadne no sé qué, que se encargaba de dar dolores de cabeza a Wilf, así que los dejó a todos y se fue a dar una vuelta por la zona de la barra exterior.

Vio a Donna y a Netty, y supo de inmediato que Netty se había ido, de vuelta a su propio mundo. Y el corazón de Wilf latió con un poco más de dificultad porque, aunque la había visto así un montón de veces, cada vez que lo hacía, se preguntaba a sí mismo: ¿Qué haría si aquella fuera la última vez? ¿Y si se iba y nunca volvía?

Donna le sonrió mientras se acercaba, con su brazo abrazado fuertemente alrededor de la anciana que apenas conocía pero que había acogido bajo su ala porque a su alocado abuelo le gustaba.

Wilf acercó un taburete y se sentó mirándolas.

—Eres muy buena, Donna—dijo—. No tienes porque hacer esto. No es tu familia.

—Sí, quizá no lo sea, pero es importante para ti. Y supongo que, en el fondo, también para mamá.

—Oh, ya conoces a tu madre, siempre lloriqueando, siempre quejándose pero en el fondo de todo hay... .

—¿Más lloriqueos, más quejas? —rugió Donna, riéndose—. Cielos, la quiero, abuelo, pero hay veces que me saca de quicio.

—Verás, no seré yo quien hable de esto, Donna. Tu madre es muy buena. Habla con sinceridad, pero eso no es malo. Y ella también te quiere. Ella sencillamente no sabe cómo luchar con muchas cosas desde que Geoff... ya sabes.

—¿Murió? Puedes decirlo.

—Desde que tu padre se fue, sí.

Donna levantó el brazo de Netty y lo alargó para cogerle la mano a su abuelo.

—Así que, ¿cómo conociste a Netty?

Wilf sonrió.

—Ella me escribió a mí después de que me publicaran una carta en el Journal.

—Ah, el Journal. ¿Aún funciona?

—Harán sesenta años el año que viene. Este es el Año Internacional de la Astronomía, así que todo es el doble de importante. ¡Les escribí una carta sobre la Triple Conjunción! ¡Júpiter y Neptuno! Netty la vio, no estuvo de acuerdo con mis pensamientos sobre lo difícil que sería verlo con un telescopio como el mío y ¡BANG!, tuvimos una pequeña guerra. Entonces un día me telefoneó de la nada, tomamos un café en Londres para arreglar nuestras diferencias y una semana después hizo servir sus influencias para hacerme miembro de la Real Sociedad Planetaria. Y aquí estamos.

Donna le sonrió.

—Así que, ¿cuándo descubriste lo de su Alzheimer?

—Oh, me lo dijo en nuestra segunda. . . en nuestro segundo encuentro.

—Ibas a decir, “segunda cita”, ¿verdad? ¡Oh, viejo zorro astuto! —Donna se le quedó mirando—. Estoy feliz por ti, abuelo. De que hayas encontrado una amiga con quien te guste estar.

— . . . y seguro que mamá también lo está.

—Oh, lo sé. Solo está preocupada por su enfermedad, y por toda la presión que puede provocar eso en mí. Ella y Netty hablaban de residencias, pero no lo aceptaré.

Ella miró a Henrietta Goodhart.

—Es una gran dama, Donna. Me gustaría que la vieras como yo la veo.

—Lo hago. Ayer en casa y esta mañana. Es encantadora y creo que no la tendrías que dejar escapar.

Y Wilf se sintió tan y tan triste que dijo:

—Pero un día, la perderé. Es inevitable. Lo busqué en Internet.

—Oh, bueno. Tendrá que ser verdad, entonces.

—De verdad, no es bueno. No quiero decir que se vaya a morir, pero la perderé un día que se quede atrapada dondequiera que se vaya y no volverá. No hay medicinas, ni el conocimiento para curarlo. No es justo —entonces se le ocurrió algo—. Allí fuera, en las estrellas, seguro que la pueden tratar. Seguro que hay algo. . .

Y Donna le apretó la mano.

—No funciona así, abuelo. Dios sabe todo lo que he visto, toda la gente que he conocido, ha habido veces que he creído



que tiene que haber soluciones a las enfermedades, al hambre y a todos los tipos de cosas molestas. Creía que si gritaba al Doctor lo bastante alto encontraría una manera. Pero no importa si eres de Chiswick o de Cestus Minor, no hay respuestas fáciles. Sencillamente tenemos que luchar con lo que el destino nos da...

—No es justo —repitió él.

—No. No lo es. Y lo siento mucho, muchísimo por ti, abuelo. Porque te quiero y porque de verdad me gusta Netty y si pudiera encontrar una manera de hacerlo todo sencillo para vosotros dos, lo haría, de verdad. ¿Y sabes qué? El Doctor no os conoce tan bien, pero seguro que lo intentaría diez veces más que yo. Y probablemente no implicaría ninguna diferencia, así que no hay ninguna razón para darle más vueltas a algo que no controlamos.

Wilf miraba a Donna, y se preguntaba qué le había pasado a aquella estúpida y violenta chica que había querido pero por la que se había preocupado todos aquellos años. Ahora era una fina, valiente, brillante y joven mujer. Y la quería aún más. Y entonces estaba Netty. Apartó la mano de Donna y le cogió las dos a Netty entre las suyas.

—Ey, tú —dijo con calma—. Henrietta Goodhart, creo que es hora de una canción, como nos gustaba cantar en los viejos tiempos, ¿vale?

Donna, confusa, frunció el cejo, pero él le guiñó un ojo.

—Sé lo que me hago.

Suavemente comenzó a tararear una melodía. Un antiguo himno de góspel.

—Cuando las estrellas comiencen a caer —comenzó a cantar

tranquilamente—. . . ¡Oh, Señor! ¡Qué mañana, oh Señor! ¡Qué mañana. . . !

Él miró a Donna.

—Ella me dijo que su marido cantaba esto cuando estaba con ella, durante la guerra.

—Creía que no estuvo casada.

Wilf sonrió amargamente.

—No le digas nunca a nadie lo que te diré ahora, cielo. Se casó. Durante tres días. Y él fue asesinado en Singapur, cuando comenzó el bombardeo. Me dijo que cantaron esto en el día de su boda, por el camino, en un gran Rolls plateado. Tiene una foto de ello y me la enseñó: era precioso. Y entonces, cuando intentaron huir de Singapur, él murió cogiéndole de la mano y ella le cantó esto mientras él moría —volvió a mirar a Netty—. No le digas nunca a nadie lo que te he explicado, y mucho menos a ella. Prométemelo. Ella le quería muchísimo y se juró que nunca se volvería a casar.

—Por supuesto que lo prometo, abuelo. Por supuesto que sí.

Él comenzó de nuevo.

—Oh, pecador, ¿qué harás cuando las estrellas comiencen a caer? Oh, Señor, ¡qué mañana!

Los ojos de Netty parecieron centrarse, y respiró hondo, como si se despertara.

—Me he ido, ¿verdad? Oh, no, no me digáis que he estado por las calles sin llevar nada más que mi ropa interior —miró a Donna y parpadeó—. ¡Otra vez!

Wilf sonrió y una lágrima casi le caía del ojo, así que se la apartó antes de que ninguna de las dos la pudiera ver.

—Creo que tenemos que volver a la fiesta, para rescatar al Doctor, ¿de acuerdo?

Netty se levantó y dejó que Wilf fuera primero. Se paró un poco y se apoyó en Donna.

—Me canso cada vez más —dijo—. Ah, y gracias.

—¿Por qué?

—Se llamaba Richard Phillip Goodhart. Y tu abuelo es la única persona que he conocido que se le haya acercado más.

Cuando llegaron al vestíbulo principal, la cena ya había terminado. Wilf y el Doctor se acercaron a la pared más alejada y Wilf se disculpó porque Ariadne Holt y Cedric Crossland se habían negado a tomarse en serio al Doctor.

—Me avergüenzo de conocerles.

El Doctor le miró con tristeza.

—No lo estés. Son buena gente. Algunos son un poco extraños, pero de corazón son maravillosamente normales. ¿Por qué tendrían que creerme?

—Bien, hemos tenido naves espaciales y Sontarans y estas cosas los últimos años.

—No hay justificación para la habilidad de la humanidad de racionalizar las cosas, Wilf. De lo que un grupo de gente se asusta, otro grupo no ve peligro porque está dentro de su zona de confort. Esta gente son maravillosos pioneros, amantes de las estrellas, de las constelaciones y observan y anotan y catalogan los cielos. ¡Igual que tú! Nada de esto tendría que acabar nunca, es demasiado importante, aún si las cosas pueden reconocerse durante un par de siglos. Nadie se tomó en serio a Galileo, Copérnico o el Organon de Aristóteles en sus propios tiempos.

—Te tomas su grosería demasiado bien, Doctor.

El Doctor se encogió de hombros.

—No es personal. La gente como el doctor Crossland no quiere contemplar las cosas que caen fuera de su esfera de referencia. En los peores de los casos, imprudentes, y en los mejores, ignorantes —entonces miró el vaso de limonada en su mano—. Normalmente.

—Pero eso de la Mandrágora, no es normal, ¿verdad?

El Doctor negó con la cabeza.

—Es una entidad maligna, Wilf. La última vez que estuvo aquí fue con fuerza, murió mucha gente. Pero intentaba parar el Renacimiento italiano, para evitar que la ciencia llegara al estado en el que está hoy en día. No puedo saber qué intentará hacer hoy. Vete cuarenta años atrás y para el transistor o el microchip y sí, habrás hecho fracasar la próxima generación del progreso humano. ¿Pero aquí? Nada particularmente especial pasa en este año, ni siquiera en esta década, que realmente pueda afectar al futuro de la Tierra. Espérate un par de siglos o así. Llegaréis a Marte, un par de vuelos espaciales más largos y...

—¿Marte? ¿Llegamos a Marte? ¿Encontraremos marcianos?

—Spoilers —le guiñó el ojo—. Mis labios están sellados —se tragó la limonada—. Así que no estoy seguro de si dejar sola aquí a Mandrágora Hélix y asumir que solo está vigilando las cosas, o prepararme para una gran batalla.

—Quizá tenga algo que ver con esos chicos Carnes, Doctor. Has dicho que creías que tenían alienígenas en la familia.

—¡Oh, sí! ¿Y cómo es que Joe Carnes sabía mi nombre? —

el Doctor suspiró—. ¡Oh, Wilf, Wilf, Wilf! Acabas de arruinar una noche perfectamente agradable.

—¿Yo? ¿Cómo? Y, eh, lo siento.

—Porque acabas de ver un pequeño y diminuto, pero que muy diminuto defecto de mi lógica. Mandrágora, está enlazada, en una forma muy extraña, con la astrología, no solo con la astronomía.

—La astrología no tiene ningún sentido.

—Bueno, la mayor parte de ello se crea en los periódicos. Pero tiene su origen en la Época Oscura, así que probablemente haya algo en ello. Vuelve al nacimiento del Universo y verás que cada sociedad, cada civilización tiene alguna forma de zodiaco, una creencia en un poder de luces antiguas enlazadas a algún tipo de sistema de creencias basadas en el movimiento de los planetas y las estrellas y los cambios de las constelaciones. Los astrólogos del planeta Hynass juran ciegamente que no hay nada como la coincidencia y tienen absoluta fe en el conocimiento de que desde que el Big Ben se divinizó, es cuestión del destino preestablecido de que nadie puede escapar. Ahora, puedes pensar que no tiene sentido y yo puedo pensar que tampoco tiene mucho sentido, pero Mandrágora se aferra a esta creencia, en este sistema sin probar, y lo usa. Causa y efecto.

Wilf frunció el cejo.

—Pero sigue sin tener sentido.

—¡Oh, sí! Sí, por supuesto que no lo tiene. ¡Sin sentido! Bien, probablemente. Esto no detiene a Mandrágora de ser capaz de aprovecharse de estas energías.

Wilf se encogió de hombros.

–Lo que digas, Doctor.

Donna se acercó.

–Abuelo, creo que Netty necesitaría un poco de apoyo en contra de las opiniones de esa vieja loca bruja sobre el lugar de una mujer en la sociedad moderna.

Wilf hizo que sí con la cabeza.

–Brindo por ti, Doctor. Espero que te equivoques, por cierto –y se alejó.

–¿De qué iba todo esto? ¿Estabas preocupando a mi abuelo?

El Doctor negó con la cabeza.

–No, Donna, no del todo. Me ha hecho pensar sobre la coincidencia y la casualidad –miró a Netty–. ¿Cómo está?

–No estoy segura. Se ha ido durante un rato pero entonces ha vuelto, sonriendo y me ha parado un momento.

–Pasa, me temo –dijo, sin dejar de observarla mientras ponía un brazo alrededor de la cintura de Wilf–. Y no te olvides, ella ya está acostumbrada.

Donna le cogió de la mano.

–Hay una cosa más. En la barra. ¿Sabes el tipo apuesto que apareció antes?

–¿Gianni?

–Sí, ese. Iba a decir una cosa sobre alguien.

–¿Quién?

–No lo sé, no estoy segura de que estuviera hablando pero ha parecido ser algo sobre un hombre lamiendo un delfín loco.

El Doctor se encogió de hombros.

–Podría ser cualquier cosa. Probablemente haya bebido demasiado.

—O trabajar con esta gente le haya enloquecido —sonrió Donna—. Oh, bueno. No estoy segura de por qué un hombre lamería un delfín loco, por cierto.

El Doctor rió.

—Ni yo tampoco. Tendríamos que pensar en irnos pronto, por cierto.

—¿Por qué?

—Tiene algo que ver con una entidad alienígena antigua y peligrosa suspendida no demasiado lejos de tu planeta que no parece que se quiera esconder demasiado.

—¿Cómo de peligrosa?

—Bueno, estará esperando algo como un eclipse lunar el cual, mirando a la Luna esta noche, no parece que sea especialmente inminente.

—Siempre estará la Triple Conjunción.

—¿La qué?

—El abuelo me ha hablado de ella, es por eso por lo que todos están tan emocionados por el descubrimiento de la nueva estrella. Es el Año Internacional de la Astronomía, y están todos esperando a ver la primera triple conjunción entre Júpiter y Neptuno.

Donna estaba bastante orgullosa de haber retenido toda aquella información, pero el Doctor se dirigía a grandes pasos hacia el doctor Crossland.

—La triple conjunción —le gritó—, ¿cuándo es?

—¿Perdón?

—¿Este año, verdad? ¿Pero cuándo en este año?

Crossland suspiró.

—Creía que se suponía que eras más listo.

—Lo soy, pero como todas las personas inteligentes, solo puedo aprender las cosas cuando la gente me da respuestas directas a las preguntas directas y no sarcasmo.

El doctor Crossland parecía triunfante. Había superado en inteligencia al Doctor.

—Bien, si supieras tanto sobre astronomía como dices saber, sabrías que está teniendo lugar ahora mismo. Comenzó hace poco.

—¿Cuando fue visto el primer Cuerpo del Caos?

—Eso supongo, sí.

—¿Y cuándo tiene su punto más álgido?

—Es por eso por lo que estamos celebrando esta cena, Doctor. Los eventos principales tienen lugar el lunes, sobre las tres en punto de la tarde, hora local.

—Pareces estar muy engreído, doctor Crossland —dijo el Doctor—, para ser un hombre que podría estar muerto en cuarenta y ocho horas. Calculo que en unas cinco o seis horas.

El doctor Crossland frunció el ceño.

—¿Es una amenaza?

—Sí —dijo el Doctor—. No mía, sino que mío es el consejo. La amenaza es de Mandrágora. De tu Cuerpo del Caos. Está aquí para matarnos a todos.

Se giró a toda velocidad hacia Wilf, Netty y Ariadne Holt.

—Siento romper la fiesta, Wilf, pero tengo que marcharme. ¿Puedes llevar a Netty a casa sana y salva, Donna?

—Oh, Doctor, vete, pero no te preocupes por nosotros. Tengo un taxi alquilado para llevarme a casa a las once —dijo Netty. Tocó el brazo de Wilf—. Y ni intentes discutir conmigo, Wilfred Mott. Esta es tu noche, así que no quiero que te



sientas responsable de mí.

Wilf la miró y luego al Doctor.

–Wilf no puede marcharse –dijo Ariadne Holt–. Aún no hemos hecho las presentaciones.

–Sólo nos vamos nosotros –dijo Donna–. El abuelo se queda.

–Al cuerno que lo haré –dijo Wilf–. Voy con vosotros.

–Nadie vendrá conmigo –dijo el Doctor, pero nadie le escuchaba.

Donna se acercó a su abuelo.

–Abuelo, Netty ya ha tenido un... hechizo esta noche. Tendrías que estar con ella. Asegúrate de que vuelve a casa. Ve con ella en el taxi, entonces quédate en el taxi y vuelve a casa, ¿vale? –buscó algo en su bolso y sacó tres billetes de diez–. No sé si es bastante, pero tendría que ayudar.

Wilf rechazó el dinero.

–Puedo pagarlo yo mismo, gracias, cielo.

–Sí, estoy segura de que puedes –dijo Donna–. Pero cógelo, sólo para que no tenga en mi conciencia que te has quedado en algún sitio y tienes que sacar a mamá de la cama para ir a buscarte, ¿vale?

Wilf miró a su nieta, entonces al Doctor, que intentaba fingir que había encontrado algo interesante en el techo. Cogió el dinero.

–Llámame –dijo–. Tengo mi móvil.

–Sé que lo tienes. Y estará apagado o tendrá poca batería, igual que siempre. Estaremos bien, te veré mañana por la mañana –le dio un beso, y entonces le dio otro a Netty y le cogió la mano al Doctor–. Venga, es hora de irnos.

El Doctor se despidió de Netty, de Wilf y de Ariadne Holt mientras Donna le arrastraba a través de la puerta y de nuevo hacia la entrada, pasando al portero y de vuelta al exterior, al frío aire nocturno.

—Iba a ir yo solo —protestó, pero Donna ya había parado un taxi, en realidad se había puesto en medio de la carretera de South Lambeth y silbó a uno que escogió la opción correcta entre pararse, ignorarla o atropellarla.

Donna entró, arrastrando al Doctor con ella.

—¿Hacia dónde? —preguntó el taxista—. Acabo mi turno de aquí a nada, así que será mejor que no sea lejos.

—A la carretera principal de Chiswick —dijo el Doctor, añadiendo para Donna—. Necesito la TARDIS.

El conductor arrancó y condujo hasta el puente de las vías del tren y fue hacia Nine Elms y el oeste de Londres.

El primer informe llegó a las 23.04, era del observatorio Clemenstry en Australia occidental. Informó que la nueva estrella, la que había aparecido en los cielos hacía una semana más o menos, parecía estar moviéndose en conjunción con otra estrella, la M84628-7.

Lo cual era bastante inusual, declaró el profesor Melville, apuntando en la pantalla de su ordenador con su pluma. Él estaba en su oficina en la Antena Copernicus de Essex, pero probablemente querría estar en la sala de control del radiotelescopio. Normalmente así lo hacía.

—Ese es el problema con estas nuevas estrellas, estos Cuerpos del Caos —dijo a su joven “ayudante”, la señorita Oladini—. Son caóticas y no tienen sentido, científicamente hablando. ¿No estás de acuerdo?

—Exactamente, profesor —dijo ella, sin tener ni idea de lo que hablaba. Ella sólo estaba allí por un contrato a corto plazo de la Agencia Lovelace en Brentwood, encontrando lugares de trabajo temporal para aprender nuevas habilidades. “Nuevas habilidades”... tenía 25 años y aún necesitaba “nuevas habilidades”. Era vergonzoso de alguna manera, no estaba ni remotamente interesada en la astronomía pero no tenía la fuerza suficiente para decírselo a Melville. En su lugar, la alimentaba y le daba de beber con barritas de chocolate y té y le escuchaba hablar sobre su gata y su madre. Él vivía con una y hablaba de haber puesto a la otra a dormir porque tenía mal los riñones, pero la señorita Oladini aún no estaba totalmente segura de cuándo hablaba de cuál. Tenía la ligera sospecha, aún así, de que la gata era la que tenía mejor salud.

El profesor Melville era un anciano muy simpático. Enfatizando “simpático” y “anciano”. Decía que había sido una estrella del pop en los sesenta, pero no estaba segura de creerlo. A la señorita Oladini le gustaba, aunque sospechaba que él sólo estaba contratado en la Antena Copernicus (porque estaba claro que había pasado de la edad de jubilación) sólo por compasión. Probablemente porque se encargaba de las guardias nocturnas, era mejor tenerlo en su sitio.

La misma Antena Copernicus era un radiotelescopio construido en los jardines de una antigua mansión de estilo georgiano que había sido convertida en las oficinas, salas de reunión y de todo de la Antena. Una lástima, creía la señorita Oladini. Era una encantadora casa antigua, y a menudo le gustaba visitar las casas antiguas y aunque mucho había estado invertido en preservar los elementos fijos y el mobiliario originales,

aquel lugar parecía estéril y faltado de carácter natural. A menudo se preguntaba quién habría vivido allí hacía centenares de años, qué les habría pasado y cómo se habrían sentido al saber que sus cajoneras, sus cocinas, sus habitaciones y sus salas de baile se habían convertido en salas llenas de científicos aburridos y administradores.

A las 23.09, el informe había llegado del Observatorio Griffin en Maryland. También mencionaba un Cuerpo del Caos moviéndose hacia la alineación con otra estrella. Pero era una distinta a la M84628.7 de Clemenstry. Aquella era la M97658.3. Lo que era evidentemente absurdo.

—¿Es que han estado todos bebiendo? —se preguntó Melville.

Aquello le pareció muy buena idea a la señorita Oladini, aunque ella solo quería irse a su casa y a su cama. No es que estuviera demasiado dispuesta a pedalear en la oscuridad y, a aquellas horas de la noche, había mucha gente en las carreteras que eran peores que el miedo.

A las 23.17, el informe llegó del Proyecto Tycho, cerca de Beaconsfield. El Cuerpo del Caos se acercaba a la M29034.1.

Por supuesto, todo aquello no fue simultáneo, después de todo, no estaba oscuro en California o en Perth en aquel momento, era sólo que Melville hacía una guardia nocturna y sólo había encendido su ordenador.

—Todo lo que necesitamos ahora, señorita Oladini, es que Minsk nos ofrezca alguna cosa ridícula y...

Y justo a las 23.19, el Colossus de Minsk dio detalles de cómo el Cuerpo del Caos estaba en alineación con la M23116.3.

Ahora, Melville estaba atento y lleno de curiosidad. La

señorita Oladini, a pesar de su escaso interés en astronomía, también, debido a su pasado como estudiante de matemáticas (pasado que le había hecho acabar ahí), y calculaba cuantas probabilidades existían de que un cuerpo del caos empezara sorpresivamente a formar una nueva constelación con cuatro estrellas ya formadas en una misma noche... bueno, más probabilidades que números cabían en su calculadora. Melville colocó las últimas fotos en la gran pantalla que ocupaba una de las paredes de su oficina. En verdad era una pantalla enorme, una obra de arte tecnológica por la cual otros observatorios y radiotelescopios del Reino Unido habrían dado más de un riñón. Todo lo que tenía que hacer era trazar una línea invisible desde la pantalla de su ordenador hasta la pantalla en la pared para que imágenes y palabras viajaran de una a otra como si de una película de ciencia ficción se tratase. Melville estaba muy orgulloso de este software, aunque no tenía ni idea de cómo funcionaba. Solo sabía que lo hacía y que ello implicaba poder mover imágenes hasta la gigantesca pantalla sin siquiera levantarse de su silla, justamente como estaba haciendo ahora.

Primero puso en el centro su foto de la estrella del caos, y a continuación fue colocando encima la de Clemenstry, la de Griffin, la de Tycho y, finalmente, la de Colossus.

— ¿Profesor... ?

—Lo sé.

—Pero eso es...

—Lo sé.

—Quiero decir, ¿cómo... ?

— No tengo ni idea.

—Nunca he visto nada igual.

—Lo sé.

Melville agarró el teléfono de su escritorio. Era de color rojo. Conforme empezó a pulsar números lanzó una mirada a la señorita Oladini.

— ¿Ha firmado usted el ASO, señorita Oladini?

— ¿El qué? —dijo frunciendo el ceño.

—El Acta de Secretos Oficial. ¿Le hicieron firmarla en la agencia cuando recibió los formularios de empleo para este lugar?

La señorita Oladini pensó por un segundo. Melville la estaba asustando con la pregunta. Normalmente era un viejo simpático, un poco atolondrado y algo divagador, e igual fumaba demasiado en su pipa. Pero de repente se encontraba atento y totalmente entregado, sereno y sin una pizca de excentricidad. Y fue entonces cuando la señorita Oladini se dio cuenta de que el torpe, bobo y alocado viejo no era más que un personaje. Debajo de todo ello, el profesor era listo como un zorro. Quizá sí que había sido un cantante de música pop.

— ¿Y bien?

Ella asintió. Había firmado algo en lo que ponía “oficial”, de eso estaba segura. Francamente no había prestado mucha atención a los papeles que la señora Lovelace le había entregado en la agencia. Todos los trabajadores temporales tenían que firmar papeleo sobre sanidad, seguridad, renuncia al seguro y ese tipo de cosas cuando conseguían un destino. Uno más no le habría llamado la atención. Y ahora parecía algo sumamente importante y peligroso.

— ¿Por qué?

— Porque sin su firma a pie de página en dicho formulario, lo que estoy a punto de hacer y lo que está a punto de escuchar hará que acabemos ambos en la cárcel durante el resto de nuestras vidas.

Y la señorita Oladini se concentró. Se le daban bien los números.

—Formulario KD62344 —dijo de pronto—. Lo firmé dos veces y puse mis iniciales en un recuadro al fondo a la izquierda.

Melville le guiñó el ojo.

—Gracias.

Pulso el último número del teléfono.

— Por favor, con Aubrey Fairchild. Aquí el Observatorio Copérnico, código 18. Me llamo Melville.

La señorita Oladini volvió a mirar el collage de imágenes. Tanto el Cuerpo del Caos como el resto de estrellas carecían de interés de forma individual, pero ahora que Melville las había juntado formaban una imagen. Y no un sinsentido abstracto en el que la gente veía dos peces o un carrito o una montaña rusa. En esta se veía claramente y sin lugar a duda una cara. Una cara con la mueca de una carcajada.

Un escalofrío recorrió a la señorita Oladini. Estaba claro que esa carcajada no era de felicidad: era pura maldad.

— ¿Primer Ministro? Aquí Melville, profesor administrativo en el Observatorio Copérnico. Le estoy enviando una imagen de código 18 —hubo una pausa—. Sí, señor. No señor, las imágenes solo han sido combinadas aquí, de momento solo se sabe en el Reino Unido, pero dentro de unas horas. . .

El profesor lanzó una mirada a Oladini.

—No señor, únicamente mi asistente y yo. Permaneceremos aquí hasta tener noticias tuyas, señor Primer Ministro. No, absolutamente. Aislamiento total, sin enviar o recibir comunicación alguna bajo ninguna circunstancia en el Observatorio. Buenas noches señor —dijo Melville antes de colgar.

— ¿De verdad era el Primer Ministro? —preguntó la señorita Oladini. El profesor asintió.

—Lo siento querida, pero me parece que va a ser una noche muy larga. ¿Podría comprobar si nos queda té y leche?

La señorita Oladini se dirigió a la puerta cuando, por un instante, miró atrás, solo para ver como Melville sacaba el móvil del bolsillo de su chaqueta. Ni siquiera sabía que tenía un móvil.

— ¿Profesor, no acaba de prometer al señor Fairchild que nos mantendríamos comunicados?

Él sonrió.

—Y por ello necesito que compruebe si nos queda algo de té. Si no se encuentra en la habitación no se le puede achacar ninguna responsabilidad en caso de que rompa dicha promesa, cometa un acto de traición y más que probablemente realice un suicidio profesional. Ahora, por su propio bien, salga de aquí.

Confundida, la señorita Oladini salió de la oficina, pero esperó detrás de la puerta para intentar oír a quién estaba llamando. Escuchó cómo marcaba un número y, tras unos momentos que se hicieron eternos, comenzó a hablar.

—Buenas noches, soy el profesor Melville. ¿Podría hablar con el Doctor, por favor?

El taxi se encontraba en medio de Prince Albert Drive,



entre Vauxhall y Chiswick, yendo a unos 20 kilómetros hora por culpa de los baches. En la parte trasera del coche, Donna cogió su móvil y miró fijamente al número, sin reconocerlo. Pasando por alto ese detalle, respondió.

— ¿Hola?

Escuchó lo que le decían y se lo pasó rápidamente al Doctor. Este sonrió.

—He desviado las llamadas de la TARDIS a tu móvil. Debería habértelo comentado, perdona.

Ella suspiró.

— ¿Cómo te las apañabas cuando no había móviles? Un tal profesor Melville, parece ser.

El Doctor sonrió de nuevo.

— Y he aquí otra coincidencia. Es una de esas noches ¿eh? —dijo antes de coger el teléfono—. ¡Ahab! ¿Qué puedo hacer por el Observatorio Copérnico esta velada? Como si no lo supiera. ¿No tendrá algo que ver con el Cuerpo del Caos, no?

La noche no dejaba de sorprender a la señorita Oladini. Primero, las estrellas formando imágenes; luego, el viejo y alocado profesor Melville llamando al Primer Ministro; y, además, ver por primera vez desde su llegada que aún quedaba algo de leche. Ah, e incluso una llamada de su novio cuando faltaba poco para medianoche.

— ¿Spencer? ¿Qué es lo que quieres?

— ¿No me digas que no has usado el maldito telescopio gigante ese para mirar ahí arriba?

Oladini cruzó la puerta de la cocina que llevaba fuera y se asomó lentamente al frío aire de la noche, sin esperar ver nada a simple vista. Así que su sorpresa fue mayúscula cuando sí

lo hizo.

—¿Son fuegos artificiales o algo así? —preguntó Spencer.

No sabía qué decir. Diez minutos antes no había ni una nube y el inquietante rostro solo podía verse mediante fotografías. Ahora era totalmente visible en el firmamento, y si hasta el idiota de su novio se había percatado —sin achacarlo a contaminación o alguna cosa así—, era hora de actuar. Recordó el Acta de Secretos Oficial y le dijo a Spencer que sí, que probablemente se trataría de algo proyectado desde la azotea de alguno de los cines por Dagenham.

—Publicidad de una peli o algo así —añadió—. Nos llamaron ayer para comentárnoslo —lo cual era una excusa barata, pero pareció dejar tranquilo a Spencer.

Después de colgar se le pasó por la cabeza que igual el resto del país no sería tan ingenuo como para creerse algo así, sobre todo porque no podía ir llamando uno por uno a todo el mundo para informar de ello.

Quizás el Primer Ministro sí podría hacerlo, o Patrick Moore.

—¿Cómo va ese té?

La señorita Oladini se giró para ver a Merville en la puerta sonriendo de oreja a oreja. Le contó que el rostro podía verse ahora con claridad en el cielo y el profesor se aproximó poco a poco, echando un vistazo.

—No se preocupe —dijo—. Ya hay un experto al tanto.

—¿De Downing Street?

—¡Oh no! Alguien muchísimo más preparado que cualquiera de ahí —volvió a echar un vistazo por la ventana—. Realmente sobrecogedor, ¿no le parece? —dijo mientras el

hervidor de agua volvía a ponerse en ebullición—. Con leche y sin azúcar, ¿no es así, señorita Oladini?

Ella asintió.

—Ahora no estoy preocupado por nada —añadió—. El Doctor se ocupará de todo.

Unas luces aparecieron en el exterior y se escucharon un par de coches aparcar en el parking de empleados.

— ¡Qué rapidez! —murmuró Melville, frunciendo ligeramente el ceño.

— ¿Los de Downing Street o ese amigo Doctor suyo? —preguntó la señorita Oladini intentando no parecer nerviosa—. ¿O quizás alguien de por aquí preocupado por esa cosa del cielo?

Pero Melville no estaba prestándole atención. Estaba intentando ver quién había en el coche. Las luces seguían encendidas, penetrando por la ventana de la cocina, impidiéndoles ver quién salía del coche y únicamente escuchando como se abrían y cerraban las puertas. La señorita Oladini se estremeció. Algo iba... mal. Y parecía que Melville también lo creía así, porque de pronto se lanzó hacia la puerta intentando echar el cerrojo. Pero era tarde. Alguien derribó la puerta de un golpetazo. Melville se plantó frente a la señorita Oladini, preparado para protegerla de quienes quieran que fuesen los recién llegados. Y eran... bueno, eran muchos. De diferentes edades y sin parecer especialmente... gubernamentales. O, al menos, amenazantes. Pero había algo en ellos, pensó la señorita Oladini, algo en la forma en la que escudriñaban todos los rincones, la manera tan extraña en que se movían sus cabezas, como si nunca hubiesen visto una cocina. Un hombre, viejo

y gordo, estaba al frente de todos ellos, con otro de mediana edad detrás. Más atrás se encontraba una mujer entrada en años y, en la retaguardia, un trío que por la edad debían ser estudiantes, dos hombres y una mujer.

— ¿Dónde están los otros? —preguntó el primer hombre con un marcado acento americano.

El profesor Melville se aclaró la garganta.

—Esto es propiedad privada. El Observatorio Copérnico. No podéis entrar aquí a estas horas de la madrugada y...

La joven se abrió paso entre el resto de sus como si no entendiese exactamente qué hacía Melville ahí parado.

—Tú... ¿trabajas aquí? —preguntó.

Esta parecía inglesa. Él asintió.

—Estoy al cargo del radiotelescopio, y esta noche estoy al cargo de todo el proyecto. Debería advertiros que habéis hecho saltar una alarma y que la policía llegará en cuestión de minutos.

Otro de los estudiantes empezó a hablar. Su voz tenía un acento europeo, español o, quizás, italiano.

—No detecto ninguna alarma. El humano miente.

¿Humano? Menuda expresión más extraña. Pero al profesor Melville parecía no perturbarle. De hecho, permanecía impasible.

— ¿A qué planeta representáis? ¿Tenéis alguna relación con la Constelación del Caos?

El americano volvió a hablar.

—Tú podrías sernos útil.

Al segundo de decir esto, Melville levantó el dedo señalando a Oladini.

—Y mi asistente. Si queréis mi ayuda, también os hará falta. Todo en el Copérnico requiere a dos operadores experimentados.

“Cómo una cabra”, pensó la señorita Oladini para sus adentros.

—Es una física altamente cualificada y una experta en el campo de las ciencias del cosmos.

“Definitivamente loco”.

—Aquí pasa algo —dijo la mujer, también americana, dando un paso adelante.

Sin previo aviso, se lanzó sobre el profesor Melville y le puso la mano en el hombro. Al principio Oladini pensó que ambos se habían electrocutado o algo así porque parecía que una chispa azulona había saltado entre ambos. El profesor se tambaleó retorciéndose de dolor.

— ¿Profesor? —dijo la señorita Oladini con un hilo de voz, solo para arrepentirse de haber hablado.

Melville se giró, y en su mirada aún se veían ese azul eléctrico recorriéndole por dentro.

—De acuerdo, he mentido. Es solo una asistente temporal —dijo Melville casi sin poder respirar—. No tiene ni idea de qué es el Observatorio Copérnico, es inofensiva.

—Podemos absorberla.

—Dejadla marchar, por favor. . . —suplicó el profesor antes de caer inerte en el suelo.

Los tres estudiantes empezaron a avanzar hacia ella, pasando por encima de Melville. Oladini, presa del pánico, hizo lo que ninguna charla en Brentwood con la señora Lovelace, ningún formulario sobre salud y seguridad o ninguna charla de

100 palabras por minuto le habían enseñado: dar media vuelta y correr por su vida.

El taxi acababa de pasar el Centro de Exhibiciones Earls Court cuando el Doctor aporreó el cristal que separaba a los pasajeros del conductor.

— ¿Podría pararse un momento, por favor? —preguntó.

— ¿Y ahora qué? —dijo Donna mientras el taxista reducía la velocidad.

—Pues... la verdad, será mejor que vayas para casa, porque le voy pedir a este buen hombre que me lleve a otra parte.

— ¿A Chiswick High Road?

El Doctor pensó unos momentos dónde había dejado la TARDIS.

—No, no, mejor un poquito más lejos.

— ¿Vas a ver al tipo ese de la materia que te ha llamado antes, no? El del telescopio. Coponico o algo así, ¿no? —le recriminó Donna.

— ¿Entonces dónde, amigo? —preguntó el taxista, bastante exasperado.

— A Essex, por la A127.

— ¡¿A estas horas?! —exclamó el conductor—. Vivo en Bounds Green. Ya les dije que me iba para casa.

—Pues entonces no tardarás tanto en llegar a casa desde ahí, ¿no, “amigo”? —le respondió Donna a mala gana—. ¿Cuánto va a costar? Porque créeme que el Doctor no lleva mucho encima. Y ya que ya he pagado por mi abuelo, me da que también tendré que pagar esto.

— 100 libras.

— Vale —dijo el Doctor.

— ¿Cómo que vale? —chilló Donna —. ¿Desde cuándo pagar 100 libras “vale”?

El Doctor la ignoró y se dirigió de nuevo al conductor.

—Pero necesito llegar rápido.

—Pues entonces serán 120.

—Lo que tú digas —dijo el Doctor en un suspiro—. Te veo mañana Donna. ¿Puedes pillar otro taxi desde aquí, no? Ah, por cierto. . .

— ¿Sí?

— ¿Me das 120 libras?

Por un momento parecía que Donna iba a estrangularle, pero luego se acercó al conductor.

—A Essex —le dijo con mala cara—. Y pare en un cajero, haga el favor.

El Doctor levantó una ceja.

— ¿Donna?

—Cielo, si te voy a dejar más de cien libras para ir a un flamante radiotelescopio, será mejor que te acompañe, ¿no? —le dijo con una sonrisa.

—Esperaba que dijeras eso —dijo devolviéndosela.

Y el taxi comenzó su andadura hacia Kensington mientras el Doctor y Donna hacían planes.

Wilf y Netty estaban despidiéndose, pidiendo disculpas por tener que irse antes de lo previsto.

—Tranquilos, lo repetiremos pronto —les dijo Ariadne Holt—, y haremos la verdadera presentación.

—Siento que tengamos que irnos tan de repente —mintió Wilf—, pero ha surgido algo y tengo que ir a casa de la señora Goodhart. Espero que me disculpe, por favor.

—No hay nada que disculpar —respondió Crossland, dándole una palmada en la espalda.

—Cualquier excusa es buena para organizar una cena, ¿eh? ¿Qué tal en la reunión de la semana que viene?

Por fuera Wilf intentaba sonreír, pero en sus ojos podía verse otra cosa bien distinta.

—Me encantaría —dijo.

Netty se le acercó al oído y le susurró:

—Estarán bien. El Doctor sabe lo que hace.

Wilfred le sonrió, intentando parecer más alegre de lo que realmente estaba. No dejaba de preguntarse si debería haber ido con ellos. Y se preguntaba aún más qué diría Sylvia cuando apareciera pasada la medianoche y sin ellos.

El Observatorio Copérnico estaba totalmente a oscuras cuando el taxi entró en el parking. Donna pagó al malhumorado taxista, el cual puso rápidamente dirección a Londres.

— ¿Podrías decirme cómo piensas volver a casa desde aquí? —siseó al Doctor mientras se adentraban en la oscuridad—. Estamos muy lejos.

— ¿Qué tal caminando?

Donna puso su mano sobre el hombro del Doctor y, mientras se giraba, ella dio un paso atrás, señalando a su ropa.

—Estás preciosa —dijo él sonriendo levemente mientras se ponía las gafas.

—Bueno, gracias Casanova, pero no era eso lo que quería decir. Estoy emperifollada hasta las cejas con un vestido que no está justamente pensado para hacer caminatas de 50 kilómetros por Inglaterra —dijo en un suspiro—. Lo he tenido que pedir prestado, ¿sabes? Venna nunca me perdonará si se



rompe. Y si a mí nunca me perdona, Dios sabe qué te hará a ti cuando le diga que fuiste tú quien me obligó a hacer toda la caminata con él puesto.

—Pues entonces no se lo digas.

Donna se rindió y sacó otro tema de conversación.

—Vale, entonces dime, ¿por qué estamos aquí? ¿Y por qué están todas las luces apagadas? Si es un observatorio y es de noche, este lugar debería estar lleno de gente trabajando, ¿no?

—Buena observación, bien pensado. Y por eso hemos aparcado en el parking, para acercarnos poco a poco en lugar de ir a la entrada principal.

—Pero pensaba que tu amigo trabajaba aquí.

—Y lo hace.

—¿Y entonces por qué no vamos a la entrada principal y decimos “hola amigo del Doctor, nos has llamado y ya hemos llegado”?

El Doctor estaba mirando fijamente un coche en el parking para empleados, aparcado encima del césped.

—¿Qué pasa con ese coche? —dijo Donna escudriñando hacia la oscuridad.

—¿Qué quien lo lleva no lo sabía aparcar?

—¿Y?

—¿Qué van a destrozar el césped?

—¿Y?

—¿Y... qué se le están apagando las luces?

—¿Y?

El Doctor sonrió.

—Piénsalo. ¿Cuántos años crees que tiene ese coche?

—Parece nuevo. Debió haber hecho algún sonido para indicar que se habían dejado las luces encendidas. Y lo ignoraron. Y si es nuevo la cosa que hace funcionar a las luces no debería apagarse tan rápido. Mi padre se dejó las luces encendidas una noche hace unos años y aún seguían funcionando por la mañana, y el coche iba bien. Y eso que era viejo.

El Doctor avanzó hacia el coche con su destornillador sónico en la mano para escanear el vehículo.

—Una enorme pérdida de energía a nivel local —susurró.

— ¿Has visto eso? —dijo tocando el hombro al Doctor para captar su atención.

El Doctor miró donde Donna le estaba señalando. En el cielo se podía ver una cara sonriente hecha de estrellas.

—Las luces de la ciudad deben de haber evitado que lo viéramos mientras veníamos hacia aquí —dijo en voz baja.

— ¿Fuegos artificiales?

—Esperemos que la mayoría de la gente piense eso —respondió.

—No son fuegos artificiales, entonces.

—No son fuegos artificiales —confirmó—. Es un Cuerpo del Caos en funcionamiento.

—¿Qué es un Cuerpo del Caos cuando está en casa?

El Doctor se encogió de hombros.

—Ni idea. Tu abuelo me introdujo el concepto anoche. Pero, ¿una nueva estrella que puede atraer a otras estrellas por el cielo para formar una alineación como esa? Bastante caótico, diría yo.

—Yo también —Donna subió hasta la puerta principal del Edificio del Observatorio Copernicus—. Bueno, no vamos a

aprender mucho aquí fuera, ¿verdad? —encontró varios timbres y tocó el que decía SOLO PARA EMERGENCIAS.

No pasó nada.

—Una pérdida local de energía, supongo —Donna le sonrió.

El Doctor asintió y la alcanzó, pasando el destornillador sónico por la puerta y abriéndola de un empujón.

Oscuridad Total.

—Así que, entonces, ¿quién es ese Profesor colega tuyo?

El Doctor estaba usando la luz azul del destornillador sónico a modo de linterna, tratando de identificar los nombres de las placas.

—Le conocí hace años. Una de las varias personas de este planeta en las que puedo confiar de tanto en tanto si necesito ayuda profesional. Y viceversa, pueden llamarme si me necesitan —señaló hacia arriba—. La oficina del profesor Melville está un piso por encima, la sala de control del Observatorio está fuera en la parte de atrás, cruzando los jardines y girando a la izquierda.

—¿Oficina sosa o telescopio excitante?

El Doctor sonrió, pareciendo un poco espeluznante bajo la luz azul del destornillador sónico.

—¿Intentas influenciar en mis decisiones, Donna Noble?

—Por telescopio que no, Doctor. Ni en sueños telescopio intentaría telescopiarte lo que tienes que hacer o adónde ir.

El Doctor se la quedó mirando ante el último comentario y ella rió. —Bueno, está bien —dijo—. Pero no en ese sentido.

—Por alguna razón creo que deberíamos investigar el telescopio.

—Es como si Derren Brown estuviera en cada habitación —se rió Donna.

Siguieron por el pasillo de la puerta principal hasta que llegaron a una serie de ventanas francesas que daban a un patio. El Doctor las abrió con el destornillador sónico, y volvieron a salir al aire frío de la noche.

—Nos están observando —dijo Donna tras caminar un par de minutos.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi pelo se me riza —replicó—. Eso y el hecho de que puedo verles delante de nosotros.

El Doctor se asomó más en la oscuridad.

Había un grupo de hombre y mujeres de pie a la entrada del Observatorio mismo.

Donna levantó la vista hacia la estructura de frío metal de escaleras y pasadizos que llevaban hasta una cabina que estaba dominada por un radar con forma de plato ovalado que formaba el Observatorio.

—Estoy impresionada —dijo.

—¿Por ellos?

—No, por el Observatorio. Nunca había visto un radiotelescopio antes, excepto por la tele. Bonito —de repente le gritó al grupo—. Qué bonito plato tenéis, gracias por permitirnos venir a verlo. ¿Hay alguna tienda de regalos? Me encantaría comprarle a mi abuelo una taza con un dibujo. O un imán para el frigorífico.

—O —se unió el Doctor—, una servilleta de té. ¿Hacéis servilletas de té? Todo el mundo hace servilletas de té hoy en día. Nunca he estado seguro de porqué compraríais una

servilleta de té, pero ahí lo tienes.

No hubo respuesta del grupo.

—En realidad estoy buscando al Profesor Melville —continuó el Doctor—. ¿Está aquí? ¿Está bien?

Un hombre pequeño con una cicatriz en la mejilla dio un paso adelante.

—¿Es ese él? —susurró Donna.

El Doctor negó con la cabeza.

—Nop. Lástima.

—Excelente —entonó el hombre, con un ligero acento unido a su por otro lado preciso inglés—. ¿Eres el Doctor?

—¿Qué te hace decir eso?

—Puedo sentir que no eres... del todo humano.

—¿Del todo humano? —el Doctor parecía ofendido—. No soy ni remotamente humano, gracias. Una especie espantosa. Siempre peleando y quejándose.

—¡Ey! —dijo Donna.

—¿Ves lo que digo? Apenas se irguieron por encima del uso de sonidos guturales y, ¡ostras!, ya tienen eso que llaman música pop. Quiero decir, sé que en parte me gusta, pero llega un momento en que realmente no puedes diferenciar a los chicos de las chicas o entender las letras, ¿verdad? Después está la comida, por supuesto. ¿Has probado alguna vez una de sus hamburguesas?

El más anciano alzó la mano para detener la cháchara del Doctor, así que lo hizo, pero sonrió.

—Podría seguir toda la noche, pero sospecho que eso podría aburrirte, así que sólo diré que en su lugar charlemos sobre por qué os estáis apoderando de las mentes de estas pobres

gentes.

—Es el linaje —replicó el hombre pequeño.

El Doctor le lanzó una mirada a Donna y ella pudo ver que no era la respuesta que estaba esperando.

—¿Cómo en la genealogía? —respondió.

—Cuatro de los humanos aquí presentes se pueden rastrear hacia atrás en su árbol familiar hasta un lugar específico en el tiempo. Eso nos da poder sobre ellos.

—¿Y los otros?

—Zanganos. Esclavos. Sirvientes voluntarios.

—¿Voluntarios? ¿De verdad? Encantador. Sin embargo no es totalmente cierto, ¿no? Pero si eso es lo que quieres creer, es justo —el Doctor comenzó a caminar hacia ellos, así que Donna tuvo que seguirle—. De acuerdo entonces, ¿de dónde sois originalmente? —señaló hacia la cara formada en los cielos—. Algo que ver con eso, imagino.

El hombre pequeño de la cicatriz se encogió de hombros.

—Todo a su debido tiempo, Doctor. Madam Delphi necesita hablar contigo.

Levantó el brazo en la dirección del Doctor y, antes de que Donna pudiese lanzar ni un grito ahogado, una densa y crepitante ráfaga de luz rojo-purpura se disparó de sus dedos, dándole de lleno en el pecho y lanzando su cuerpo hacia atrás un par de metros. Para cuando Donna llegó hasta él, estaba casi inconsciente.

—Márchate... advierte a la gente... —eso fue todo lo que consiguió decir antes de que sus ojos se pusieran en blanco y el ritmo subiera y bajara de su pecho quemado, ralentizándose hasta quedar inconsciente.

Donna sabía que no había nada que pudiera hacer excepto lo que le había pedido. Tenía que buscar ayuda.

—¿Y la humana? —preguntó un miembro del grupo.

—Matadla —respondió el hombre, y Donna vio que todos los demás levantaban los brazos en un gesto similar.

—Hoy no, gracias —gritó Donna y volvió corriendo hasta las ventanas francesas, zigzagueando mientras corría, consciente de que rayos de energía purpura se estrellaban contra los arboles justo a su lado.

Estaba casi en las ventanas francesas cuando explotaron en una lluvia de metal y cristal a su alrededor.

Cubriéndose la cara con los brazos, Donna corrió directa a los escombros y entró en la oscura mansión. Estaba pasando por el vestíbulo, cuando vio una enorme escalera de madera que llevaba a los pisos superiores.

—He visto las películas —murmuró. Se dirigió a la parte de atrás de los escalones, donde, estaba segura, había una puerta que llevaba a un sótano.

La abrió dando un tirón, contó hasta tres y la cerró de un portazo, haciendo mucho ruido. Después fue de puntillas hasta una de las oficinas y se deslizó dentro.

Segundos después, alertados por su artimaña, un pequeño grupo de la gente del exterior llegó a la puerta del sótano. Vio como dos de ellos bajaban las escaleras, dejando a uno de guardia. Maldición, había esperado que todos bajasen y así pudiese encerrarlos a todos allí abajo.

El que estaba de guardia parecía estar mirando a su alrededor, y por un segundo Donna pensó que había descubierto donde estaba escondida. Entonces una mujer a la que no había

visto antes se lanzó de repente contra el hombre, enviándole volando pesadamente a la pared.

La recién llegada incrustó una silla en la manija de la puerta del sótano, dejando a los dos atrapados dentro como Donna había planeado y después le gritó directamente.

—¡Vamos!

Donna corrió al encuentro de su nueva aliada y permitió que la guiase por un pasillo.

—Cocina... —dijo la recién llegada sin aliento—. Por aquí...

Hubo una pequeña explosión y Donna supuso que la pareja se había abierto camino a disparos fuera del sótano.

—Fue una buena idea mientras duró —sonrió—. Soy Donna Noble.

—Soy la Señorita Oladini —dijo la Señorita Oladini apresuradamente—. Encantada de conocerte. ¿Coche?

—Vinimos en taxi.

—No, ¿quiero decir su coche?

—Vale la pena intentarlo.

Se colaron por la puerta de la pequeña cocina y entraron en el aparcamiento, directamente en el coche abandonado. Donna se sentó en el asiento del conductor.

—¿Y las llaves? —preguntó la Señorita Oladini.

—No hay llaves —dijo Donna—. Porque la vida nunca es tan conveniente.

La Señorita Oladini se agachó bajo el salpicadero y sacó de un tirón algunos cables.

—Una juventud desaprovechada —dijo.



El motor se puso en marcha lentamente y después murió de nuevo.

—¡Una vez más! —le instó Donna—. ¡Pero si no funciona, déjalo porque sabrán donde estamos!

La Señorita Oladini intentó hacer el puente de nuevo, sin suerte.

Dos de sus perseguidores aparecieron en la puerta de la cocina con las armas levantadas.

—¡Corre! —gritó Donna y salió lanzada fuera y lejos del coche mientras la energía purpura se estampaba contra él y el coche explotaba.

Donna estaba tirada sobre unos arbustos con el vestido de Veena hecho jirones.

—Oh, estoy muerta —murmuró.

No había señal de la Señorita Oladini, pero era difícil ver algo con el coche en llamas impidiéndole ver. Donna miró a su alrededor y vio una bicicleta apoyada contra una pared lejana.

—Tiene que ser una broma —murmuró y después se miró las ropas—. Quién no se arriesga, no gana.

Esperando que las mismas llamas que le impedían ver a sus atacantes la mantendrían fuera de su vista, se deslizó por el césped hacia la pared.

Con una última mirada por si veía a la Señorita Oladini y dándose cuenta tristemente de que el coche había sido seguramente su pira funeraria, Donna agarró la bicicleta y se subió a ella. Se tambaleo ligeramente, pero poco a poco consiguió acostumbrarse a montar otra vez y después salió disparada camino abajo y hacia la calle principal.

De ninguna manera conseguiría volver a Chiswick en bi-

cicleta, no le sobraban tres días, pero podría llegar al pueblo más cercano.

Mientras Donna peladeaba furiosamente, el coche en llamas iluminaba la parte delantera del Observatorio Copernicus, las llamas se reflejaban en las grandes ventanas de la mansión. Pero no pudo ver ninguna señal de personas.

# Domingo

Cuando era niña, Donna había oído la frase “el disparo que se escuchó en todo el mundo” usada para describir el efecto que el asesinato del presidente estadounidense John Kennedy tuvo en toda la civilización occidental. La gente siempre decía que podían recordar dónde estaban cuando ocurrió.

Como hija de los 70, creció oyendo hablar de cosas como el aterrizaje en la Luna, los asesinatos de ambos Kennedys y Martin Luther King y el funeral de Estado de Winston Churchill, pero nunca los entendió del todo. Con una infancia de Pelotas de Goma, Donny Osmond, bicicletas chopper y sellos Green Shield, palabras como ‘Bombardeo’, ‘racionamiento’ y ‘puré de patatas mezclado con col’ sólo significaba que los ancianos estaban recordando cosas de veinte años atrás y, probablemente, quejándose de que la juventud de hoy nunca sabría como lo tenían de bien.

La primera vez que Donna se había encontrado a sí misma diciendo aquello, a uno de los hijos de los vecinos que había hecho un rasguño al último coche de su padre, se quedó boquiabierta. Por fin se había convertido exactamente en lo

que se mofaba en sus padres y abuelos cuando tenía su edad. Hoy en día no había nada que la gustara más que escuchar el Abuelo Wilf hablar de la guerra, su vida en el regimiento de paracaidistas o los días de la abuela Eileen como miembro del ejército terrestre femenino.

Hoy era un día como ese 22 de noviembre 1963, un día en que otro disparo se oyó en todo el mundo.

El Domingo, para ser honesta, había comenzado bastante mal. Donna había despertado en su cama (esto era una buena cosa), aunque sólo había tenido unas dos horas de sueño (esto era una mala cosa).

El vestido hecho jirones de Veena estaba hecho una pelota en el suelo (mala cosa); junto a él, un recibo que le había dado el taxista (mala cosa, pues ¿a ver a quién le reclamaría todo aquello?) que la había llevado desde un lugar llamado South Woodham Ferrers de regreso a Chiswick. El recibo era de 225 libras (muy, muy malo, su cuenta debía estar vacía ahora). Wilf había estado despierto cuando volvió (muy buena cosa) y la había escuchado cuando le contó todo lo que había sucedido en el Observatorio Copérnico. La había abrazado fuerte, le había prometido que encontrarían una manera de rescatar al Doctor y para rematar la envió a dormir.

Donna se había sentido furiosa consigo misma, había dejado al Doctor allí, le había abandonado de una forma que él nunca le haría a ella (mala cosa). Pero también había sido práctica. Él le había dicho que se fuera, y eso había sido un acierto, porque de lo contrario la habrían matado (definitivamente una mala cosa). Donna se sentía como muerta, pero era necesario que consiguiese ayuda y volviera al Observatorio.

Quizá podría localizar a Martha Jones y sus compañeros de UNIT, le gustaba Martha y sabía que lo dejaría todo para ayudar. Al llegar al pie de la escalera, cogió las Páginas Amarillas y ya estaba a la mitad de la U cuando se dio cuenta de que sería poco probable que UNIT apareciera ahí, en la categoría de Organizaciones Militares Dedicadas a Hacer Desaparecer a los Marcianos (ni bueno ni malo, sólo un poco de gatillo fácil).

—Buenos días, señorita —le espetó Sylvia Noble desde el otro lado del pasillo—. Estaba preocupada por ti anoche.

—¿Por qué?

—Oh, no lo sé. Volviendo de puntillas al amanecer tras una noche de discoteca con el Doctor? ¿A tu edad? Quiero decir, ir de discoteca es genial cuando tienes 21, pero cuando la mediana edad está a sólo unos pocos cumpleaños de distancia. . .

—Ey.

—Es Igual. La cosa es, que es hora de crecer, jovencita.

—Gracias, mamá. Demasiado mayor para irse de discoteca, pero no demasiado mayor para vivir con mi madre. ¡Genial!

—Nadie te obliga a vivir aquí —dijo Sylvia, poniendo una taza de té en manos de Donna—. No es que lo hagas mucho estos días. Te vas con Papá Piernaslargas semana sí y semana también —Sylvia tiró de la bata de Donna, apretando el cinturón, enderezando el cuello—. ¿Y dónde está él ahora? Seguro que se lo ha llevado tu abuelo al huerto, sin duda. Y no es una cálida mañana, y se ha dejado aquí el termo —Sylvia se lamió el dedo índice y borró una marca de la mejilla izquierda

de Donna—. Aunque me imagino que estarán de vuelta para la hora de comer. ¿La carne asada de cada domingo y toda la pesca? ¡Ja! Qué mas quisieran. Te diré qué: un viaje al Jolly Lock Keeper y su todo-lo-que-puedas-comer por diez libras es lo que haremos hoy, chiquilla. Déjame decirte que aquellos días de tenerme esclavizada con la ternera y el Pudding de Yorkshire se fueron con tu padre —Sylvia puso el pelo rojo de Donna detrás de las orejas y le apartó el flequillo—. Y había una nota para ti anoche, la encontré cuando tu abuelo me despertó, tambaleándose cuando le dejaste. Yo no la leí, pero es de esos chicos Carnes sobre los que el Doctor estaba hablando.

Donna quería preguntarle cómo sabía de quién era si no la había leído, pero de esa manera eso le llevaría a otras cuestiones sobre notas de los directores cuando Donna tenía doce años a cartas de Martyn Hart cuando tenía quince y quién las había abierto cuando estaban dirigidas a otra, así que se mantuvo callada. Donna también tuvo una punzada de la carne asada y del Pudding de Yorkshire, evocados por su madre, cubiertos con un fantástico jugo de carne.

Papá cortandolo. El abuelo y la abuela visitándolos los domingos, hablando de horarios de trenes y de clubs de coches y largos paseos por el Parque Windsor Great. De repente quería volver a tener diez años. Y quería llorar.

—¿Mamá?

—¿Qué?

—Echo de menos a papá.

Y Sylvia Noble abrazó a su hija de una manera que no lo hacía desde hacía mucho tiempo. Después se apartó, ca-

si como si hubiese recordado que la programación de Sylvia Noble era ser gruñona e intransigente y no cercana ni cálida. Especialmente con su descarriada hija.

Pero fue suficiente momento para hacer feliz a Donna. Porque había sido un verdadero gesto instintivo.

—¿Puedes llamar a tu abuelo, por favor, averiguar cuándo va a regresar y si tu Doctor se unirá a nosotros en el pub?

—¿Y Netty? (Ooh, algo muy malo)

—Si debemos...

Deseosa de cambiar el estado de ánimo, Donna abrió la puerta para comprobar el tiempo.

—Mamá, ¿por qué dices que el abuelo se ha ido al huerto?

—¿Qué hace sino? Está o con las verduras o con Netty. Cuando no son las dos lo mismo. Donna le lanzó una mirada y Sylvia tuvo la decencia de disculparse.

—Lo Siento. Estoy acostumbrada a estar tanto sola, que me olvido de que no debería decir a otras personas las cosas que me digo a mi misma en alto.

—Ya nos preocuparemos de ti y Netty más tarde. El abuelo se ha llevado el coche. Que no necesita para ir al huerto.

Sylvia frunció el ceño.

—No me dijo que se lo llevaba. Dijo que iba a reunirse con el Doctor.

—¿Así que has supuesto que estaba en el huerto?

—Como la otra noche, sí.

Donna llamó a su abuelo con su móvil, pero estaba apagado. El muy tonto estaba de camino al Observatorio Copérnico, ¿verdad? Y había dejado atrás a Donna. Y en ese momento se produjo “el disparo que se oyó en todo el mundo”.

Donna siempre recordaría que estaba vestida con su bata, de pie en una puerta ligeramente abierta, con una nota de los chicos Carnes en la mano (no leída, al menos no por ella), mirando a un espacio en el que un coche debería haber estado, con su madre justo detrás de ella. Había una taza de té recién hecho junto a las páginas amarillas. Por el camino, el anciano Señor Lyttle estaba paseando a su perro. Una pequeña cosa negra de raza indeterminada que siempre olía a pelo mojado. A la izquierda, con una de esas cosas de visión periférica de verdad, había una caravana azul aparcada. Y dominando el cielo azul había una enorme, atroz y terrible columna de pura luz brillante, envuelta con un tenue brillo púrpura. Donna oyó a su madre decir:

—Oh, Dios mío, otra vez no, el cielo en llamas otra vez no.

Pero no estaba totalmente en llamas. Era sólo una columna, acompañada de un sonido parecido a la llama de gas de la cocina, pero intensificada en diez mil decibelios.

Donna sólo sabía que algo terrible estaba sucediendo en esa columna de luz que golpeaba el suelo, en algún lugar al oeste de Chiswick. Aunque ella no lo sabía entonces, en todo el mundo, no importaba en qué zona horaria, similares columnas de energía calorífica estaban haciendo lo mismo. Y en el cielo, esa cara lasciva de estrellas todavía seguía allí, la horrible mueca aparentemente más ancha y más amplia que nunca.

—Mamá, entra dentro, ahora. Cierra las puertas, que no entre nadie excepto yo. O el Abuelo. O el Doctor. Especialmente el Doctor.

—¿Y por qué es tan especial?



—Oh, sólo di que lo harás, ¿vale?

—De acuerdo —murmuró Sylvia—. ¿Y a dónde vas?

—Tengo que intentar encontrarle. En realidad a los dos.

—¿No están juntos?

—Eso es lo que me preocupa.

—Bueno, no puedes salir así. Donna se dio cuenta de que todavía no estaba vestida y corrió escaleras arriba, tirando su bata apenas cruzó la puerta de su habitación.

—No dejes eso tirado en el suelo —dijo Sylvia.

Donna lo recogió, lo colgó en el gancho de la puerta y suspiró.

—Prioridades, mamá —murmuró.

Vestida con una camiseta y un viejo chándal, que no podía creer que lo hubiera llevado alguna vez, pero sabía que iba a estar caliente, Donna volvió a bajar las escaleras, cogiendo un pesado abrigo. Fuera en la calle, podía oír a la gente y a los coches acelerando. Todo el mundo había visto la columna de luz y ahora estaban viendo esa cara horrible en el cielo.

Dales una media hora y entrarán en pánico por las calles, provocando disturbios, saqueos y con policía en todas partes. Tenía que salir de Londres rápidamente.

—No tengo coche —se maldijo para sus adentros.

Abrió la puerta de entrada y vio esa furgoneta azul. Eso está muy mal. Muy mal, Donna Noble. Muy mal. Después estaba en la ventanilla del conductor, mirando el asiento. El salpicadero. La falta de llaves. La puerta cerrada. La pobre señorita Oladini había hecho que pareciera tan fácil cuando había puenteado ese coche, pero Donna no tenía ni idea de por dónde empezar.

—¡Genial!

Intentó abrir la puerta por si acaso. Estaba abierta. Levantó la vista a la calle, pero nadie en la turba de gente le gritaba o reclamaba la furgoneta como suya. Se tiró en el asiento del conductor y metió la mano bajo el asiento para ajustarlo. Dios sabía por qué lo hizo, no iba a ir a ninguna parte, porque nadie en esta época era tan estúpido como para poner las llaves debajo del asiento en una camioneta abierta. Sacó las manos, con un manajo de llaves del coche en ellas.

—Y quiero un triciclo, un pony y suministro de chocolate con leche para toda la vida —dijo en voz alta, poniendo su mano atrás bajo el asiento por si acaso sus deseos de Navidad de cuando tenía ocho años se hacían también realidad. No hubo ponis, ni bicicleta, ni siquiera una barra de chocolate derretido. Pero sí las llaves, eso era bueno.

Salio con la camioneta marcha atrás, y segundos después estaba de regreso a Chiswick High Road, planeando su segundo viaje hacia Essex en doce horas. Echó una última mirada a su casa por el espejo retrovisor mientras daba media vuelta con la furgoneta y después salía disparada, esperando que su madre no la hubiera visto hacerlo. Porque después lo pagaría caro. ¡Y con razón! Antes de que incluso hubiese llegado a la carretera principal, la multitud estaba en la calle, mirando y señalando, y podía oír sirenas de ambulancias, la policía y camiones de bomberos a su alrededor, todos dirigiéndose al oeste, hacia la M4.

Hacia donde la columna de luz había golpeado el suelo.

Se dirigía hacia Londres y ese lado de la calle estaba relativamente vacío, incluso para un domingo. La atención de

Donna se desvió a causa del número de personas que estaban fuera de las diversas tiendas de electrónica que salpicaban ambos lados de la calle. Chiswick High Road había tenido en su mayoría cafés y tiendas de ropa cuando era pequeña, pero esta invasión de tiendas de chismes era extraña. Recordó al Doctor comentando que había conocido a los chicos Carnes en una. Todo esto pasó por su mente por un breve segundo, probablemente porque enfrente de ella en la calle se encontraban Lukas y Joe Carnes.

Como si la hubieran estado esperando. Literalmente. De pie en la calle. Un momento, la carretera estaba vacía. Al siguiente, dos muchachos estaban justo enfrente de ella.

Donna pisó el freno, y justo evitó derrapar en seco, realizando de hecho una parada bastante grácil, aunque un hombre detrás de ella hizo sonar el claxon.

—¿Sí? ¿Qué coño recibiste por Navidad, rey? —le gritó—. ¿Por qué no te lo metes por ... ?

La puerta del pasajero se abrió, y Joe y Lukas entraron.

—Joe dice que tenemos que ir a un sitio llamado “Cópérnicus” —dijo Lukas tranquilamente—. También sabía que estarías aquí. En este momento.

—Por supuesto que sí —respondió Donna, avanzando mientras el conductor furioso la adelantaba, con una mano fuera del volante y haciéndole gestos. Encogiéndose de hombros, Donna siguió conduciendo hacia Hammersmith.

—Buenos Días, Joe —le dijo al chico, que ahora estaba en la parte de atrás.

Joe no respondió, pero sacó algo de su bolsillo.

—¿Qué es eso? ¿Un nuevo chisme MP3?

—Es un M-TEK —respondió Lukas en nombre de Joe.

—¿Un qué? —Donna trató de sonar interesada, pero no lo estaba. Estaba más centrada en cómo habían sabido que ella estaría allí.

—Le dijo dónde estarías —continuó Lukas—. Le habla.

Esto de alguna manera respondía a su pregunta, decidió Donna, pero inquietantemente le planteaba un par de docenas más.

—Entonces, ¿es así cómo supo el nombre del Doctor el otro día?

Lukas se encogió de hombros.

—No sé. El hombre en la tienda se lo dio a él. Dijo que era una versión de prueba. Dio unos diez de ellos. Dijo que Joe era la persona perfecta para tener uno. No me lo dijo hasta que llegamos a casa y me lo encontré descargándose música.

Eso tenía sentido para Donna, aunque en realidad no tenía ningún sentido en absoluto. Cuando viajabas con el Doctor, comenzabas a aceptar que las cosas que no tenían sentido realmente tenían sentido en una forma de no-tiene-sentido-para-la-gente-normal. Así que aquel aparato del M-TEK hacía que Joe Carnes supiera cosas. O le decía cosas. Cosas que atraían la atención del Doctor.

—¿No os dijo vuestro padre que no se aceptan regalos de hombres desconocidos?

—Mi padre lo hizo —dijo Lukas, mirando a Joe—. El padre de Joe no se quedó el tiempo suficiente.

“Bien”, pensó Donna, “esto mata una conversación”. Entonces hizo un giro repentino hacia la rotonda de Hammersmith que provocó que alguien hiciera sonar el claxon. Quizá

fuese el mismo conductor de antes, pero ni lo sabía ni le importaba. Giró hacia la carretera de Talgarth.

Estaba vacía. Realmente vacía. Era una gran carretera de seis carriles hacia el centro de Londres, a través de Earls Court después Knightsbridge, a continuación, Hyde Park y, finalmente, Piccadilly. Debería haber tardado veinte minutos, tal vez treinta llegar a Piccadilly en un domingo a la hora de comer, y eso era sin ningún tipo de obra en la carretera. Donna lo hizo en diez y tampoco es que fuera a demasiada velocidad

Era como si todas las personas en Londres huyeran... no, que fuesen hacia algún lugar. Esa luz. Todos se estaban dirigiendo hacia eso. Mirones, ansiosos por sacar fotos con sus móviles y decir '¡Eh, mirad, vimos la carnicería!'. ¿O era algo más siniestro? En ese caso, ¿por qué no estaba afectada?

—Perdonadme chicos, más infracciones de la ley... — Donna sacó su móvil mientras conducía y llamó a su madre. No tuvo respuesta.

Eso no era una buena noticia. Y allí estaba ella, en una furgoneta robada, conduciendo a través de un Londres desierto, hacia el Essex más oscuro para rescatar a su abuelo y a su amigo de unos asesinos, incapaz de contactar con su casa, con los Hijos de los Malditos a su lado.

—Salud, Doctor —dijo a nadie en particular.

A unos veinte kilómetros de distancia de Donna y los chicos, había una gran presencia policial y de ambulancias alrededor del área de Ruislip Woods, con todavía más servicios de emergencia llegando desde la cercana RAF Hillingdon. El gigantesco rayo blanco de energía había golpeado la arboleda, uno de los bosques más protegidos de Gran Bretaña, aun-

que no había mucho que proteger en estos momentos. Había un enorme cráter en forma de cuenco gigantesco de un cuarto de milla de ancho, diezmando los árboles, los pastos y los arbustos. Una pequeña ráfaga de humo flotaba en el aire de la mañana y la multitud de sorprendidos espectadores se amontonaban en las cercanías, en parte boquiabiertos, en parte en shock, pero en gran parte por miedo.

¿Había sido un accidente de avión? ¿Una bomba de al-Qaeda? ¿Algo de la base de la RAF había salido mal? ¿Había víctimas? Oh, Dios mío, ¿mis hijos estaban jugando aquí? ¿Alguien ha visto a mi perro, una mezcla de Labrador? Disculpen, ¿han visto a mi marido, que estaba fuera practicando jogging? ¿Has visto esa cara horrible en el cielo? ¿Es algún efecto especial de película? Nunca confié en ese alto el fuego del IRA... La Sargento de Policía Alison Pearce estaba intentando controlar a la multitud y a sus propios oficiales y dejar pasar a los equipos de emergencia. El turno de mañana del Domingo le había parecido una buena idea. Tres niños significaban que hacer las guardias nocturnas no era posible, pero su madre les podía cuidar el domingo mientras ella estaba de guardia. Normalmente, llegaría a casa a las diez, los veía dormidos y los preparaba para la escuela por la mañana. Ya había llamado a casa y advertido a su querida madre que esos cuidados de la abuela deberían durar un par de días más. Sólo el papeleo de esto la mantendría ocupada. Y eso suponiendo que alguna vez realmente se fuese de aquel lugar.

—Ey, tu, ¿perdona? —le gritó a un joven que estaba intentando pasar bajo la cinta roja y blanca—. ¿Señor? No se puede pasar...

El hombre no le hizo caso. La Sargento Pearce cogió la radio y llamó a un par de colegas mientras ella misma pasaba bajo la cinta y corría tras él.

—Bienvenido de nuevo —dijo a... bueno, a la nada. Sólo a las finas cenizas blancas que una vez habían sido árboles y Dios sabe qué más.

—Señor, tengo que pedirle que vuelva detrás de la cinta. Esto es la escena de un crimen.

El hombre siguió ignorándola, y la sargento Pearce se dio cuenta de que cinco personas más habían hecho lo mismo alrededor del perímetro.

—Chicos —dijo a la radio—, ¿qué está ocurriendo?

Uno de sus agentes le respondió.

—No los hemos podido parar, sargento, se han deshecho de nosotros.

La sargento Pearce suspiró y llegó dónde estaba el hombre, pero ahora estaba de rodillas, estirado hacia el suelo lleno de cenizas.

—Bienvenida de nuevo —dijo otra vez.

Y tenía los dedos conectados con la tierra mientras la sargento Pearce alargaba la mano para tocarlo.

Sintió algo parecido a un shock, pequeño y eléctrico, pero poderoso y se encontró a sí misma a un par de metros de distancia, tumbada boca arriba, moviendo la cabeza para aclararse.

El hombre estaba de pie, de espaldas al cráter de ceniza. La sargento se dio cuenta de que el resto de la gente, ahora eran siete en total, habían hecho lo mismo. Era como si estuvieran vigilando el lugar.

El joven agente que le había hablado por la radio estaba a su lado.

—¿Se encuentra bien, sargento? —dijo, ayudándola a levantarse.

Lo apartó de un empujón.

—Estoy bien, Steve. ¿Qué demonios es esto? —el agente de policía Steve Douglas se encogió de hombros. La sargento Pearce intentó hablar por su radio pero todo lo que oía era un ruido estático.

El agente de policía Douglas intentó con la suya. Lo mismo.

—Vale, esto está muerto y es raro —dijo.

La sargento Pearce se alejó y volvió a cruzar la cinta, diciéndole a Douglas que se quedara allí y mantuviera un ojo en ellos:

—Pero no te acerques.

Ella se dio prisa en ir hacia un grupo de bomberos y policías, que ahora incluían a su superintendente.

—Señor, tenemos un problema —informó, y explicó que siete personas estaban vigilando el cráter.

El superintendente Shakiri frunció el ceño y comenzó a moverse hacia adelante, hacia el perímetro.

—Haga que el público se aleje más, sargento. Mueva la cinta otros seis metros.

Ella asintió, pero su radio seguía sin funcionar. Shakiri intentó con la suya. Nada.

—Funcionaba hace diez minutos —murmuró.

—Y la mía igual —dijo la sargento—. Tiene que ser algo eléctrico.



—¿Por qué dice eso?

Ella le explicó que había tocado al hombre y el shock que había recibido.

—Vaya a que la vea uno de los médicos, sargento.

—Estoy bien, señor. . . —comenzó, pero él le hizo ir.

—Reacción desaprobada, sargento. Usted le diría a cualquiera que hiciera lo mismo. Y si dicen que se encuentra bien, la veré en cinco minutos —le sonrió—. ¿Por favor?

La sargento Pearce se encogió de hombros y caminó hacia una de las ambulancias, mientras oía a Shakiri gritando órdenes para que la cinta se retrasara manualmente.

Mientras llegaba el médico, algo... algo instintivo hizo que mirara hacia atrás. Era como uno de esos momentos a cámara lenta en una película, tantas cosas pasaron en un momento, que no pudo decir si lo había visto todo o sólo había tenido lugar en su cerebro que lo había puesto todo junto después. Un flash de luz morada, como un rayo de un tiro eléctrico a través de la multitud de curiosos, abatiéndolos a todos y a cada uno de ellos.

El agente de policía Steve Douglas se desvaneció, aún así, durante un pequeño segundo, la sargento estaba convencida de que le vio subir los brazos para protegerse del flash morado y ella le pudo ver — no a él, sino a su esqueleto —, sólo un segundo, cuando se fue.

Los siete “guardias”, no más escondidos en la multitud, habían estirado los brazos apuntando los unos hacia los otros, y la electricidad morada los conectaba a todos, como una cuerda.

El superintendente Shakiri se lanzó al suelo, llevándose

a un par de otros oficiales con él con una táctica de rugby, probablemente salvando sus vidas.

Hubo otro flash en el cielo, como un rayo solar, sólo por un segundo, y la sargento juró que el cielo entero brillaba de color morado.

Y entonces acabó. Más o menos.

La gente se estaba levantando y huía. Nadie quería estar cerca de lo que fuera eléctrico. Aquello era bueno en el sentido de que el público se iba, pero estaba desorganizado, y aquello era peligroso. Si una sola persona caía. . . recordaba la historia del desastre en un túnel del metro en el este de Londres durante la guerra cuando se usaba como refugio para esconderse de los bombardeos aéreos. Mientras la gente asustada corría escaleras abajo una mujer cayó llevándose a la multitud entera matando a casi doscientas personas de golpe.

El pánico huyendo en aquel momento, no era tan abundante, pero podía ser igual de letal. Vio a Shakiri, arrastrándose, gritando a los oficiales a su alrededor que intentaran ayudar al público. Lanzó una mirada hacia dónde Steve Douglas tendría que estar, era obvio que también lo había presenciado todo, y entonces hacia ella.

Apartando al médico, corrió para unírsele en la escena.

—¿Qué demonios era eso?

Él señaló hacia los siete “guardias” alrededor del cráter.

—Imagino que quieren que nos alejemos —miró hacia las multitudes huidizas.

—¿Alguna baja?

La sargento sólo miró hacia donde su joven agente de policía había estado.

—¿Lo sabremos algún día? —dijo—. No queda nada de Steve Douglas.

Shakiri vio su mirada.

—Y es por eso que necesitamos saber si ha habido otros. Si les hacemos responsables de una muerte, necesitamos hacerles responsables de cualquier otra.

Ambas radios hicieron un ruido y se encendieron.

—Buenos días a todos, en todas partes alrededor del mundo —era una voz femenina, hablando un claro y preciso inglés—. Me llamo Madam Delphi y soy la única voz que nunca necesitaréis oír. Os estoy hablando a todos por cada señal, por cada radio, televisión, ordenador y PD alrededor del mundo. Ahora habéis visto lo que puedo hacer y seguiré haciéndolo. Este planeta es mío. Podéis volver todos a vuestras tristes y pequeñas vidas y esperad a que yo os diga qué hacer a continuación. Ahora os volveré a vuestras programaciones establecidas. Oh, lo siento, excepto en aquellos países donde están emitiendo cualquier versión de Gran Hermano. Lo siento, todos los concursantes y presentadores de este programa, donde quiera que estén, están muertos. Ya me lo agradeceréis luego.

Los dos oficiales de policía miraron hacia las siete personas que vigilaban el cráter, con aquella electricidad morada que les seguía uniendo.

—Le diré una cosa, señor —dijo la sargento Alison Pearce, mientras miraba hacia arriba, donde todo había empezado.

—¿Qué ocurre, sargento?

—Aquella cara horrible en el cielo ha desaparecido.

La señorita Oladini estaba pensando seriamente en presentar su dimisión. Aquél no era un trabajo lo bastante bueno

como para que mereciera todas aquellas molestias. La última noche había sido perseguida, había sido electrocutada, casi volada del mapa en un coche, y lo peor de todo, alguien le había robado la bicicleta. Esperaba que hubiera sido aquella mujer pelirroja que había estado en el coche con ella, porque eso significaría que había huido de la explosión.

La señorita Oladini no estaba del todo segura de cómo se lo había hecho ella misma, pero sabía que había involucrado mucho de hacer la croqueta por el suelo, sin hacer caso al calor y correr hacia el arbusto y aguantándose la respiración por lo que pareció casi una hora pero que podrían haber sido sólo uno o dos minutos hasta que sus perseguidores asumieron que las dos mujeres estaban muertas.

No tenía idea de lo que pasaba en el Copernicus, pero su cuerpo había estado en shock y había caído inconsciente en el suelo de la casa de la vieja mansión, levantándose de nuevo, fría y húmeda y con mucha hambre. Y sin bicicleta.

Esperó hasta que vio que nadie la veía, entonces se abrió camino de nuevo al interior de la casa buscando calor. Después de un par de minutos encontró un par de abrigo abandonados. Sabía que estaba en shock. Su cuerpo necesitaba protección y calor. Se puso los abrigo, uno encima del otro, entonces volvió hacia el armario. Se podría esconder allí, y sus condiciones estrechas le ayudarían a retener el calor que necesitaba. Encontró una botella de agua en una mesa y también la cogió.

Después de un par de horas, se sintió lo bastante fuerte como para aventurarse fuera del armario y ver si la gente seguía allí, al menos para ver si el profesor Melville seguía con ellos.

Se estuvo arrastrando en silencio por un pasillo cuando dio un salto porque un montón de radios y televisiones y un par de portátiles cobraron vida, y escuchó la aportación de Madam Delphi sobre amenazas, sintiéndose fría de nuevo.

Y cuando se recuperó lo suficiente del susto, se hizo de día y era hora de alejarse del Copernicus. Olvidarse del profesor Melville y de aquella gente, aquello era demasiado con lo que tener que tratar, y sospechaba que la emisión de radio tenía algo que ver. La policía, quizá el ejército, necesitaban saber que algo estaba sucediendo allí. Comenzó a arrastrarse lentamente hacia la gran escalera cuando una mano llegó salida de la nada y le tapó la boca, silenciando cualquier ruido que pudiera hacer.

La señorita Oladini lo pensó, allí terminaba todo.

—No haga ruido, por favor, cielo —dijo una voz en su oreja—. Me llamo Wilfred Mott y no quiero hacerte daño.

Apartó la mano de su cara, y la señora Oladini se apartó. Miró al hombre, anciano, pero no débil, obviamente. Sus ojos ardían de inteligencia, pero no había nada de amenazador.

—¿Por qué está aquí? —preguntó con valor.

—Mi nieta estuvo aquí anoche. Me dijo lo que ocurría. Estoy buscando al Doctor.

—¿Nieta? ¿Es pelirroja?

—Esa es Donna. ¿Tú debes ser la señorita Oladini? Ella pensaba que estarías muerta, así que se alegrará de que estés bien.

La señorita Oladini no estaba segura de aquello. Aquella gente que le había atacado podrían saber todo aquello. ¿Pero sabrían sobre...?

—¿Cómo se fue Donna?

—Con una bicicleta. ¿Era tuya? La dejó cerca de una comisaría en algún lugar. Me parece que en South Woodham Ferrers —le sonrió—. Llegó anoche muy tarde y yo la esperaba. Me dijo todo lo que había pasado y después la mandé a dormir. He decidido comprobar el lugar por mí mismo.

La señorita Oladini frunció el ceño.

—¿No la creía?

—¡Por supuesto que sí! Donna no se inventa las cosas. Pero quería encontrar al Doctor y mantener a Donna segura al mismo tiempo. Ya ha pasado por bastantes cosas. Así que la he dejado durmiendo y me he escapado de casa esta mañana —miró su reloj—. Ahora mismo debe de haber adivinado esto y estará subiéndose por las paredes, supongo.

La señorita Oladini aún no estaba convencida pero no parecía tener el carácter zombie del resto de la gente de allí.

—¿Está buscando un doctor? ¿Cuál de todos? Todos son doctores y profesores aquí.

—Él vino con Donna. Es un tipo alto y con el pelo ridículo. Habla de muchas cosas sin sentido.

—Francamente, eso definiría a la mayoría de las personas que trabajan en el Copernicus, señor Mott.

—Llámame Wilf. Y no, él no trabaja aquí. Le pidió que viniera aquí un tal profesor Melville. Es por eso que él y Donna llegaron tan tarde.

—He pasado gran parte de la noche escondiéndome y siendo perseguida, no vi a Donna hasta que escapamos. No tengo ni idea de si había otra persona con ella, lo siento.

Pareció que Wilf se deshinchaba.

—Oh, estaba tan seguro de que estaría aquí. Creo que es el único que nos puede salvar de esta Madam Delphi que hemos oído hace poco.

—¿Por qué piensa eso?

—Es el tipo de cosas que hace. Salvarnos.

—¿Es algún tipo de cura?

Wilf rió.

—No, no del todo. Así que, ¿dónde está todo el mundo?

La señorita Oladini se encogió de hombros y le explicó que pensaba irse.

—Dame quince minutos —dijo Wilf—. Si no encontramos a mi amigo, te llevaré en coche a casa, ¿vale?

La señorita Oladini valoró las opciones y entonces accedió. Aún y así, no había otra forma de volver a casa. Y Wilf Mott no parecía demasiado amenazador.

Le llevó escaleras abajo, a través de las ventanas francesas hechas añicos y fuera hacia el jardín trasero, señalando hacia el radiotelescopio, explicando que aquello era lo que importaba de allí.

Wilf asintió.

—Aquella cara del cielo, estaba hecha de estrellas, ¿verdad? Supongo que este observatorio es dónde el Doctor tendría que estar.

La señorita Oladini tembló y se agarró más fuerte a los abrigos.

—No estoy segura —dijo con tranquilidad—. No quiero volver.

—¿Por qué no?

Pero la señorita Oladini no podía explicarlo. Había algo sobre aquello, algo sobre cómo el telescopio le había parecido siempre un lugar seguro para trabajar pero ahora. . .

Wilf le cogió del hombro.

—De acuerdo, espérame aquí y yo me pasaré a ver si el Doctor está allí. No tardaré.

La señorita Oladini le vio mientras se acercaba. Volvió a temblar. Por un breve instante se había sentido segura con aquel anciano extraño, y ahora volvía estar sola. . .

Le alcanzó en pocos segundos.

—La entrada es por aquí —dijo.

Él le sonrió.

—Bien por ti, niña —dijo—. Te tengo que reconocer que tampoco es que me gustara demasiado ir solo.

Se sonrieron el uno al otro.

—Así que Donna es tu nieta, ¿verdad? —dijo la señorita Oladini—. Me alegro de que se fuera.

—Yo también. Estaría perdido sin ella. La familia es algo que se tiene que mantener.

La señorita Oladini lo reflexionó.

—No sé dónde está mi familia ahora mismo —dijo—. Probablemente en Nigeria.

—¿Cómo es que habéis perdido el contacto?

Ella sonrió.

—Oh, ya sabes cómo es todo, llegué a Reino Unido por la universidad, perdí mi estatus, me quedé aquí escondida, entré en una agencia para encontrar un trabajo bajo un nombre falso, cosas normales.



–Eso es muy valiente por tu parte –dijo Wilf–. Y también arriesgado, trabajar aquí.

–Justo debajo de la nariz del gobierno –respondió–. Es la forma más fácil de desaparecer del radar: esconderse a simple vista. Es eso lo que me dijo mi padre la última vez que hablé con él.

Wilf estaba de acuerdo.

–Yo acostumbraba a decir eso de los espías, durante la guerra –dijo–. La mejor forma de infiltrarse es ser visto, así nadie sospecha de ti. Conviértete en un miembro de la sociedad.

–Eso es lo que hice. Mira dónde me he metido. Asustada de por vida.

Wilf le guiñó el ojo.

–Estarás bien.

Estaban en la puerta del radiotelescopio. Estaba abierta a medias y se metieron. El profesor Melville estaba muerto. No había ninguna duda, su cuello estaba en un ángulo tan extraño que aunque la señorita Oladini no había visto nunca a nadie muerto, lo sabía. Su mano cubría su boca, silenciando el grito que quería salir de su garganta. Wilf comprobó el pulso del pobre hombre, pero dejó caer con amabilidad su mano.

Parecía que había estado trabajando en los sistemas de guía de la antena cuando murió. Cuando fue asesinado, pensó la señorita Oladini. Después de todo, la gente no se rompía sus propios cuellos.

Wilf estaba subiendo la pequeña escalera de mano que llevaba al piso superior, dónde estaba el mismo telescopio. No era un anticuado telescopio tubular, sino un conjunto de orde-

nadores ajuntados a través de la sala, conectados a la antena de radio en lo alto del edificio.

Aquello siempre había decepcionado a la señorita Oladini cuando llegó a trabajar por primera vez para el profesor. De alguna manera un telescopio gigante habría parecido más romántico que un conjunto de ordenadores.

Volvió a mirar su cuerpo, con los ojos abiertos mirando hacia el techo, y pensó en su vieja madre. Y en su gata. Y cómo había estado de asustada, la última vez que le había visto. Y ahora lo único en lo que podía pensar era en su gata. Y comenzó a llorar por primera vez desde que todo había ido mal.

Donna daba golpes a los botones de la radio hasta que encontró un canal. No quería música, quería noticias. No fue demasiado difícil encontrarlo. Alrededor del globo, masivos rayos de luz habían caído, y estaban rodeados de personas. Algunos observadores decían que eran terroristas vigilando un lugar bomba, algunos creían que eran fanáticos religiosos vigilando algo sagrado y especial. Otros creían que eran alienígenas, viniendo para reclamar a aquellos que habían estado abducidos y entonces habían vuelto con microchips en sus cabezas durante los últimos cincuenta años. El extraño mensaje de Madam Delphi, que todo el mundo asumía que sólo era un hacker de Internet intentando hacerse el gracioso, se decía que lo había comenzado todo.

—La ironía es —le dijo a la radio—, que esta es la que puede ser verdad.

No parecía que hubiera demasiadas victimas pero nadie se podía acercar a la gente que estaba vigilando los cráteres.

Inglaterra, Estados Unidos, Rusia, Oriente Medio, Asia, Nueva Zelanda, África y Groenlandia: no había sitio sin tocar. No parecía haber ninguna conexión entre la gente uniéndose alrededor de los cráteres: diferentes edades, sexos, ideologías y pasados.

—Me pregunto si los polos habrán sido atacados —murmuró después de escuchar los informes un poco más mientras conducían cerca de la Torre de Londres.

—Hubo una mención de uno en Alemania —dijo Lukas.

Donna sonrió.

—No hablaba de los polacos de Polonia, hablaba de los Polos Norte y Sur.

—¿Es que importa?

—Sí, probablemente, sí. Parecen ser zonas bastante pobladas, más que desoladas. Así que tiene que haber algo significativo en ello.

—¿Qué?

—No tengo ni idea. Pero estoy pensando —vio un cartel que decía A13 Tilbury—. Essex es hacia allí —entonces se encogió de hombros—. No es que sepa exactamente dónde estoy yendo. Era negra noche y pensaba demasiado en el Doctor como para fijarme en los carteles.

—Tienes que coger la A127—añadió Joe—. Tres millas hacia adelante después del cruce con la M25, entonces hacia la izquierda hacia Meadow Lane, media media más allá y a la derecha hacia Gorsten Road. Sigue por allí seis millas y media, entonces hacia la izquierda, hacia South Woodham Ferrers.

—Oh sí, recuerdo ese nombre —dijo Donna—. ¿Cómo lo sabes?

—Después de pasar el puente de la vía, tienes que ir ocho millas por la carretera Tributary y mientras vas hacia la B8932, gira a la izquierda en el callejón Allcomb. La Copernicus está a dos millas de allí.

Donna miró a Lukas, que se encogió de hombros.

—Sabía dónde encontrarte —le dijo—. Y en qué furgoneta estarías.

—Eso asusta —dijo Donna, con calma, mirando a Joe por el retrovisor.

—Ese es Joe —dijo Lukas—. Gracias a Dios solo somos medio hermanos.

—No digas eso —le reprendió Donna—. Sigue siendo tu hermano.

—Sí —coincidió Lukas—. Pero si fuéramos hermanos completos, quizá ambos seríamos raros. Así podría traducir si empieza a hablar en italiano.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque, según mi mamá, de ahí es de donde era su papa.

Y algo pasó por la mente de Donna. Algo que el Doctor había dicho durante la cena la noche anterior, cuando estaba ayudando a Netty y un anciano Crossland había pensado que estaba ladrando. Cuando estaba hablando sobre la Mandragora.

Le hice frente por primera vez en la Italia del siglo XV.

Algo se desató en la cabeza de Donna. ¡Delfines locos! ¡Por supuesto! Sin duda, no podía ser tan simple.. pero claro... dijo que fue hace 500 años. Tiempo suficiente como para que gente de Italia viajase por el mundo, generaciones de niños... Ese hombre, la última noche en el telescopio que había

electrocutado al Doctor, su acento podría haber sido italiano  
Y había hablado de genealogía. . .

—¿Alguna idea de dónde en Italia?

—No —dijo Lukas.

—San Martino —añadió Joe.

—Pensé que quizá lo sabrías —dijo Donna.

—¿Por qué? —preguntó Lukas.

—Porque no creo que tenga poderes de GPS, detrás hay una coincidencia. Creo que algo le está usando para llevarnos a ese telescopio por alguna razón.

—¿Quieres decir que mi hermano pequeño es un alien?

—No te emocionas mucho con la idea.

—Nah, mola bastante —Lukas se acercó—. Siempre le dije a mamá que era raro.

—No es un alien. Pero puede que haya algo en su pasado que ayude al Doctor a arreglar esto. Lukas miró a su hermano, que estaba escuchando su M-TEK de nuevo.

—No quiero que le pase nada.

Donna le sonrió.

—No le pasará nada, el Doctor se asegurará de que esté a salvo.

Pero por dentro, no estaba tan segura de que pudiera garantizarlo.

El Doctor abrió los ojos y Wilfred Mott apareció en su campo de visión. Sonrió.

—Hola, Wilf.

—Hola, Doctor —dijo el anciano, ayudándolo a levantarse—. ¿Qué estas haciendo en el suelo?

—Estaba tirado. Depositado. Abandonado. ¡Que grosería! —murmuró el Doctor. Después agarró Wilf por ambos brazos—. ¿Dónde está Donna?

—Está bien. Segura en casa con Sylvia, pensando que los dos estamos en el huerto.

—Bien. Excelente. Brillante incluso. Ahora, ¿por qué me dejaron aquí?

—¿Ese montón de gente extraña con la electricidad púrpura?

—Sí, esos. Caray, Donna no se dejó casi nada, ¿no?

—Hice que me lo dijera todo. ¿Doctor?

—¿Sí?

—Hay un hombre muerto en la zona de oficinas.

El Doctor abrió la boca para hablar, pero se detuvo.

—Me lo temía —siguió a Wilf fuera de la sala de control, echando un último vistazo, y entrecerrando los ojos a algunos números de una pantalla. Un momento después, estaba dejando el cadáver de Melville en el suelo, comprobándolo.

—¿Tú debes ser la Señorita Oladini? —dijo.

La Señorita Oladini asintió.

—¿Cómo...?

—Sabía que la estaban buscando. El Profesor Melville me pidió que intentase encontrarla. Mantenerla a salvo. ¿Y algo acerca de un gato?

—¿Entonces el Profesor Melville estaba vivo?

—Oh, sí. Le estaban obligando a mover el radio telescopio para alinearlos con el Cuerpo del Caos de allí arriba.

Wilf le informó sobre los acontecimientos alrededor del mundo.

—¿Madam Delphi?, escribe columnas de astrología en los periódicos—dijo la Señorita Oladini.

El Doctor le lanzó una mirada.

—Lo siento —dijo—. Información inútil, lo sé.

—Oh no, no lo era, Señorita Oladini. En realidad es una información brillante. Nos explica mucho. Si eres un super-ser alienígena cuya poder Helix está regida por las estrellas, entonces quien mejor que un astrólogo cuyas palabras son leídas y devoradas por millones que la emplean como medium. Tenemos que encontrar a esta Madam Delphi y preguntarle de dónde obtiene su información.

—¿Por qué matarían al Profesor Melville? —preguntó la Señorita Oladini.

—La Mandrágora es bastante buena para las herramientas. ¿Toda aquella gente que viste anoche? Eran herramientas. Herramientas de las que puede deshacerse una vez que no sean de utilidad. Imagino que el pobre profesor Melville hizo lo que tenía que hacer para ellos y que simplemente se lo sacaron de encima.

Puso una mano en el hombro de la Señorita Oladini

— Una pérdida estúpida y sin sentido de un buen hombre y un amigo. Lo siento.

Ella le sonrió.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar a detenerlos?

El Doctor volvió a mirar la sala de control.

—Wilf, ¿algún rastro de alguien más aquí?

—Nadie.

—Creo que tuvieron que irse sobre las nueve de la mañana —añadió la Señorita Oladini—. No pude verlos mucho, pero

les oí hablar.

—Wilf, ¿tienes coche?

—En la puerta principal.

—Bien, dáselo a la Señorita Oladini.

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué?

—Porque está viva, señorita Oladini, e hice la promesa a un hombre de que la mantendría así. Vayase a casa. Wilf, ¿tienes móvil?

—Está muerto, nunca lo cargo.

—¿Móvil?

Wilf lo sacó del bolsillo de su chaqueta, y el Doctor lo soniqueó, después volvió corriendo a la sala de control. Un momento después, regresó y le dio el móvil a la Señorita Oladini.

—Cargado, debería de durar un par de semanas. Wilf, lo siento, tuve que borrar la tarjeta SIM. —¿La tarjeta qué?

—Si no lo sabes, no importa. Señorita Oladini, almacena-da en esta tarjeta SIM están las coordenadas en las que está posicionado actualmente el telescopio. También he hecho algunas cosas con él, significa que cuando te llame a este móvil no tienes que responder.

—¿Cómo sabré que eres tú?

—Porque es poco probable que nadie más llame a este teléfono porque saben que su tonto propietario siempre lo tiene apagado y deja la batería muerta.

Wilf carraspeó.

—Así que —continuó el Doctor— cuando te llame, no respondas, sino que en lugar de eso, presiona la tecla almoha-



dilla. Y pase lo que pase, no la aprietes accidentalmente antes de que te llame —Wilf quiso saber por qué, pero el Doctor negó con la cabeza—. Es más seguro si no preguntas. Señorita Oladini, haz todo eso y puede que seas responsable de salvar el mundo.

Posiblemente todo el universo. Wilf, las llaves.

Wilf, de mala gana, se las entregó y la Señorita Oladini se metió el móvil en uno de los bolsillos de sus muchos abrigos.

—Buena suerte, señorita Oladini. Y gracias —dijo el Doctor—. . Vamos. Echo una última triste mirada a Melville—. Era encantador —dijo simplemente—. Le conocí en 1958. Tenía una banda de jazz callejera llamada The Geeks, toqué el teclado para él. Joe Meek iba a producir el álbum. Le llamábamos “Ahab” porque su apellido era Melville. A día de hoy, no sé cual era su nombre de pila.

—Brian —dijo la Señorita Oladini—. Eso es lo que decía su expediente personal. —lanzó una triste sonrisa al Doctor y se fue.

—Brian —le dijo el Doctor al cadáver—. Adiós, Brian.

Wilf miró a la señorita Oladini.

—¿Estará bien? ¿Si esa gente sigue vigilándonos?

—Nah, se han ido. Estará bien, vive en el vecindario, podrás recoger el coche la semana que viene. Si seguimos vivos.

—Encantador.

—Siempre hay un riesgo —echó un vistazo al reloj—. Calculo que tenemos alrededor de una hora para averiguar por qué me dejaron con vida.

—¿Qué pasará después?

—La caballería.

Dara Morgan estaba en el ático del Hotel Oráculo, mirando a la autopista.

—Parecen hormigas —Caitlin estaba a su espalda.

—Qué es más bien lo que son.

Dara Morgan abrió la boca, como si fuera a hablar, pero la cerró.

—¿Estás bien? —preguntó Caitlin.

Se encogió de hombros.

—Yo... me parece recordar algo. Coches de juguete. Veo un montón de pequeños coches de metal jugando y un niño que juega con ellos. El niño parece...

—¿Familiar?

—En realidad iba a decir, feliz —Dara Morgan se apartó de la ventana—. Madam Delphi —dijo a las pantallas de ordenador montados por el escritorio alineados en una larga pared—. ¿Que tal lo llevamos?

—Es fantástico —respondió el ordenador, formas de onda brillando positivamente—. Por todo el mundo, los hijos de la Mandragora se están uniendo, protegiendo los lugares de llegada. Y MorganTech controla el ochenta y siete por ciento de las franquicias mundiales de informática —Madam Delphi rió—. Pegue eso en su pipa y fumalo, William Henry Gates III.

Caitlin empezó a leer a algunos informes de Internet.

—Hay un nuevo culto a Mandrágora en Sudamérica —rió—. ¿Hasta cuándo se remonta la Mandrágora?

Las pantallas de Madam Delphi brillaron.

—Muy lejos.

—Ooh mira, el rastro de todo un linaje en Noruega. ¿Hay algún lugar al que no hayamos llegado? —Caitlin apretó unas cuantas teclas más—. ¡Y otro en Zaire!

—¡Verdaderamente este es el amanecer de la Era de Acuario! —vitoreó Madam Delphi.

Dara Morgan estaba observando de nuevo los coches. Y en la ventana, estaba inconscientemente dibujando letras con el dedo.

Caitlin miró. Y frunció el ceño. Dara Morgan estaba dibujando una C y una F. Instantáneamente se levantó y se puso a su lado.

—¡Hey! —dijo y le hizo retroceder—. Madam Delphi tiene algo que enseñarnos. Una décima parte de la población mundial se nos unirá. Y cuando el M-TEK salga a la venta esta semana, ¡tendremos seis veces esa cantidad! Los prototipos gratuitos que repartimos ya han activado a nuestros camaradas durmientes —Dara Morgan echo una última mirada por la ventana, hacia la autopista M4 y luego a las ventas potenciales del M-TEK—. Una vez que Murakami haya arreglado las cosas en Tokio...

—¡Este mundo y todos sus habitantes pertenecerán a la Mandragora! —dijo Madame Delphi—. Oh, y acabo de subir una nueva remesa de horóscopos. ¡Qué maravilloso!

Wilf había rescatado un viejo abrigo de una habitación y lo llevó al observatorio para cubrir el cadáver de Melville.

—¿Por qué mataron al pobre hombre, Doctor?

El Doctor estaba en la pequeña sala de control, estudiando cuidadosamente las lecturas, cuidando de no tocar nada.

—Probablemente preparó todo esto para la Mandrágora

Hélix, y después ya no le necesitaban. Se necesita un porcentaje de su poder para controlar a la gente, mejor guardarlo para aquellos que lo necesitan a largo plazo.

—¿Como por ejemplo?

El Doctor se alejó de los controles y guió a Wilf de vuelta al cadáver, soniqueando la puerta tras él.

—Nadie entra ni sale hasta que yo lo diga —murmuró. Entonces sonrió a Wilf—. Desearía tener una respuesta para ti, Wilf, pero la verdad es que no tengo ni idea. Siempre hay un vínculo entre las personas que esclavizan y las personas esclavizadas. Ahora mismo, no tengo ni idea de lo qué es, o cómo Madam Delphi encaja, pero supongo que está vinculada a la Mandrágora —de repente, el Doctor se dio en la cabeza—. Oh, ¡por supuesto! ¡Ahora lo veo! Wilf, ¿qué hora es?

—Las doce y treinta y cinco.

—¿Y a qué hora llegaste aquí?

—Sobre la nueve, quería llegar porque...

El Doctor alzó una mano para hacerlo callar. Entonces, empezó una cuenta atrás.

—Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Y... ¡uno! —en ese momento la puerta exterior del observatorio se abrió, inundando la habitación con luz diurna. Allí de pie, enmarcada en ella, estaba Donna Noble.

—La caballería, como había prometido.

Wilf abrazó Donna.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí?

El Doctor estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, todo indiferente, pero tan orgulloso.

—Aww, porque es tu nieta, Wilf, y es brillante.

Donna ignoró el cumplido.

—Sé lo que ese tipo quiso decir anoche. Y era italiano.  
¡Son los italianos!

Wilf miró de uno a otro.

—¿Qué?

—Dijo algo sobre un hombre que lame delfines locos.

El Doctor asintió.

—Lo sé.

—Oh.

—Pero veamos si estamos de acuerdo, continua.

—O —sonrió Donna— ¿si estoy más en lo cierto que tú?

—Improbable, pero siempre es posible. Dispara.

—Lo que dijo fue “El hombre. Lame delfines locos”. Pero no dijo “delfines locos” dijo “Madam Delphi —Donna sonrió—. Sí, habías adivinado eso, ¿verdad?

El Doctor asintió.

—Sigo trabajando en el trozo sobre lamerla —continuó Donna.

El Doctor le sonrió.

—Hélix. Es la Mandrágora Hélix, Donna. Pero no sé por qué la parte italiana es importante. . . Oh, oh, sí, ¡por supuesto! Italia siglo XV. San Martino, ¿quizás?

—¿De que estáis hablando? —preguntó Wilf.

El Doctor le miró.

—Versión corta, Wilf. En 1492, me encontré con esta energía alienígena del Amanecer del Tiempo. La Mandrágora Hélix, siempre luchando por dominar a las especies inferiores.

—¿A quién llamas inferior? —preguntó Donna.

—A la humanidad del siglo XV, Donna. No como la humanidad del siglo XXI, oh no. Sois mucho más sofisticados —sonrió de forma que sugería que no era exactamente así como percibía las cosas, pero lo dejó pasar—. Así que, de todos modos —continuó—, accidentalmente traje un fragmento de energía Hélix a un pequeño principado italiano llamado San Martino. Lo derroté, muy inteligentemente, enterrándolo. O eso creía. Pero eso es literalmente lo que hice, la metí en la tierra, donde sobrevivió, tratando de repararse. Se metió en la tierra, en el agua y, finalmente, en la gente. Una diminuta entidad biológica adhiriéndose a los cromosomas, al ADN, a lo que sea. Transferida de generación en generación hasta que todo el conjunto de la Mandrágora se manifestó a sí misma en el otro lado del universo y se conectaron. La última vez, quería frenar el progreso humano. Esta vez, la Mandrágora se ha dado cuenta de que no hay manera de deteneros, que estaréis ahí fuera, inundando a la humanidad a través de las estrellas en poco tiempo, creando colonias, imperios, guerras y treguas, hasta el final del tiempo. Así que la Mandrágora ha dicho, “Cogeré un poco de eso, gracias”, y se enganchó a sí misma con vosotros por toda la eternidad. Un gran plan, puede manipularos a todos vosotros durante el milenio que está por venir.

—Así que en todo el mundo —dijo Donna—, diluyéndose a través de los hijos y todo eso, hay descendientes de San Martino todo el mundo. Cientos de estos ahora, probablemente la mitad de ellos sin saber siquiera que tienen sangre italiana en sus venas. Y la Mandrágora les está controlando —se volvió hacia el Doctor—. Así es como Joe Carnes sabía que eras

quien eras. Su padre es de San Martino.

—¿Cómo sabes eso?

—Joe se lo dijo —Lukas Carnes asomó la cabeza por la puerta—. Ha terminado en el baño, Donna —agregó mientras los dos chicos entraban.

—Ah, sí —Donna sonrió débilmente al Doctor—. Saluda a mi equipo de ayudantes.

El Doctor estaba muy contento de verlos.

—Así es como nos encontraste, ¿verdad? Pensé que era poco probable que hubieras memorizado la ruta en taxi de anoche.

—Joe es como un perro guía —dijo Donna.

El Doctor puso una mano en el hombro de Wilf.

—Hemos terminado aquí. Vamos a casa. Pasando por Greenwich.

—¿Greenwich? —Wilf frunció el ceño—. ¡Oh no! No, Doctor, no involucrarás a Netty. ¡Por favor!

—Realmente creo que ella puede ayudar, Wilf. Lo siento.

—¿Quién es ese? —Lukas estaba señalando el cuerpo cubierto con el abrigo en la esquina.

El Doctor suspiro.

—Un buen amigo mío, Lukas. Murió —y lanzó una mirada a Wilf—. Pero es el último amigo que muere a manos de la Mandrágora Helix, lo prometo.

Donna lo creyó, recordando su promesa de la furgoneta que le hizo a Lukas por Joe Esperaba que el Doctor no les decepcionara. Mientras pasaba frente a él, le guiñó un ojo y sonrió.

¿En qué estaba pensando? Era el Doctor. Por supuesto que todo estaría bien. ¿Cómo podría no estarlo? El viaje de regreso a Londres transcurrió sin incidentes, al menos. Wilf se sentó en el asiento de delante junto a Donna, haciendo una mueca ocasional cuando casi arranca los espejos retrovisores de los coches aparcados. El Doctor y los dos chicos se sentaron en la parte de atrás una vez que se habían movido mantas, una botella de agua y una caja de herramientas.

El Doctor había encontrado un libro de bolsillo debajo de un asiento llamado “Una oscura y tormentosa noche”, sobre reyes ricos, piratas, criadas asustadas, pastores de fuertes rebaños y una chica joven encontrada en la nieve. El Doctor simpatizaba con el héroe de la historia, un joven interino de hospital que trataba de juntar a los elementos dispares todos juntos. Después de un rato, se había dado por vencido y se lo tiró a los chicos. Lukas ansiosamente había comenzado a leerlo, manteniendo al mismo tiempo, un ojo protector sobre Joe mientras el Doctor le preguntaba por su padre perdido hacia mucho tiempo. No consiguió respuestas útiles. De hecho Joe no podía recordar haber ido a la tienda de electrónica el viernes por la tarde, si no hubiera sido por la prototipo de M-TEK gratuito, nunca habría sabido que fue allí.

—Tiene días como este —murmuró Lukas.

—Entonces, ¿qué es un M-TEK cuando está en casa?

Lukas volvió al libro, mientras que Joe le enseñaba al Doctor el pequeño aparato portátil.

—Es como un reproductor MP3 que también reproduce películas —dijo Joe—. Se conecta a la red, es un teléfono móvil y tiene una memoria de 160 gigas, para que puedas grabar



cosas en él. Utiliza Windows y OSX 6 realmente rápido.

El Doctor asintió, impresionado.

—Las grandes cosas vienen en envoltorios pequeños —dijo, y rápidamente sacó su destornillador sónico y analizó el M-TEK con él.

Reconociendo el ruido, Donna gritó.

—Espero que le compres uno de repuesto.

Pero el Doctor tenía el ceño fruncido. El destornillador sónico no había hecho absolutamente nada. Ni siquiera mezclar la música almacenada.

—Eso es. . .

—¿Raro? —ofreció Donna.

—Más que raro —coincidió. Se inclinó a la parte trasera de la furgoneta, encontró la caja de herramientas, sacó un pesado martillo y lo descargó sobre el M-TEK. El golpe del martillo, el grito de furia de Joe y la maldición muy alta de Lukas casi hizo que Donna se subiera al bordillo mientras giraban hacia el túnel Blackwall.

—¿Y bien? —preguntó Wilf.

El Doctor levantó el M-TEK.

—Ni siquiera un arañazo, ni una muesca, nada. Eso es buena tecnología. Tecnología alienígena, pero buena tecnología. Y también es imposible —sonrió a los asustados chicos—. Oh, me gusta un poco de imposible.

—¿Alguien ha notado otra cosa extraña? —preguntó Donna.

—¿Todavía seguimos vivos después de conducir por una hora? —sugirió Wilf.

—No hay tráfico —sugirió Lukas.

El Doctor levantó la vista.

—¿Es eso cierto?

Donna asintió.

—Hay un montón de coches aparcados. De hecho he visto sólo otros tres coches en movimiento desde que hemos dejado Copperknickers.

—Uno de ellos no dejaba de seguirnos, creía que estaba persiguiéndonos.

—Probablemente lo hacía —dijo Wilf—. Le has dejado atrás.

—Pero creo que también intentaba echarnos —Donna ignoró su abuelo—. Porque esto es de locos. ¿Dónde está todo el mundo?

—¿Es domingo? —sugirió el Doctor.

—Es el sudeste de Londres —contrató Donna—, y no estamos en el siglo X. Debería haber cientos de coches.

—Me gusta bastante —dijo Wilf—. Todo tranquilo. Toma la próxima salida, cariño, Netty vive justo en la carretera principal.

Se detuvieron frente a la casa de Netty en silencio. Wilf se bajó y tocó el timbre, pero no había nadie. Llamó a través del agujero del correo y, después de un segundo o dos, la puerta se abrió y fue arrastrado dentro, quedando fuera de la vista. Donna, en la parte delantera de la furgoneta, miró al Doctor.

—¿Has visto eso?

—Era Netty —dijo el Doctor.

—¿Cómo lo sabes?

—Los alienígenas nunca llevarían sombreros como ese.

La puerta se abrió de nuevo y Wilf salió, seguido de Netty con un sombrero de fieltro verde con una pluma de pavo real, todo muy años 50.

—¿Has visto las noticias, Doctor? —preguntó Netty, subiendo a la furgoneta y sentándose junto a Wilf.

Respondió que no.

—Entonces lo mejor que podemos hacer es conducir por el centro de Londres.

Intrigada, Donna arrancó la furgoneta y se fueron. A través de Greenwich, pasado el reconstruido Cutty Sark y todos los mercados y tiendas. A través del New Cross, por debajo de la antigua carretera de Kent, alrededor del Elephant & Castle y por sobre el puente Blackfriars.

—Ni un alma —dijo Wilf—. Nadie.

—La BBC decía a todos que no salieran de casa. Fairchild ha declarado el estado de emergencia.

—¿Fairchild? —preguntó el Doctor.

—El Primer Ministro —dijo Lukas con un suspiro—. ¿No sabes nada?

—Conozco a muchos primeros ministros —dijo el Doctor—. Pero en este siglo van y vienen cada año, creo. Claramente esté no dejará huella en la historia.

Donna frenó la furgoneta de golpe y dijo en voz muy baja:

—Oh.

Los que estaban en la parte trasera de la furgoneta se inclinaron hacia adelante:

—Oh, efectivamente, —dijo el Doctor.

Porque no podían ir más allá. Estaban en el Embankment, justo debajo de la estación de Charing Cross. Había posible-

mente un millón de otras personas. De pie. Quietas. Con los brazos levantados hacia el cielo. Y todos cantando en voz baja.

—Helix. Helix. Helix.

—Eso no es bueno —dijo Donna.

El Doctor le pasó el M-TEK de Joe.

—Llama a tu madre, por favor.

—¿Por qué?

—Hazle saber que estamos a salvo y que la veremos mañana.

—¿Prioridades? —preguntó Donna.

—Mantener de buen humor a tu madre es una prioridad, Donna. Para los dos. Va a estar preocupada —se volvió hacia los chicos Carnes—. Después llamaremos a vuestra madre, debe estar muy preocupada.

—No lo estará —dijo Joe en voz baja—. Será una de este montón.

Wilf estaba a punto de preguntar por qué, pero el Doctor negó con la cabeza.

—Ahora, Joe, justo porque es tu madre, no está en peligro. Ninguna de estas personas lo están, al parecer.

—Ella le dio a luz a él. Quizás también tiene este gen Helix, ¿verdad? —dijo Lukas—. Gracias a Dios que soy el mayor.

Joe miró fuera de la furgoneta.

—¿Qué haremos para rescatarla, Doctor?

El Doctor sonrió.

—Ese es el espíritu, muchachos, recordad que podemos salvarla. Podemos salvar a todas estas personas.

Donna pasó el M-TEK hacia atrás.

—Dice que Chiswick está vacío. Le he dicho que se quede en casa, beba té y mantenga encendido el televisor. Le he dicho que haga lo que diga la BBC, salvo que implique abandonar la casa y dejar de beber té. No le ha visto la gracia.

—No me sorprende —dijo Wilf—. Bueno, Doctor, ¿qué hacemos?

El Doctor estaba mirando el M-TEK.

—Ellos te dieron eso, ¿verdad, Joe? ¿Han dado muchos gratis?

Joe asintió.

—En el foro dijeron que estaban regalando un millón antes del lanzamiento de mañana. —Apuesto a que el público objetivo también era de una genealogía muy específica. ¿Así que esta cosa se venderá a nivel nacional mañana?

—A nivel mundial —añadió Netty—. Yo conseguiré uno. Me gustan este tipo de cosas. Iba a esperar un mes o así, para ver si el canal de la teletienda los vendía más baratos.

—Oh, me gusta eso —dijo Donna—. Bueno, me gustaba. Cuando tenía tiempo. Aquel Anis Ahmed hacía cosas por mí...

Netty se rió.

—Tan sexy...

Wilf tosió.

—De todos modos, volviendo al tema que nos ocupa. Doctor, no podemos aparcar aquí.

El Doctor seguía jugando con el M-TEK.

—Nada está tan bien protegido... Si pudiera reescribir una parte del software... —el destornillador sónico hizo un

par de brillos azules de tonos diferentes, después el M-TEK hizo un ruidito, y el Doctor lanzó un grito de alegría. Después se detuvo—. Parece que he accedido a un web de horóscopos. Ah, nuestra vieja amiga Madam Delphi.

—Ella trabaja para la gente que fabricó el M-TEK —dijo Lukas—. Escribe las cosas estas de los horóscopos para algunos de sus periódicos.

El Doctor se quedó mirando a los jóvenes.

—¿Qué?

—MorganTech. Hacen de todo hoy en día. Tienen canales de televisión, diarios, trabajos, etc —Lukas se encogió de hombros—. Piensa en una mezcla entre Bill Gates, Rupert Murdoch y Richard Branson y tendrás a Dara Morgan.

—¿Y quién es él cuando está en casa? —preguntó el Doctor.

—Dirige MorganTech. Hicimos un trabajo sobre él en la escuela, pero no hay mucho sobre él. No le gustan las biografías no autorizadas.

El Doctor miró al grupo de la furgoneta.

—Dejadme a ver si he entendido eso. Tenemos rayos de luz golpeando el suelo, gente hipnotizada cantando a las estrellas gracias a una astróloga de un periódico que les dice que están cambiando el mundo, nuevos aparatos distribuidos gratuitamente a personas que son de ascendencia italiana y ¿nadie piensa que todo está conectado?

El resto se miraron unos a otros. Donna habló finalmente.

—No puedes esperar que tengamos estos saltos de lógica que haces tú, ya lo sabes.

—No son saltos de lógica, son claramente caminos defini-

dos de evidencias y... oh, no importa. ¿Dónde puedo encontrar este MorganTech?

—Cerca de donde vivimos —dijo Lukas—. En Brentford.

—Oh, es verdad —dijo Wilf—. Tienen un gran complejo de oficinas y un hotel en la Milla de Oro. —¿Y el hombre al cargo se llama Dara Morgan?

—Sí.

—Por supuesto que sí —el Doctor murmuró—. Claro que sí. Lukas, quiero que intentes recordar todo lo que puedas acerca de él, ¿de acuerdo? —el Doctor dejó el M-TEK sobre el piso, en el suelo y Joe fue a recogerlo—. Deja eso, Joe, es peligroso —apuntó con el destornillador sónico a la parte trasera de la furgoneta y las puertas se abrieron—. Venga. Va, no podremos pasar por este montón y necesitamos encontrar un nuevo transporte.

—Doctor —protestó Wilf—. Netty...

—Ey —dijo Netty—. Puedo andar igual que tú puedes, Wilfred Mott —le agarró del brazo—. Podemos ayudarnos el uno al otro.

Él le sonrió. Y Donna iba a hacer lo mismo, hasta que vio la mirada en el rostro del Doctor.

Era la misma que tuvo la cena la noche anterior. Estaba mirando a Netty... de una forma extraña. Donna atrajo a los chicos más cerca de ella.

—Quedaos conmigo —les dijo—, y ayudaremos al Doctor a acabar con todo esto.

—Donna —dijo de repente el Doctor y de una forma en la que la Donna estaba acostumbrada. Era una voz de advertencia. Entre ellos y la multitud cantante había un grupo de

personas. Personas que Donna reconoció de la noche anterior, en el Observatorio Copernico.

—Eso no es bueno, ¿verdad?

—No es bueno.

—¿Cómo has reprogramado el M-TEK? —preguntó el hombre menudo al frente del grupo. Donna también se acordó de él. Los había guiado, y se dio cuenta de que su acento era, por supuesto, italiano.

—Talento —dijo el Doctor.

—Eso no forma parte del plan —dijo el hombrecillo—. No podemos permitir un eslabón débil en la cadena.

—Oh, lo siento —dijo el Doctor, indicando con la mano al resto de su grupo que se apartasen ligeramente por detrás de él, dejando a sí mismo entre el grupo poderoso de la Mandrágora y la furgoneta—. Lo he dejado atrás. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Lo dejarás —dijo el italiano, mientras pasaba empujando al Doctor y subía a la furgoneta.

El Doctor sonrió al resto del grupo. Una pareja de ancianos a un lado, cuatro jóvenes al final y un hombre forzudo a la izquierda.

—Me pregunto cuántos de vosotros sois descendientes reales de San Martino, y cuántos son sólo sus... ¿esclavos? ¿Ayudantes? ¿Participantes involuntarios en el asesinato de profesores en los observatorios? Si podéis combatir a la Mandrágora, quizá podamos... El Doctor dio un golpe fuerte en el asfalto mientras la furgoneta azul explotaba en llamas y escombros.

Donna y los chicos ya estaban corriendo, con Wilf y Netty,



tambaleándose tras ellos. Bien.

Echó un vistazo a la pira funeraria del hombrecillo italiano que había sido una vez una furgoneta.

—Esa es una forma de eliminar a los débiles M-TEK, supongo —dijo—. Sin embargo, un poco exagerado si me preguntáis.

Y cuando se levantó, se vio rodeado por el grupo. El hombre forzudo parecía ser su nuevo líder y cuando habló, el Doctor reconoció un fuerte acento griego.

—Madam Delphi quiere verte.

—Bueno, está bien, pero quiero comprobar que mis amigos están bien.

—También vienen con nosotros.

—Oh, no estoy seguro de estar de acuerdo con esa parte del trato.

—O te matamos ahora mismo —añadió el griego.

En ese momento Wilf, Netty, Donna y los chicos salieron de su escondite y rápidamente fueron rodeados. El Doctor suspiró.

—Creo que probablemente era un farol —le dijo a Wilf—. Me quieren vivo, ¿recuerdas? —Estamos en esto juntos —dijo Wilf—. Cuando estaba en los paracas, nunca dejamos a nadie atrás.

El Doctor asintió.

—Bueno, ahora que estamos todos aquí. ¿Debemos contratar un autocar?

—Caminaremos —dijo uno de los ancianos, una mujer americana.

—Es un largo camino —dijo Donna.

Uno de los hombres más jóvenes se encogió de hombros.

—Así nos mantendremos en forma.

Y empezaron a caminar a través de Londres. Dondequiera que iban, pequeños grupos de personas estaban juntos, cantando a los cielos. Otros se podían ver escondidos, asustados, ocasionalmente asaltando tiendas, probablemente asumiendo que esto no terminaría pronto, y que la comida se volvería escasa.

—Es igual que en el bombardeo —dijo Netty en un momento dado, mientras caminaban por Leicester Square.

—Sin las bombas y los edificios derrumbados —dijo el Doctor—. Gracias a Dios.

El Doctor permitió que su grupo se separara ligeramente, notó Donna. Estaba en la retaguardia con los chicos y Wilf se estaba cansando, y sólo iba unos pasos por delante. Trás ella, el hombre griego y los ancianos estadounidenses. Por delante del Doctor, los cuatro más jóvenes.

El Doctor estaba con Netty, cambiándose el lugar con Wilf, con su brazo unido con el de ella.

Donna no podía oír lo que estaba diciendo, pero podría decir con la urgencia con la que él daba a sus gestos y la falta de respuestas de la mujer más que un asentimiento de cabeza ligero, que no discutían mucho sobre la arquitectura de Londres.

Casi le preguntó a su abuelo de que creía que estaban hablando, pero no lo hizo. Porque si salía mal, si todo salía mal, no quería que él culpase al Doctor de todo. Donna se dio cuenta de que aquella era la primera vez que se había encontrado a sí misma cuestionando las acciones del Doctor durante mu-

cho tiempo. Y no le gustaba. Pasaron un par de horas. Les habían permitido pararse ocasionalmente, los jóvenes buscando comida (a veces utilizaban los poderes de la Mandrágora para tirar puertas abajo y llevarse cosas). En un momento determinado, el Doctor y Netty se habían sentado juntos en un restaurante de comida rápida abandonado, mientras los chicos comían patatas fritas frías y magdalenas. Netty había encontrado algo de papel en una mesa y escribía algo, y el Doctor asentía con la cabeza.

Wilf preguntó a Donna si tenía sentido probar los hornos microondas y cuando volvió a mirar hacia atrás Netty estaba sola, y el Doctor estaba intentando hablar con el hombre griego.

No había tiempo para cocinar hamburguesas en el microondas, pues les dijeron que comenzaran a caminar de nuevo, a pesar de las protestas del Doctor. Los chicos se cansaron pronto de nuevo. Netty y Wilf estaban realmente muy cansados. Donna estaba completamente agotada, pero el Doctor... simplemente continuó hacia adelante. Tenía a Lukas y Joe ante él en ese momento, intentando distraerlos explicándoles la historia de la carretera Cromwell y los diferentes edificios que había mientras pasaban. La pareja estadounidense de ancianos por lógica deberían haber estado muertos de cansancio, pero no, siempre estaban allí, uno u otro, a veces ambos, con sus armas apuntando hacia delante, dispuestos a usar su poder de Mandragora como había visto en el Observatorio Copérnico la noche anterior.

Era de noche cuando llegaron a Hammersmith y Donna calculó que tardarían una hora o más en llegar a Brentford.

Posiblemente más, ya que Netty y Wilf se paraban más y más a menudo.

—Mi abuelo es muy mayor —dijo en un momento dado al hombre griego, provocando un indignado y agotado, “Ey, estoy bien” de Wilf.

El hombre griego se encogió de hombros y dijo que a Madam Delphi no se la hacía esperar.

No era una noche fría, pero tampoco era pleno verano y cuando comenzaron a caminar por la carretera Great West sin gente, ni coches, era casi medianoche. Donna estaba con el Doctor. Wilf y Netty estaban con los chicos Carnes. Wilf intentaba animar a sus espíritus decaídos con historias de sus aventuras en el regimiento de paracaidistas, como hacía por Donna cuando tenía su edad, en los largos viajes en coche más que por las dolorosas caminatas a través de ciudades espeluznantes.

—¿Por qué no dejas que esta gente se vaya a casa? —sugirió el Doctor, deteniéndose repentinamente—. Madam Delphi sólo me quiere a mí, estoy seguro. Mira, estamos en Chiswick. Deja que Donna se lleve a Wilf y a Netty a casa Y deja que los niños se vayan también. ¡Por favor!

El griego no le hizo caso y siguió su camino.

—No es que el abuelo o yo te queramos dejar ni un momento —le susurró Donna mientras corría a alcanzar al Doctor—, pero ¿por qué crees que nos quieren a todos?

El Doctor la miró a los ojos.

—Un seguro —dijo simplemente—. Amenazar con hacerme daño no sirve. De todos modos, me necesitan con vida por alguna razón. Amenazar con matarte, es una ventaja. Lo

siento. —No lo sientas —dijo Wilf—. Hemos escogido involucrarnos en todo esto. Estoy orgulloso de estar a tu lado, Doctor. Al igual que mis niños soldados aquí.

Los chicos Carnes asintieron, Lukas con un poco más entusiasmo que Joe, era preciso decir.

El Doctor miró a Netty. Empezaba a pasear erráticamente, vagando hacia la reserva central de arbustos.

—Es el agotamiento —dijo el Doctor con tristeza mientras Wilf se dirigía a guiarla de nuevo al grupo—. Su mente se va de nuevo como la última noche.

—¿Entonces por qué la has traído? —Donna lo dijo un poco más agresivamente de lo que había previsto.

—No esperaba caminar —dijo el Doctor—. Lo siento.

Donna se dejó caer hacia atrás un par de pasos. Algo en el plan del Doctor había salido mal, y estaba realmente preocupado. Eso no era una buena señal.

De repente una serie de luces los iluminaron y, como si fueran uno, el grupo del Doctor se tapó los ojos. Un pequeño minibús frenó delante de él.

—Ey —gritó Donna—. ¡Tienes que ayudarnos!

El Doctor fue a detener a Donna, pero no importó. La puerta del minibús se abrió y una mujer les llamó.

—Hop, adentro gente —dijo con un alegre acento irlandés—. Madam Delphi está esperando. Uno por uno, se subieron.

—¿No podría haber llegado tres horas antes? —gruñó Wilf mientras ayudaba a una confusa Netty a subir los peldaños del vehículo. La mujer se echó a reír.

—Soy Caitlin y en nombre de MorganTech les pido disculpas por las molestias. Pero eso no es nada en comparación

a lo que viene. Y no, Madam Delphi cree que los prisioneros exhaustos son mucho más maleables que los sanos y capaces. La única razón por la que estoy aquí es porque es casi medianoche. Y se nos acaba el tiempo. ¡Agarraos fuerte!

Caitlin hizo un giro en U y recorrió rugiendo la A4, hacia la zona de negocios de Brentford, conocida como la Milla de Oro.

—Ya hemos llegado —dijo Caitlin, yendo más despacio.

Frente a ella Donna vio el hotel Oráculo brillante entre la oscuridad, con las luces encendidas en todas las ventanas.

—Ja —El Doctor se echó a reír—. Vamos a ver a Delphi en el Oráculo. Muy ingenioso. Oh no. —Es medianoche —anunció Caitlin mientras abría las puertas del minibús—. Ya es lunes. El universo nunca volverá a ser el mismo.

Y sonrió.

Y Donna se estremeció.

# Lunes

El Doctor, Donna, Wilf y sus amigos fueron conducidos hasta la suite del ático por Caitlin, quien mantuvo la mano apoyada en la culata de un revólver que llevaba escondido en la cintura de los pantalones. Mientras la mujer irlandesa abría las puertas del ático, el Doctor entró y miró a su alrededor. Comenzó a aplaudir lentamente cuando vio lo que había dentro.

—Madam Delphi, supongo, —dijo—. Por supuesto. No eres una persona real, ¿verdad? ¡Eres un ordenador! Bueno, más que un ordenador, diría una inteligencia artificial, que alberga un antiguo mal que nunca debió haberse liberado de su dimensión. ¿Cómo estás, Mandragora? Han pasado siglos.

—Esta... forma es, oh, mucho más capaz que un carnoso cuerpo humano, Doctor —dijo Madam Delphi—. Como Señor del Tiempo, como alguien que puede aguantar mucho más que un trauma espacio-temporal, tu cuerpo es lo que el Doctor manda, y disculpa el terrible juego de palabras.

El Doctor no dijo nada.

—Ya has oído eso antes, ¿verdad? —preguntó Madam Delphi—.

hi.

El Doctor y Donna estaban ahora de pie delante de su grupo exhausto, Wilf, Netty, Lukas y Joe merodeaban a unos cuantos pasos detrás. Frente a ellos, en un círculo protector alrededor del ordenador Madam Delphi, estaban Dara Morgan, Caitlin y los conversos de la Mandragora que habían caminado hasta allí.

—Oh, hola —dijo el Doctor, como si se dirigiera a una reunión del Instituto de la Mujer—. Esto parece bastante impresionante. Bonita sala. Bonito hotel. Bonito gesto —señaló hacia la vieja señora americana que había levantado el brazo en una ahora reconocible posición Mandragoriana para disparar un rayo letal de energía Helix—. Aunque algo poco amistoso. —Pido disculpas. No te puedes fiar del personal —la voz femenina del ordenador resonó por los altavoces repartidos por toda la habitación—. Bienvenidos a mi hotel. ¿Os puedo recomendar el gimnasio? Tengo entendido que tenemos una gran piscina.

—¿Cómo es el bar? —preguntó Donna—. Quiero decir, no hay un hotel de cinco estrellas que se precie sin un buen bar, ¿verdad?

—Ah, Donna Noble, bienvenida tú también. Creo que encontrarás que tenemos cuatro bares, tres restaurantes, un restaurante a la carta y servicio de habitaciones las 24 horas del día, 7 días a la semana —después Madam Delphi se echó a reír—. Debo decir, sin embargo, que aspiramos a un reconocimiento más grande que sólo cinco estrellas.

El Doctor asintió.

—Bueno, supongo que estás buscando las cinco millones



de estrellas. ¿Qué piensas, Donna? —Deberán tener un buen servicio para conseguir las cinco millones de estrellas, Doctor. ¿Recuerdas aquel hotel en Cassius? Aquel sí que era un hotel de cinco estrellas como Dios manda.

—¡Oh, sí! —El Doctor le sonrió—. Y entendían cómo debía ser una buena relación con el cliente. ¿Recuerdas cuando tuvimos un pequeño problema con el lagarto?

—¿Crees que tienes problemas de lagartos en Brentford, Madam Delphi? —preguntó Donna—. Porque si hay problemas de lagartos que hay que resolver, no creo que sea un hotel tan bueno. —El Oráculo es... —comenzó Dara Morgan, pero Madam Delphi le hizo callar.

—El Doctor y su dulce amiga están intentando ganar tiempo, Dara. Tratando de averiguar cómo detenernos, cómo salir del Oráculo con vida, la manera de “ayudar” a su precioso planeta Tierra —Madam Delphi hizo una pausa y después continuó, más dulcemente y por lo tanto un poco más amenazador—. Pero realmente no vas a detenernos, Doctor. No ofrezco ninguna garantía de que la gente salga con vida. Y, bajo mi punto de vista, ayudar a la Tierra es precisamente lo que estamos haciendo.

El Doctor se dirigió hacia el grupo y se separaron, casi con reverencia, así que ahora estaba mirando directamente a las pantallas del ordenador.

—La última vez que tuvimos una charla, te envié a la oscuridad, lamiéndote las heridas. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto —las suaves ondas de la Madam Delphi pulsaron ferozmente—. He esperado mucho tiempo para tener la oportunidad de llegar hasta ti personalmente. Para hacértelo

pagar. —Oh, no, ¿el viejo truco de vengarse del pobre Señor del Tiempo, Mandragora? Quiero decir, eres mejor que eso. Venga va, danos una razón mejor.

Madam Delphi se rió.

—No es la primera vez desde 1492 que la Mandragora Helix ha estado en la Tierra, ¿sabes? —Sí, eso lo sé. La Montaña Sagrada de Xi'an, si mal no recuerdo. Después estaban los Huérfanos del Futuro, todos con aquellas capuchas blancas y carmesí. Oh, y lo del club nocturno Mandrake, ahora eso estaba bastante bien, tengo que admitirlo. Pero cada vez ha sido sólo un fragmento de la energía Helix, ¿no es así?, una pequeña chispa para tantear el terreno. Esta vez tenemos toda la hoguera. Así que, ¿por qué ahora? ¿Por qué enviarme pequeños mensajes por el papel Psíquico para involucrarme, para atraerme aquí?... ahhh... Sí, querías que estuviera aquí. En este día exacto y a esta hora exacta. ¿Por qué?

—Las estrellas están alineadas —dijo Dara Morgan.

—Estoy hablando con Madam Delphi, gracias, no con el personal contratado.

—¿Como te atreves...? —comenzó Dara Morgan.

—¡Oh, cierra el pico! —espetó el Doctor—. Quiero decir, ¿quién eres tú, de todas formas? —Soy Dara Morgan. Fundé MorganTech. Cree el M-TEK, diseñé... .

—Oh, por favor, no hiciste nada que la Mandragora Helix no te dijese que hicieras. No, ¿quién eres realmente? ¿A quién cogió, deformó, manipuló y destruyó por completo la Helix antes de que te reinventara como Dara Morgan?

—¿Qué?

—¿Lukas? —ladró el Doctor—. Es mi asistente de inves-

tigación —explicó en voz baja a Madam Delphi—. Donna estaba ocupada. Asuntos de familia.

Donna frunció el ceño. No era porque estuviera consiguiendo que Lukas Carnes hiciera su investigación, pero, ¿por qué había dicho “asuntos de familia”? Lanzó una mirada a Wilf pero éste se encogió de hombros. Luego se la lanzó a Netty, mirando fijamente a la distancia entre ellos. Cuando Donna miró de nuevo al Doctor, reconoció una mirada en sus ojos. Una mirada que, si se le hubiera dado voz, habría sido alguna variación de “Lo siento. Lo siento muchísimo”. —No —murmuró—. ¡No te atrevas!

Pero la atención del Doctor volvía a estar en Dara Morgan.

—En todo el mundo, Dara Morgan, miles de millones de personas serán víctimas de esta consciencia alienígena a la que has dado acceso al mundo. Y eso va a suceder hoy.

—Lo sé —sonrió Dara Morgan—. ¡Qué brillante es eso!

—Bueno, brillante desde el punto de vista de tu M-TEK, siendo una maravilla tecnológica, aumentada por un alienígena que sabe y distribuida bastante magníficamente por personas que, imagino, no tienen ni idea de lo que eso haría con ellos.

—Ni idea.

—Hay mucha sangre en tus manos, Dara Morgan. Si fuera policía, haría que te arrestasen, pero, como ahora explicaré Lukas, eso no es posible.

—Dara Morgan saltó a la palestra hace ocho años, haciendo sus primeras afirmaciones sobre MorganTech en un especial informativo, transmitido en vivo el 31 de diciembre de 1999. Justo al final del milenio. Antes de eso, no hay rastro de

tal persona. MorganTech fue registrada como una Sociedad Limitada a las 17:29 de ese mismo día.

—Entonces, ¿quién eras antes de que la Mandragora se apoderase de ti? ¿Antes de volver a reinventarse como un ser humano, convirtiéndose en el anagrama Dara Morgan?

—Oh, ahora lo entiendo —dijo Wilf—. Eso es muy inteligente.

—Sí, gracias, abuelo —silbó Donna—. Pero deja que el Doctor se centre.

Antes de que nadie pudiera detenerlo, el Doctor puso las manos a cada lado de la cabeza de Dara Morgan con los dedos presionando contra las sienes y susurró:

—Abre las puertas cerradas y déjalo salir.

Los acólitos reunidos dieron un paso adelante hacia el Doctor, y Madam Delphi pulsó amenazadoramente.

—Detenedlo —dijo.

Por el ojo de su mente, el Doctor pudo ver una imagen. Una noche oscura, fría y húmeda. Caminaba por una calle con unos setos altos a ambos lados, la lluvia le caía por el cuello. Se estremeció. Estaba enfadado... No, enfadado no. Dolido. Desconcertado. Ella había dicho que no. ¿No a qué? ¿Quién era? En su mano llevaba una caja suave y aterciopelada. Y dentro de ella, sí, se lo podía imaginar. Una banda de plata y un diamante plano. Todo lo que había sido capaz de pagar. Y ella había dicho que no. Había dicho que necesitaba irse lejos de Derry, que quería ir a Sydney. O a San Diego. O a cualquier otro lugar cerca de él. ¿Cómo es que se había llevado tan mal? ¿Cómo es que no lo había visto venir? ¿Cómo era posible amar a alguien tanto, que cada vez que entraba en la

habitación, cada vez que hablaba, sonreía o se reía, su corazón daba un bote? Que sólo el hecho de saber que ella estaba en la cocina, en el baño, en el pasillo era suficiente para enviar esos fantásticos, increíbles y maravillosos pensamientos circulando a través de él. Aunque cuando lo hizo, cuando le dijo que la amaba, ella le dijo que quería alejarse. No un “Yo también te quiero, pero ...”. No un “gracias, pero lo siento”. Sólo un “Oh dios mío, ¿lo dices en serio? No, me voy de Irlanda lo antes posible. ¡No quiero estar atada a nada aquí!”. Era como si alguien le hubiera arrancado todo lo que importaba y lo hubiera pisoteado.

No eres la primera persona que se ha enamorado y ha sido rechazada, se dijo a sí mismo de manera racional. Pero no quería ser racional. ¿Qué había de racional en estar enamorado? ¿Qué había de racional el ofrecerte a ti mismo a alguien sólo para ser destruido? Y allí estaba, perdido y solo. Todo el mundo le había dicho que no estaba interesada. Todo el mundo intentaba decirle que estaba perdiendo el tiempo. Pero cuando estás enamorado, te agarras a cualquier cosa, crees que un día te levantarás y te dirán “¿Sabes qué? Me equivocaba y tú tenías razón, tú eres la persona indicada para mí”. Pero eso no había sucedido. Nunca sucedió.

En lugar de ello, había visto el relámpago recorrer el cielo de la noche mientras recorría la carretera, con las lágrimas mezclándose con la lluvia, pensando en que todo lo que quería hacer era estar en casa en ese momento. Casa. A diez minutos andando, como máximo.

Más relámpagos. Azul, blanco y púrpura. ... ¿Púrpura? Golpeó el suelo justo delante de él, haciéndolo caer hacia

atrás. Recordaba ver la pequeña caja con el anillo desvaneciéndose en una repentina conflagración, literal y metafóricamente dibujando una línea bajo aquella parte de su vida. Se sintió como si también estuviera en llamas. Todo lo que podía ver era una luz púrpura, rodeándolo en ese momento, destrozando las aceras, destrozando la carretera, la oscuridad y la lluvia. Y entonces oyó la voz. A su alrededor. Dentro de su cabeza. Viniendo del cielo y de su corazón al mismo tiempo.

—Es tu momento. Callum Fitzhaugh ya no es relevante. Ahora formas parte de una causa mayor.

La voz se quedó con él mucho tiempo después de que el fuego púrpura se hubiese ido, durante días y semanas mientras él voluntariamente se entregaba a un nuevo propósito. A la mañana siguiente tocó el teclado de un cajero automático y de él brotaron 200 libras. Ocho cajeros automáticos más esa mañana. Después más en diferentes ciudades. Después abrió una cuenta. Manipuló el banco on-line, movimientos que no se podían rastrear porque introducía cifras en los ordenadores que borraban los rastros de sus acciones. En tres semanas ya era multimillonario. Poseía edificios por todo el mundo. Era dueño de compañías que después cerraba o hacía emerger y, en un mes, MorganTech había surgido gracias a la manipuladora influencia de la voz dentro de su mente que le decía qué hacer y cómo hacerlo. Después elaboró el sistema informático que cambiaría su destino. De alguna manera la voz le guió mientras construía a Madam Delphi, oía la voz en su cabeza transferirse al hardware, de alguna manera, creando vida artificial en una escala desconocida hasta ahora.

—Te necesito —la voz se había calmado—. Ahora y para

siempre. Necesito una interfaz humana, una conexión con el mundo de la carne y la sangre. Un avatar en el mundo real. Así había sido creado Dara Morgan.

Recordaba venir de una rica familia de banqueros y comerciantes de inversión. Sus padres murieron en un accidente de un avión privado, y MorganTech habían pasado a él cuando tenía sólo 21 años. Recordó más falsos recuerdos, eventos, personas, calificaciones y fiestas. Ninguno de ellos era real, pero cada vez que se imaginaba parte de su historia ficticia, se volvía realidad. La voz le mostró cómo una sociedad que confiaba en los ordenadores, que ya no usaba papel y tinta para mantener registros, podía ser fácilmente manipulada en aceptar que la historia, las mentiras, la invención que contabas a través del teclado eran ciertas. Recordó la voz que le decía cómo desarrollar el M-TEK en pocos años, así que el mercado podría confiar en él. Confiaría en MorganTech. Aquel era una jugada larga. Y recordaba haberla visto en una calle de Dubai una tarde.

Estaba con un par de hombres, inspeccionando un fajo de documentos en un café de carretera.

Había escuchado mientras los hombres explicaban que necesitaban pensar sobre el trato que fuera que estuvieran hablando y se fueron. Y entonces fue a sentarse a su lado. Ella levantó la mirada, al principio intrigada, después sorprendida y después asustada. Al poco tiempo encontró la voz.

—¿Cal?

—Ahora no —dijo—. Soy Dara Morgan.

Ella se rió, una magnífica risa hermosa y suave, que le trajo todo ese amor que había sentido años atrás. Pero la voz en

su cabeza siseó: “No. Recuerda el anillo. Recuerda las lágrimas y el dolor. No te rindas ahora, Dara Morgan”.

—Te pareces a él, a Cal —dijo ella—. ¿Qué te trae a Dubai?

—La Mandragora se tragará el cielo —dijo—. Te lo voy a enseñar, Cait.

Le cogió la mano, y sus ojos brillaron con la energía púrpura de la Mandragora. Después ella había abierto las carpetas de las que había estado hablando con los hombres de negocios momentos antes.

—Firme aquí por favor, Señor Morgan.

Y lo hizo, porque la voz se lo dijo. En una hora, Morgan-Tech era dueña de una cadena de hoteles de cinco estrellas en todo el mundo, y Caitlin se había convertido en su primer convertido.

Con un resoplido, el Doctor se alejó de Dara Morgan, quien de inmediato se desplomó en el suelo. Todo había durado menos de un segundo en tiempo real, pero, para el Doctor, le había parecido eterno. Se apartó de Dara Morgan mientras el resto del grupo influenciado por la Mandrágora se acercaba, con los brazos levantados, listos para disparar el rayo mortal.

—No —las ondas sinuosas de Madam Delphi daban saltos arriba y abajo en sus pantallas—. No, necesito ese cuerpo. Es lo que he estado esperando estos largos siglos, a que el Doctor se presentase. ¡El último de los Señores del Tiempo, poseído por la energía de la Mandragora Helix, animado por mí!

Los discípulos bajaron los brazos. Y el pequeño Joe Carnes se apartó de su hermano y corrió hacia el Doctor.

—¡No! —gritó—. Déjalo en paz.



A los pocos segundos Lukas estaba a su lado, y después Donna y Wilf también estaban. Se interpusieron entre él y el ordenador poseído por la Mandrágora.

—Sí, gracias a todos —dijo el Doctor—. Pero no es realmente necesario —sonrió a Madam Delphi—. Qué montón de opciones. Niños que nadie se tomaría en serio, un viejo con una afección cardíaca que caería muerto en un segundo, su amiga Henrietta, una experta en estrellas.

Lanzó una mirada a todos ellos, una mirada sólo observada por Donna. Henrietta Goodhart todavía estaba en la puerta, como si tratara de dar un sentido a lo que estaba pasando. El Doctor estaba mirandola con una mezcla de tristeza y... ¿qué era eso?, Donna se preguntó. ¿Pánico? ¿Desesperación? Como si estuviera deseando que ella dijese o hiciese algo Pero no era bueno. Netty no estaba con ellos en ese momento.

“Las luces estaban encendidas, pero no hay nadie conduciendo”. El tipo de cosas que Donna imaginaría que su madre diría. Una frase terrible, pero una con la que Donna no podría estar en desacuerdo en ese momento. Y era como si el Doctor pensara que Netty le había fallado, de alguna manera.

—Donna —murmuró el Doctor—. Tú móvil. Ahora.

Lo puso en su mano, y manteniendo un ojo en Madam Delphi, se desplazó hábilmente por su libreta de contactos.

—¿Donna?

—Sí.

—¿Por qué no está aquí el número de tu abuelo?

—Porque nunca enciende el maldito móvil. ¿Cuál es el problema?

—Oh, genial. Gracias.

—¿Por qué quieres llamarle? Está aquí de pie.

—Su teléfono está en Essex. Tengo que llamarle.

Donna cerró los ojos, imaginandose los dedos en el teclado y le susurró los números Mientras ella decía cada número, él presionaba la tecla. Cuando oyó que comenzaba la llamada, colgó.

—Espero que lo hayas hecho bien, porque sino. . .

—¿Alguien acaba de recibir una llamada extraña?

—Y el mundo terminará. Pero ey, ha sido divertido —le pasó el teléfono móvil.

—No lo conseguirá —estaba diciendo su abuelo al ordenador—. Este hombre es brillante, ha salvado este planeta, el universo entero, probablemente, más veces de las que hemos tenido cenas calientes. ¡Tendrás que pasar por encima de nosotros para cogerle!

Dios bendiga al abuelo, pero Donna dudaba seriamente que pudiera detener a Madam Delphi. El Doctor necesitaba algo de Netty, Donna estaba segura de eso. Así que necesitaba ganar tiempo.

—¿Quieres un cuerpo en el que habitar y que haya estado dando vueltas por la galaxia, señora? —dijo ella—, toma el mío. Oh, puedo no tener dos corazones o un pelo que desafíe a la moda, pero este cuerpo ha visto algo de acción del espacio exterior —empujó al Doctor por detrás de ellos, acercándolo a Netty.

Las pantallas de Madam Delphi vibraron de nuevo.

—Noble de nombre, noble de naturaleza, ¿verdad?

—Oh, como si no hubiera oído eso antes. Una noche, cuando Neal Bailey decidió ponerse juguetón en el Odeon, mur-

muró en mi oído: “Hay grietas en una tarta noble, ¿qué tal una buena noche, dulce Donna?”. Le solté uno donde duele y me fui. Eso sí, reconozco que conocía a Shakespeare y debería de haberse anotado un tanto por la originalidad. Mi padre no estaba de acuerdo y la semana siguiente se topó con su nariz en el pub —Donna sonrió dulcemente al ordenador—. ¿Alguna vez te ha entrado un tio? No, por supuesto que no, porque eres toda eléctrica y cables y esas cosas. Completamente sola, ¿no es así? Eso es por lo que estás haciendo todo esto, ¿verdad? ¿Buscando el amor? Deberías de haber ido a Lonely Hearts, en lugar de la astrología.

Wilf tiró del brazo de su nieta.

—Harás que se enfade.

—¿En serio abuelo? Nunca se me hubiera ocurrido —le hizo un guiño—. Sé lo que estoy haciendo.

Madam Delphi latía furiosamente

—Me gustaría saber porque el Doctor siempre se rodeó de estúpidos seres humanos. Quiero decir, ¿para qué servís? Aparte de cómo chivos expiatorios. ¿Cuántos han viajado en su TARDIS antes que tú, Donna Noble? ¿Y qué les sucedió? Quiero decir, crees que vas a viajar con él para siempre. ¿Crees que eres la primera en creer eso? Por supuesto que no. Pero tú estás aquí y ellos no. Entonces, ¿me pregunto qué pasó con todos ellos?

Donna no iba a dejar que esto le afectara, principalmente porque esa era una pregunta que le había preguntado antes al Doctor y había estado más que satisfecha con su respuesta. Pero claramente tocó la fibra de su abuelo.

—Cariño, esa es una buena pregunta.

—Realmente, no lo es ahora —le espetó.

—Donna, ¿crees que hay un cementerio con lápidas, todas alineadas con sus nombres? —dijo Madam Delphi—. ¿Tiene una parcela de tierra reservada para ti?

—Tal vez —respondió Donna—. Para ser honesta, no me importa mucho. Vivo el aquí y el ahora. Y aquí mismo, ahora mismo, lo único que me preocupa es detenerte a ti y a tu pequeño ejercito de zombis.

—Destruílos —dijo Madam Delphi, tan natural, tan casual, que le llevó a Donna un segundo el darse cuenta. Pero se dio cuenta cuando los discípulos, al unísono, alzaron sus brazos listos para disparar sus rayos de energía. Nada ocurrió.

—¡Destruílos! —gritó el ordenador.

Siguió sin ocurrir nada.

—Destruíles —exigió Madam Delphi, pero los discípulos no hicieron más que fruncir el ceño y mirarse los unos a los otros sorprendidos. Era como si hubieran despertado de un sueño.

—Ah —dijo el Doctor—, eso será cosa mía. Bueno, en realidad, si soy honesto, sería una encantadora mujer llamada Señorita Oladini, nunca me quedé con su nombre, que mal-educado. De todos modos, acaba de tocar tu alineamiento un poco, canceló todo el poder que tienes sobre los descendientes de San Martino. Cerrado, kaput.

—Finito —dijo Donna con acento italiano.

—¡Y eso no es todo! —Donna miró a su izquierda. Dara Morgan estaba de pie a un lado, con un portátil en sus manos y sus dedos volando sobre las teclas mientras escribía con una mano—. He enviado una señal de cancelación a través de

la red a todos los M-TEK. En cuanto se sincronicen con los ordenadores, en lugar de descargar tus ordenes instalaran un virus que desfragmentará la plataforma y borrará por completo sus memorias —Dara Morgan tecleó por última vez la tecla de retorno. Y lo tengo protegido por contraseña.

—Soy un superordenador megalómano, vinculado a miles de millones de puntos de venta electrónicos en todo el mundo, tonto hombrecillo. ¿De verdad crees que me has detenido? Me decepcionas, Dara Morgan.

Dara Morgan se encogió de hombros.

—¿Detenerte de una vez por todas? Lo dudo, pero ciertamente te he retrasado, así que la señal no será activada en 10 minutos. Probablemente ni siquiera en unos cuantos días, tiempo de sobra para que el Doctor te detenga —Dara Morgan sonrió—. Y mi nombre es Callum Fitzhaugh —un profundo suspiro electrónico salió de Madam Delphi.

—¿Caitlin? —y la chica irlandesa, la amada de Callum que le había rechazado hace casi diez años alcanzó el revolver de su pretina y lo alzo.

—Caitlin, no —gritó Callum—. Lucha contra la influencia de Mandrágora. ¡Recuerda quien eres! —Caitlin frunció el ceño.

—¿Cal?

—Sí, ¡soy yo!

Caitlin se encogió de hombros.

—Nunca me gustaste entonces, tampoco me gustas mucho ahora —y disparó una bala que pasó por el cerebro de Callum Fitzhaugh y salió por el otro lado. Estaba muerto antes de tocar el alfombrado suelo.

Los recién despertados discípulos aullaron y gritaron confusos y comenzaron a salir de la habitación.

—Id con ellos —susurró Donna a los Carnes—. Fuera de aquí. Lukas, lleva a Joe a casa. No dejéis de correr hasta que lleguéis allí —se volvió a Wilf—. Tú también.

—Olvídate de eso, Donna. Estoy demasiado mayor como para correr y estoy aquí contigo hasta el final. Le dije a tu padre que cuidaría de ti, y por Dios que lo haré.

Se le ocurrió a Donna que la tal Caitlin podría haber abierto fuego, así que miró para ver lo que estaba haciendo. Había puesto la pistola en el escritorio y estaba sentada frente a las pantallas de Madam Delphi. El Doctor pasó junto a Donna, casualmente dejando a Netty en los brazos de Wilf, murmurando.

—Sostenla Wilf. Como si tu vida dependiera de ello —entonces se agacho junto a Caitlin, buscando el arma con su mano.

—Tómala —dijo en voz baja—. Callum y yo ya hemos causado suficiente daño para justificar lo que he hecho.

—Estabas bajo el control de Mandrágora —dijo el Doctor.

—Me liberé, te liberó —y Caitlin le miró a los ojos, con una lágrima rodando por su mejilla—. Madam Delphi nunca me controló. Mandrágora nunca me controló, no lo necesitaba.

—¿Entonces quién te dijo que dispararas a Dara Morgan o como se llamara? —preguntó Donna.

—Su mente ha estado... patinando durante días. Estaba empezando a recordar cosas... era una conexión débil. Tuve que eliminarlo.

—¿Tenías que qué? ¿Por qué? ¿Podría haber salvado a la raza humana! ¿No es eso por lo que ha sido todo esto?

Caitlin miró repentinamente al Doctor a los ojos.

—No lo sé —dijo, una lágrima comenzó a aflorar—. ¿En qué me he convertido? ¿Qué me ha hecho trabajar para esta cosa? Acabo de matar a alguien. Oh, Dios mío. Le disparé sin pensar.

—Un poco tarde para lágrimas, chata —dijo Donna—. Trabajando con Mandrágora, seguramente hayas matado a mucha gente.

—Lo sé —dijo Caitlin en voz baja—. Estaba fuera de control, con hambre de... poder. Quería control sobre mi vida.

—Yo controlo todo —Madam Delphi latió de nuevo—. ¡Incluyendo tu vida!

—No, no lo haces, estúpida caja de cables. Elegí esta vida porque creía que la quería. ¿Pero sabes qué?, me equivoqué —sus dedos volaban por el teclado—. Estoy apagando el wi-fi, levantando los firewalls.

—Eso no me detendrá.

—No, pero te aislará —Caitlin miró con tristeza al Doctor—. He hecho mi parte Míster Señor del Tiempo. Ahora todo depende de ti. Echó su silla hacia atrás y chocó con el Doctor. Disculpándose le rodeó y se acercó al cadáver de Callum—. El mundo podría haber sido nuestro —dijo mientras se arrodillaba a su lado.

El Doctor trató de dotar de sentido a las palabras de Caitlin.

Wi-fi. Firewalls. Cosas inútiles, Madam Delphi era un ordenador mucho más potente que eso. Tocó el teclado y una ráfaga de energía púrpura de Mandrágora casi le arranca los

dedos.

—No te pongas gruñona.

—Aún te destruiré, Doctor. Serás. . . —y se silenció.

Entonces vio lo que realmente había hecho Caitlin. Había dicho chorradas, sabiendo que Madam Delphi gastaría algunas subrutinas rastreando lo que clamaba haber hecho. Después de haber encontrado los firewalls y el wi-fi, el ordenador estaba buscando en otro lado. La matendría en silencio y ocupada durante. . . bueno, no mucho, francamente. Pero no estaba realizando un cálculo, podía verlo en una de las pantallas, era como un nimi-virus, una ecuación matemática auto replicante que estaba usando bytes pasando, tratando de resolver la ecuación, pero, realmente, la multiplicaba. El Doctor sonrió. Caitlin era buena en lo que hacía, incluso si sólo le tomaría a Madam Delphi un par de segundos para contrarrestarlo. Miró al cuerpo de Callum, esperando ver a Caitlin. El cuerpo estaba solo. El Doctor se palmeó los bolsillos. El revólver seguía allí. Pero algo más no.

—Donna —susurró—. Donna, quiero que bajes al hall. Toda esa gente estará confusa, desorientada.

Por lo que sabemos, puede que la mitad ni siquiera hablen inglés. Necesitarán a alguien frío y racional para aclararse, explicarles las cosas.

—Pero como nadie que encaja en esa descripción está disponible —dijo Donna— yo tendré que valer.

El Doctor le sonrió.

—Oh Donna, eres la mejor que hay. Ahora, ve. No, tú no, Wilf. Tu y Netty quedaos aquí.

—¿Por qué no pueden venir conmigo? —preguntó brus-



camente Donna.

—Cosas de casa —dijo el Doctor—. Confía en mí, ambos bajarán sanos y salvos conmigo en unos minutos.

Wilf se acercó a la placa

—Vamos, Donna, no discutas con el hombre. ¿Cuándo te ha decepcionado?

Donna se fue.

—Puede que no haya sido la mejor elección de palabras, Wilfred.

—Doctor, ¿alguna vez la has decepcionado?

—Bueno... —consideró el Doctor—. No, pero en realidad he estado cerca una o dos veces.

—Porque si alguna vez piensas en decepcionar a mi pequeña, tendrás que responder ante mí —sus ojos se encontraron, a través de la habitación y, durante una milésima de segundo, un fragmento de eternidad, el Doctor supo que nunca, jamás debía de decepcionar a Donna Noble.

—No lo haré —dijo—. De hecho, Wilf, debería decir que no lo haremos porque ahora mismo eres importante. Para Donna. Para mí. Para todo el mundo. Y, sobre todo, para Henrietta Goodhart —se levantó repentinamente—. No lo hagas, Caitlin —Wilf se dio cuenta de la chica irlandesa estaba en la pared, junto a la caja de conexiones, sosteniendo una pluma plateada. Con una punta azul que brillaba. —¿Qué trama?

—No sabes como usarlo —dijo lentamente el Doctor—, y Madam DELphi va a estar en funcionamiento en un segundo. Te detendrá.

—Que lo intente —dijo Caitlin—. Y tienes razón, pero creo que si aprieto esto, giro aquello y lo meto todo aquí...

—¡Cait, no! —era demasiado tarde. A medida que el destornillador sónico gritó con repentino poder, demasiado poder, mal manejado, usado por manos inexpertas, Caitlin lo introdujo en la, ahora expuesta, caja de conexiones, y justo en los cables de fibra óptica que Johnnie Bates había muerto juntándolos solo unos pocos días antes. Hubo un destello de fuego púrpura y Caitlin había desaparecido, reducida a átomos con un fragmento de la pared, el cableado y el destornillador sónico del Doctor.

—Buena idea —dijo el Doctor tristemente—, pero tenía que haber una forma mejor.

—Se ha apagado el ordenador —dijo Wilf.

El Doctor miró a las pantallas, y se lanzó a examinar el servidor.

—Más muerto que muerto.

—¿Ganamos?

—Oh, para nada —el Doctor miró a Wilf—. Mentí a Donna —confesó.

—Lo sé —dijo Wilf—. Pero te aseguraste de que estuviera a salvo. Gracias.

—Caitlin cortó la energía de Mandrágora del ordenador. Para todos los efectos, Madam Delphi se ha ido. Borrada. Destruída.

—Pero esa cosa de la energía de Mandrágora, sigue ahí, ¿verdad?

—Atrapada.

—¿Dónde?

—En esta sala. Y en este momento, está en busca de un nuevo hogar. Creo que tenemos unos tres minutos.

—No me va a elegir, por eso es por lo que me mantuviste aquí. Escuché lo que dijiste. Tengo una enfermedad del corazón. Voy a morir.

—¿Qué? —el Doctor frunció el cejo, entonces recordó lo que le había dicho antes a Madam Delphi—. Wilfred, no tengo ni idea de la condición de tu corazón. Por lo que sé, podrías tener al menos un par más décadas. Estaba diciendo que debido a que, bueno, no importa ahora —miró el fragmento desaparecido de pared donde Caitlin había estado—. Bien, dudo que pueda traer de vuelta a los muertos, así que espero que escoja el objetivo más sencillo, el camino de menor resistencia —Wilf siguió la mirada del Doctor a Netty, que estaba a su lado sonriendo serenamente.

—No. . .

—Es la nave más probable

Wilf temblaba de tristeza.

—Pero es mi Netty. Íbamos a ver el mundo, en un crucero, ir a América del Sur, Canadá, el Océano Índico. Doctor, es mi vida. Nunca pensé que nadie podría sustituir a mi esposa, que en paz descansa, pero llegó Netty Goodhart y me mostró que hay más en la vida que sentarse en un terreno y escuchar a Dusty Springfield. No puedo perderla. No puedo perder otra mujer en mi vida. ¡La amo!

—Sé que lo haces, y realmente siento mucho tener que preguntarle esto, pero tengo que hacerlo.

—No le puedes preguntar, está. . . ahora está apagada. Es la enfermedad, la demencia. No puede hablar por sí misma —el Doctor buscó en su bolsillo y sacó un pedazo de papel.

Wilf miró.

“Mi querido Wilfred.

Una vez me dijiste que confiaste al Doctor la vida de Donna. Ahora le confío la mía. No sé lo que va a hacer, ni en qué estado estaré cuando lo haga, pero confío en él, eso es suficiente para mí.

HG”

—Es tu papel especial —dijo Wilf—. Me muestra lo que quiero ver. Hace siglos Donna me habló de él.

El Doctor pronunció un silencioso “oh muchas gracias, Donna”, entonces sacó su cartera de cuero con el auténtico papel psíquico.

—No, Wilfred, la carta es auténtica. Cuando estábamos en lo de las hamburguesas le expliqué a Netty lo que podía que necesitáramos. Por qué era un blanco potencial y un... —el Doctor se detuvo, y Wilf vio momentáneamente un destello purpura por sus ojos. Entonces, los cerró y los abrió de nuevo. Marrones. Como siempre. El Doctor sopló—. Eso no ha sido divertido, pero no lo intentará conmigo de nuevo.

—No lo necesita —dijo Henrietta Goodhart, en silencio pero con un tono amenazador familiar—. Tengo un nuevo hogar. Un nuevo cuerpo. Uno que se puede mover, y hablar, y sentir.

—Fuera de mi amiga —espetó Wilf.

Netty sólo se rió.

—Pobre patético hombre. Ahora esta es mi nave. Mandrágora vive. Traeré destrucción a este mundo, tendré mi venganza. Todo este cosmos caerán en ruinas y caos y me alimentaré de él durante siglos. ¡Hermoso caos! .

Wilf dio un paso hacia Netty, pero el Doctor tiró de él, dio

una sacudida casi imperceptible de la cabeza.

—Espera —el Doctor miró a la pared quemada donde había muerto Caitlin. Luego, al ordenador, inútil y muerto. Al cuerpo de Callum Fitzhaugh, que una vez consumido por la rabia y desesperación, había ayudado a una plaga universal que estaba a punto de destruir la Tierra si se le daba la oportunidad. Y el cuerpo de Henrietta Goodhart, habitado ahora por un poder alien tan grande, que había sobrevivido desde la Edad Media y ahora estaba listo para causar una ola de aniquilación por las galaxias conocidas.

A menos que hubiera hecho los cálculos correctamente.

Netty caminó por la habitación, como si no pasara nada, una mujer fuerte, apta a finales de sus sesenta, que debería de haber estado caminando por los valles de Yorkshire o bronceándose en un crucero por el Caribe, con Wilfred Mott como su compañero, a su lado. En cambio, tosió. Se tambaleó. Wilf fue a ayudar, pero el Doctor le dio un tirón.

—Lo siento, no puedo imaginar lo difícil que es para ti —le dijo el Doctor—, pero tienes que dejar que siga.

Netty, o más bien la fuerza alien que actualmente habitaba su mente y cuerpo, le sonrió. Era una sonrisa que a ninguno de los dos le gustó mucho. Retorcía la cara de Netty de una manera que demostró que esta no era para nada Netty.

—Gracias, Doctor —se regodeó—. Me has dado un nuevo aliciente en la vida. Siempre supe que el ordenador era un medio para un fin, que un día el huésped adecuado aparecería. Habiendo estudiado este ridículo planeta, hubiera preferido que fuera un cuerpo masculino, joven y sexy. Como un deportista. Pero bueno, por ahora me valen las ancianitas. Cuando

ésta se queme, me iré a otro.

—¿Quemado? —Wilf miró al Doctor, pero la mirada del Señor del Tiempo estaba firmemente fijada en Netty. Si era por otro motivo aparte de no ser capaz de tratar con el mirada acusadora de Wilf, no tenía ni idea.

—Oh, ¿no te comentó tu colega alien sobre este lado de las cosas? Me pregunto si se lo dijo a Henrietta Goodhart cuando hizo el trato con ella. Verás, Wilf, ¿Te puedo llamar Wilf, no? Netty está terriblemente encariñada contigo y creo que facilitará las cosas si nos comunicamos de forma casual.

—El señor Mott es terriblemente formal .

La sonrisa de rictus se amplió aún más.

—De todos modos, el cuerpo humano sólo puede soportar la energía Mandrágora durante un corto periodo de tiempo antes de que se evapore y tenga que encontrar un nuevo depósito. En última instancia, será el Doctor.

—¿Lo será? Oh, que alegría.

—Sabes que lo serás.

—Pero primero necesitas debilitar mis defensas.

—Derribame, quiebra mi espíritu. ¿Cómo vas a hacer eso?

—Netty rió, era un sonido completamente desprovisto de calor o alegría genuina.

—Destruyendo a todos los que conoces.

De repente parecía inestable, y se acercó a Wilf en busca de apoyo. Estaba a punto de suministrarlo cuando el Doctor saltó del otro lado de la habitación, golpeando el brazo de Wilf.

—¡Ey!

—Oh, no empieces —murmuró el Doctor—. Déja que se sostenga ella sola.

Netty estaba firme de nuevo.

—Empezando con este anciano con mal corazón.

Wilf estaba a punto de hablar, y entonces se dio cuenta de por qué el Doctor se había inventado lo de su corazón. Hubiera querido tomar el cuerpo de Netty, no el de Wilf. ¿Por qué?

—Erase una vez, Doctor, vimos este mundo como una amenaza, tenía tanto potencial. Tratamos de detener su desarrollo, reteniendo sus primeras ciencias. ¡Pero míralo ahora! Nos equivocamos, deberíamos haberlo alentado. Tiene la capacidad de comunicarse. Con un pequeño virus informático, Mandragora puede tocar el mundo. Hay casi siete mil millones de personas en la Tierra, Doctor. En un par de años, dos mil millones de hogares tendrán un ordenador, accedidos por una media de tres personas. Añade a eso la infiltración de Mandrágora en los puestos de trabajo, y le llevará a Mandrágora menos de una hora dominar efectivamente a la mayoría de la gente en este planeta, usar tecnología humana para expandir Mandrágora a través de la galaxia mucho más eficiente de lo que puede hacerlo solo. En veinte años, podría tener a la humanidad construyendo granjas en Marte. Dentro de cien años, podríamos colonizar Alpha Centauri. Un nuevo imperio Mandrágora, combinando la energía de la Hélix, la calidad física humana y la ciencia de las comunicaciones. Y entonces... entonces... —Es impresionante, te lo concedo. ¿Entonces qué? ¿Que hace cualquier especie?

—Florece, domina... más o menos... sigue adelante.

—Oh, “más o menos sigue adelante” eso es muy científico

—el Doctor se sentó en la silla frente a la ahora inútil instalación de la Señora Delphi—. ¿Y? Quiero saber más de tus planes. Wilfred está desesperado por saber. Y yo también. Y Donna, que está fuera de la puerta, hola Donna, entra. Estoy seguro de que ella también quiere saber —Donna apareció.

—Creía que sería de más ayuda aquí arriba. Todos esos bichos raros, les llevé al restaurante del personal, les dije que volvería en un minuto.

—Umm, Donna —le advirtió el Doctor— ¿que hay de impedir que huyan?

Donna sostuvo una pequeña llave de plata frente a su nariz.

—Porque soy brillante y los encerré —sonrió—. Oh, pero envié a los Carnes a casa.

—Bien, bien. Mandragora me estaba contando cómo él/ella/eso va a crear todo un nuevo imperio, como el Imperio Bizantino, o, um, ¿cual era el otro? ¿Griego? No. Oh, ¿cual era? Donna abrió la boca para sugerir ‘romano’ pero el Doctor la detuvo.

—Vamos, vamos, Donna, deja que Mandragora lo averigüe. Vamos, tienes toda la información a tu alcance, ¿en qué imperio estoy pensando? Algo que ver con una decadencia y una caída. Netty/Mandragora se detuvo.

—Romano. El Imperio Romano.

—Oh, sí, muy bien. ¿Cuántos miles de millones de ordenadores hay en la Tierra? ¿Por cierto, cuál era el mercado de infiltración del M-TEK?

Netty/Mandragora frunció el ceño y se giró hacia el abuelo de Donna.

—¿Wilf? Ayúdame...

—¿Netty...?



—No, Wilfred —dijo el Doctor, su voz de repente pareció un disparo—. Siéntate, y deja que Netty lo resuelva. ¡Ahora! —y Wilf se instaló junto a Donna en el suelo—. ¿De dónde es la Mandrágora?

Netty/Mandragora sonrió.

—Una nebulosa, Doctor. Escapamos de los Tiempos Oscuros y creamos un nuevo hogar en el corazón del hermoso caos.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo se llamaba?

—El... era... No puedo recordarlo... —Netty/Mandragora se tambaleó ligeramente—. No podemos recordar...

—Vamos, centráte —gritó el Doctor repentinamente, y estaba de pie, rodeando a Netty/Mandragora, disparando preguntas mientras caminaba alrededor—.

¿Dime la velocidad de la luz? ¿Cuántos años duró la guerra Carrionite-Eternos? ¿Dónde está el planeta natal de los Judoon? ¿Cuál es la Vigésima Tercera Convención de la Proclamación de la Sombras? ¿Quién ganó la Guerra Sendrome/Bendrome? ¿Cuántas son cinco habas? Vamos, vamos... —chasqueó los dedos con impaciencia—. Quiero decir, no puedes tomar el universo si apenas puedes pensar, ¿verdad?

—Dame un momento... —escupió Netty/Mandragora.

—¿Darte un momento? Bueno, podría darte un momento, supongo, quiero decir, le daría a Henrietta Goodhart un momento o dos felizmente, porque ella no está bien, ¿o lo está? Oh, ¿no te diste cuenta? ¿Acaso no te diste cuenta de eso? —y el Doctor agarró bruscamente los hombros de Netty y le dio la vuelta para que estuvieran cara a cara, con las narices casi tocándose—. Has tomado el cuerpo de una mujer bastante

increíble, Mandrágora, y te has encerrado en su mente, expandiéndote en su sinapsis. El problema es que sus sinapsis están fallando. Cada día las neuronas y las sinapsis en su corteza cerebral se están atrofiando. Y tú estás acelerando el proceso en tu prisa por aclimatarte y, por desgracia, ya te estás rompiendo. Quiero decir, no puedes pensar palabras, ese es un toque de parafasia. ¿No te puedes mantener en pie? Bueno, creo que eso es apraxia. Lóbulo temporal, lóbulo parietal, decayendo. —Tú... hiciste algo... engaño... me engañaste...

—Bueno... sí, creo que lo hice. Y cuanto más luchas, cuanta más energía de Mandrágora utilizas tratando de reparar esas parte de cerebro, más te pierdes, porque esta mujer tiene Alzheimer y eso no es curable, ni siquiera por ti.

—Entonces deberé, ya sabes, cambiar... mover, cambiar cuerpos con... Debo...

—Sí. ¿Qué? ¿Qué harás? Vamos, dime.

Donna se unió.

—O podrías contarnos todo sobre las estrellas, todas esas maravillosas constelaciones, todas las cosas que Netty conoce. Dinos, ¿dónde está la Estrella del Perro? O cómo encontrar la Osa Mayor. ¿En qué dirección veré a Venus en en esta época del año?

Wilf agarró el brazo de Donna.

—Para, Donna, la estás confundiendo.

—Esa es la idea —le dijo—. Eso por lo que el Doctor está haciendo esto, acelerar la confusión. —Pero es Netty... ¡estás hiriendo a Netty! —Wilf no se podía mover. Sabía que Donna y el Doctor sabían lo que estaban haciendo, pero eso no le impidió querer que se detuvieran. Querer hacer otra cosa

que no fuera usar y abusar de Netty de esta forma. Pero no lo hizo, porque, como una vez había leído en una columna de consejos del periódico ‘a veces el mayor bien sale del pequeño de los dolores’. En realidad, probablemente dijera que ‘la vida está llena de duros golpes’, pero así era como había decidido interpretarlo. Lo odiaba. Por un pequeño segundo, casi odiaba al Doctor y a Donna por hacerlo tan... fácilmente. Y entonces tomó una decisión.

—Cuando las estrellas comienzan a caer —comenzó a cantar— Oh Señor, ¡qué mañana! Oh Señor, qué mañana... —su voz se quebró ligeramente, así que se aclaró la garganta u comenzó de nuevo—. Cuando las estrellas comienzan a caer, oh Señor, ¡Qué mañana! Oh Señor, ¡qué mañana! Cuando las estrellas comienzan a caer... —suavemente, en voz baja, Netty respondió—. Oh pecador, ¿qué harás? Cuando las estrellas comienzen a caer... Oh Señor, Qué mañana... —Wilf extendió y le tomó la mano, tratando de esconder sus lágrimas mientras lo hacía. Esta vez, el Doctor no le apartó. Wilf comenzó, lentamente a bailar con Netty, mientras los dos cantaban en voz baja la canción que ella tanto amaba. El Doctor calmó a Donna. —Ahora depende de tu abuelo —susurró.

—¿Recuerdas cuando escuchamos por primera vez esta canción? —le dijo Wilf a Netty mientras bailaban—. ¿Quién la cantó? ¿Cuál era el nombre del hombre que nos trajo la cena? ¿Puedes recordar el coche, todo plateado y brillante? ¿Y fue esa la primera vez que habías estado en un Rolls Royce? ¿Y lo que dije al final, mientras íbamos por las calles, mirando hacia arriba a esa claro y precioso cielo azul? ¿Y puedes...

—No... No puedo... No puedo recordar... Soy Mandr...

Mandrágora ... Gobernaré el universo... de alguna forma... No puedo...

—Eres Henrietta Goodhart —dijo Wilf suavemente—. Y estás enferma, terriblemente enferma, y estoy tan asustado por que te voy a perder y no quiero perderte. Por favor, quédate.

—¿Wilfred? —el Doctor y Donna inmediatamente reaccionaron cuando Netty dijo su nombre—.

Tú eres Wilfred... yo soy Netty... no, soy la Mandrágora Hélix, y yo... Oh Señor, qué mañana... —Wilf la abrazó fuertemente contra él, y la abrazó más de lo que había abrazado a nadie desde su querida Eileen había fallecido—. Oh pecador, ¿qué harás? —cantó.

—Mi cabeza... No lo entiendo... No puedo recordar nada... —Netty lo apartó—. ¿Por qué no puedo recordar? No es justo... ¡No es justo! No puedo recordar nada... ¡¡no es justo!! —la cabeza de Netty cayó hacia atrás y miró hacia el techo, con ambas manos señalando la dirección en la que estaba mirando. Los otros observaban mientras luces púrpuras, azules, y rojas rugían de su cuerpo, vaporizando completamente el espacio en el techo mientras la energía de Mandrágora emanaba de la forma humana de Netty y surcaba hacia el cielo.

Entonces, el ruido y la luz se detuvieron. Mandrágora se había ido.

Las manos de Netty cayeron sin fuerzas a sus lados, y su cabeza colgaba hacia delante.

Wilf fue a cogerla, pero Netty se sacudió y alzó la vista hacia él, con una enorme sonrisa de reconocimiento en su rostro.

—¿Wilfred? —miró alrededor el ático del hotel, vio el agujero perfecto en el techo, entonces vio al Doctor y Donna.

—Caray O'Reilly —dijo—. ¿He estado en Sundowning de nuevo? ¿Dónde he estado vagando esta vez?

—Usted, Henrietta Goodhart —sonrió el Doctor— acaba de salvar el planeta Tierra. Es brillante.

Donna le dio un codazo.

—Sí. Y tu no eres tan inútil, hombre del espacio.

Un centenar de millas. Un millar de millas. Un millón de millas. Moviéndose casi a la velocidad del pensamiento, el roto e incorpóreo Mandrágora Hélix disparó a través del universo, gritando en el interior, con su mente cayéndose, tratando de encontrar el camino a casa.

Pero ¿dónde estaba casa? Sin duda, estaba... No, estaba... ¿Dónde estaba casa? ¿Dónde estaba aquí? ¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Por qué soy? ¿Quién... qué... dónde... cómo... Pienso, luego existo... Pienso, luego... Pienso... Yo... ¿Qué es "Yo"? Nada. "Yo" es nada... Yo... Yo... yo...

En la cafetería, Donna se había hecho cargo, y pronto había hecho que todo el mundo se relajara, cosa que era un alivio para el Doctor, ella era mucho mejor con las cosas sentimentales humanas que él. Lo más importante en este momento, era que ella podía mentir de forma mucho más convincente, decirles que todo había sido parte de un virus informático enviado desde MorganTech y que podrían volver a casa tan pronto como se hiciera de día.

El Doctor había hecho un par de llamadas rápidas a gente en las altas esferas (o quizás en las bajas) y anunció que al-

guien llegaría muy pronto para darles a todos billetes de avión y reservas de primera clase para donde sea que quisieran ir.

—Esto es Inglaterra —murmuró el anciano americano—. Siempre quise venir a Inglaterra. ¿Cómo diablos llegué aquí?

El Doctor no podía responder a eso, pero en su lugar les dio largas a él a su encantadora mujer diciendo que había dispuesto su estancia en un hotel (no este, gracias a Dios), en el centro, y que tenían siete días para explorar la ciudad.

—Tomen el tren, visiten Bath, o Warwick o la Isla de Wight.

—O Hull —añadió Donna.

—Donna, ¿por qué querrían ir a Hull? ¿Qué hay en Hull que podrían querer ver?

—No sé —dijo—. Nunca he estado en Hull. Pero siempre he pensado que sonaba interesante. —Hull es precioso —se unió Wilf—. Fuimos una vez durante un largo fin de semana para ver un partido. Dimos un paseo en barco.

El Doctor cedió.

—Muy bien —dijo a los americanos—. Vayan también a Hull. Tienen barcos. Al parecer.

La anciana pareja se fue murmurando sobre Hull, y el Doctor volcó su atención sobre los estudiantes. Tres chicos y una chica.

—¿Qué le ha pasado al profesor? —preguntó la chica.

Los dos chicos en la parte posterior (oh, una pareja, Donna decidió) asintieron, pero el otro parecía abatido.

—Ha muerto, ¿no es así?

El Doctor asintió.

—¿Italiano? Sí, lo siento —todos los estudiantes se miraron el uno al otro.

—Ya no le veo sentido regresar a Italia.

—Yo sí —dijo el chico más pequeño en la parte de atrás, mirándose mutuamente. Ahhh, pensó Donna.

—Al menos deberíamos de atar los cabos sueltos por aquí —dijo el tercer chico.

Y el grupo se alejó murmurando. El hombre griego se disculpó, diciendo que no tenía ningún recuerdo de lo que había hecho, pero supuso que no había sido bueno. El Doctor le explicó que no era culpa suya y que debería de volver con su familia y olvidarse de Londres. El hombre se alejó, murmurando.

—¿Supongamos que hizo algo en Grecia.? ¿Supongamos que alguno lo hizo? ¿O todos? —dijo Donna.

—No puedo arreglar todo, Donna —suspiró—. Sólo podemos esperar que todo lo que haya sucedido en sus pasados, en todo caso, puedan lidiar con ello. Y es poco probable que recuerden.

—Estás pensando en tu amigo en Copérnico, ¿verdad? Uno de ellos lo mató. Le rompió el cuello. Parece que fue nuestro amigo griego, pero no soy policía. Y no puedo probar nada —Donna reflexionó sobre la moralidad de ello cuando el móvil pitó. Un mensaje.

—La señorita Oladini —Donna agitó el móvil. Leyó el texto.

—¿Está bien? —preguntó el Doctor.

—Está eufórica. ¿Qué hiciste?

—No sé lo que quieres decir.

—¿Doctor?

—Bueno, quizás mientras estaba apañando las cosas con UNIT puede que haya mencionado lo mucho que estábamos en deuda con ella.

—Aquí dice —Donna sonrió—, que su estado de visitante ha sido mejorado y que ahora puede ir y venir como le plazca. Sin esconcerse. Ah, y también me ha dicho que te diga que tiene un gato llamado Dolly, y tu sabrías lo que significa —el Doctor sonrió.

—Bien por las dos.

—¿Creía que no te gustaban mucho los gatos?

—Siempre me gustó Dolly. Y se merece un buen hogar.

—¿Doctor? ¿Cuántas otras personas usó Madam Delphi y luego se deshizo de ellas?

—La humanidad solo era una herramienta para la Hélix, herramientas para ser usadas y abandonadas.

—¿Como Netty? —el Doctor se estremeció visiblemente—. Lo siento —dijo Donna—. Ese ha sido un golpe bajo —el Doctor miró a su amiga.

—Pero cierto y honesto. Tuve que arriesgarme, Donna. Por una vez, podría haberlo hecho con menos consciencia.

—Dios mío —dijo Donna con fingido horror—. ¿Qué te he hecho? —el Doctor estaba serio. Puso sus manos entre las suyas.

—Me has hecho una persona mejor —Donna apartó sus manos, recurriendo, como siempre, a sus bromas estándar.

—No toques lo que no te puedas permitir, hombre del espacio.



Observaron como Wilf y Netty empezaron a caminar hacia la zona de recepción

—Vayamos con tu madre, ¿eh?

Donna asintió.

—¿Entonces, tu también vienes? Quiero decir, ya sabes cómo es.

El Doctor asintió.

—Sí. Una versión más antigua de su hija.

—¡Ey! —Donna rió y cogió al Doctor del brazo—. Vamos, hombre del espacio. Te has enfrentado a Sontarans, Pyroviles y el Gyojin de Kandalinga. Realmente no creo que mi madre de tanto miedo.

—¿No lo crees?

—Nah. A menos que sea lunes. Los lunes se convierte en una pesadilla. ¿Hoy es lunes? —Ciertamente, hoy es lunes.

Donna le cogió un poco más fuerte.

—Entonces es mi turno de protegerte, ¿eh?



# Viernes

Unos días más tarde, la humanidad, como siempre había hecho, lo superó y siguió adelante. MorganTech oficialmente se había estrellado y ardido, su CEO y personal ejecutivo habían declarado la bancarrota in absentia. Los M-TEK habían sido retirado del mercado y destruidos y fue emitida una orden de arresto contra Dara Morgan, hasta que se estableció la verdad sobre su identidad (o al menos, el hecho de que no era Dara Morgan), momento en el que el tema de MorganTech quedó bajo jurisdicción de UNIT y desapareció de la vista pública. Las personas custodiando los cráteres habían despertado, completamente desconcertados en cuanto a por qué estaban allí. Fueron detenidos, pero sin duda todos serían liberados una vez que UNIT se involucrara.

La familia Noble se dirigía al RPS, finalmente Wilf iba a tener su cena y el honor del nombramiento. Netty estaba con ellos, ajetreada con Sylvia, preparándose, probándose sombreros con plumas alarmantemente grandes y riéndose de tonterías con la madre de Donna. Wilf y el Doctor, prudentemente, se habían escapado al jardín, bebiendo té y hablando en

voz baja de varias aventuras del Doctor con “los robots del espacio exterior”, cada relato normalmente culminaba con una risa a carcajadas. Donna vagó por las puertas del patio para callarlos.

—Tendrás a mama preguntando por lo que estáis hablando y entonces se acaba el juego. —¿Entonces no le vas a decir la verdad? —el Doctor les alzó una ceja a ambos.

Una rápida mirada entre abuelo y nieta, seguido por un unísono “¿Estás loco?”. —Definitivamente te mataría esta vez —dijo Donna.

—Después de matarme a mi por mantener secretos —coincidió Wilf.

El Doctor se encogió de hombros y cambió de tema.

—Un pequeño guateque esta noche. ¿A qué hora os vais?.

—Nos vamos a las siete —dijo Donna.

El Doctor abrió la boca para protestar, para decir que la última cosa que quería era una cena en la RPS, otra oportunidad de ser despreciado por el doctor Crossland o entablar una larga y aburrida conversación con Ariadne Holt sobre pintura de dedos o su aterradora falta de sentido de moda.

—Brillante —dijo sin entusiasmo—. Puede que necesite escabullirme a la TARDIS para, um, cambiarme el traje.

Donna negó con la cabeza.

—Tú te vas a quedar aquí, Sonny Jim.

—¿Aquí?.

—Aquí.

—¿No TARDIS?. ¿No traje?.

—Ni TARDIS, ni traje, ni llamadas de emergencia de la Princesa Leia sugiriendo que eres su única esperanza —Donna

recogió las tazas de té—. ¿Más té?

El Doctor asintió. Sylvia emergió, con el teléfono en la oreja.

—¿De verdad? —estaba diciendo—. Bueno, debe de haber sido robado en todo ese jaleo con las luces y todo... Oh, bien. Bueno, eso es un poco ruin, esperar que alguien te robe la furgoneta por el seguro. Oh, bueno, vale, te veo luego. Adiós —colgó el teléfono—. La Transit azul del sr Webb ha sido robada, resulta que quería que se la robaran, dejó las llaves y todo, para poder reclamar al seguro. Al parecer, ha aparecido, quemada, en el East End. No sé, algunas personas... —tenía otra cosa en las manos y la dejó en frente de Wilf.

Era el montón de folletos para las residencias de ancianos, partidos a la mitad.

—Creo que Netty debería de mudarse aquí. Con nosotros —tocó la mejilla de Wilf—. Contigo. Wilf se levantó y abrazó a su hija.

—No —dijo Netty detrás de todos ellos, con un aspecto espléndido con su último sombrero—. Mi mente está más clara ahora, por primera vez en mucho tiempo. Pero no puedo mudarme aquí, Sylvia.

—¿Por qué no? —preguntó Wilf.

—Oh, querido, amor —Netty le guiñó un ojo—. Me haces tan feliz, pero no soy tonta. Sería bueno estar con vosotros mientras estoy en mi sano juicio. Pero si... cuando me suceda de nuevo, vosotros dos no estáis equipados para tratar conmigo. El estrés, la presión, no es justo. Para ninguno —recogió los panfletos rasgados—. Sin embargo, si os parece bien, me vendría bien ir a dar una vuelta por alguno de estos, a ver si

podemos encontrar uno que nos guste a todos.

Sylvia tocó el brazo de Netty.

—Esa es una decisión muy importante —dijo—. ¿Estás segura?. porque no lo estaba diciendo solo para ser amable. Creo que deberías de estar aquí, ser parte de la familia.

Netty miró al Doctor.

—¿Qué piensa usted, Doctor?.

El Doctor miró a Sylvia, luego a Donna, y luego a Wilf. Entonces, finalmente, volvió a Netty. —Creo, Henrietta Goodhart, que usted es una sensata, sabia, fuerte dama que conoce su propia mente mejor de lo que todos pensamos y hará lo correcto —cogió las tazas de té de las manos de Donna—. Y yo no soy de la familia, y realmente quiero retirarme de esta conversación con gracia, así que voy a poner la tetera —rápidamente volvió a la casa, lavó las tazas y llenó la tetera, mirando por la ventana de la cocina al grupo en el jardín y sonrió.

—Gallina —dijo en voz baja desde la puerta.

—Es la vida de su mama y de tu abuelo —dijo—. No tiene nada que ver conmigo. Familias. No son para nada lo mio.

Donna se le unió en el fregadero, mirando por la ventana.

—Parece tan... en control ahora. Así que... ¿Normal?.

—Bueno, puede que no hubiera usado esa palabra exactamente, pero sí... No durará.

Donna no le miró.

—¿Por qué no?. Quizás almacenar toda esa energía de la Mandragora aclaró sus wotnots neuronales, y lo arreglaron todo.

—Es al menos la segunda etapa de Alzheimer, Donna. Eso

es decadencia —respondió en voz baja—. No mejora, generalmente empeora. Me temo que no hay cura milagrosa, no hay solución mágica para Netty. Su mente es un poco como el parabrisas de un coche.

En algunos aspectos, el Mandragora Helix era el tren de lavado, limpiándolo por un tiempo. Pero no pasará mucho tiempo antes de que toda la suciedad, los insectos, el polvo y los arañazos regresen. Lo siento.

—Es tan malo.

—Sí, lo es. Pero la vida nunca es tan conveniente como nos gustaría. Hay un millón de dolencias, enfermedades y males en el universo. Si creyera que algo tan maligno como Mandragora podía borrar sólo una de ellos, le dejaría. Le habría permitido quedarse, haciendo algo de bien. Pero nunca hay curas milagrosas para ese tipo de cosas. La vida no es así. Pero no debería de impedir que la gente buscara, porque un día, encontrará una respuesta.

—Y eso significaría que estabas equivocado.

El Doctor se echó a reír.

—Sí. Sucede a veces. Y a veces me gusta. Me gustaría poder encontrar una forma de ayudarla, pero no puedo.

—¿Qué pasa con el abuelo?.

—Es un hombre adulto. Ha tomado la decisión adulta y racional de cuidar de ella todo el tiempo que pueda. Eso hace a Wilfred Mott un Muy Buen Hombre en mi libro.

—En el mío también.

—Tal vez deberíamos de quedarnos durante un tiempo, ayudar a Netty a asentarse. ¿Podrías pasar algo de tiempo de calidad familiar con tu mamá?.

Donna negó con la cabeza.

—Estamos bien por ahora. Otra semana, y estaríamos atravesándonos, peleando y chillándonos.

Por la ventana, en el jardín, vieron a Sylvia y Netty revisando los folletos.

—¿Dónde está ese té? —dijo Wilf detrás del Doctor y Donna.

—Abuelo —dijo Donna repentinamente—. Quizás debería de ponerlos a mamá y a ti primero. Tal vez debería quedarme, ayudarlos con Netty —miró al Doctor—. Dios sabe, os echaría de menos a todos y... eso... —señaló al cielo—. Pero tal vez sea hora de crecer un poco.

Wilf abrazó a Donna.

—Cariño, ¿qué te hace feliz?.

Sin perder tiempo, Donna miró al Doctor.

—¿Y crees que sería feliz sabiendo que yo era el responsable de que dejaras todo eso?. ¿Crees que Netty lo haría?.

—Pero tú y mamá, me necesitáis... .

—Puede ser, pero nos las hemos apañado bien desde hace tiempo. Prefiero saber que estas por ahí con el Doctor, haciendo con otros planetas y otra gente lo que hicisteis por la Tierra el otro día.

—¿Y Netty?.

Wilf sonrió con tristeza.

—Está enferma, y con el tiempo se irá. Lo mismo me pasará a mí. Y a tu madre. Y ninguno de nosotros habremos visto y hecho todas esas maravillosas y emocionantes cosas que tu has visto. Todos los recuerdos que tendrás. La enfermedad de Netty podría tomarla en cinco años o el próximo jueves. Tam-



bién podría caminar frente al número 18 de Kew Gardens. No dejaré que su enfermedad, o nuestra tristeza por que no estés, te impida vivir la vida que has elegido. Allí afuera. Con él.

El Doctor puso un brazo alrededor de Donna.

—Cuidaré de ella.

—Vamos que si lo harás colega, o habrá problemas ¿recuerdas? —Wilf apagó el tetera cuando empezó a hervir—. Escucha, te prometo que yo, tu madre y Netty seguiremos aquí la proxima vez que nos visites. No voy a dejar que Netty vaya a ninguna parte, alguien tiene que mantenerme por el buen camino —Wilf comenzó a hacer el té—. Eres una mujer fantástica, Donna Noble —dijo—. Y estoy orgulloso de conocerte y amarte —la besó en la mejilla—. Ahora, ve y llama a un taxi, no me voy a arriesgar a la conducción de tu madre esta noche después de que haya tomado un par de jereces —pasó una taza de té para los dos, y alzó la suya en brindis.

—Por la familia. Y lazos que nunca pueden ser rotos.



## Un día (repetición)

Llovía en la colina, el constante goteo golpeaba el gran paraguas de golf como balas en un blanco. En realidad llovía por todas partes, pero la colina, su parcela, era el único lugar en el que Wilfred Mott realmente se preocupaba porque estuviera lloviendo en ese momento.

Dirigió su mirada a las estrellas, hacia su estrella, seguía ahí, y ya no anunciaba la destrucción de la Tierra, de la humanidad ni de nadie. Ni siquiera a Netty.

—¿Cómo era ella? —dijo, mientras escuchaba unos penosos pasos que atravesaban el mojado suelo de su parcela tras él.

Sylvia se sentó junto a él, agarrando su termo, para ver cuan caliente estaba el té en su interior. —Debería haberte traído otro —dijo—. No vamos a verla.

—Donna está fuera con Susie Mair, y yo no puedo afrontarlo —Wilf miró a su hija. Había algo...

ella tenía una carta para él.

— Un poco tarde para el correo, cariño —dijo.

Sylvia no dijo nada, sólo movió el sobre hacía él. Wilf lo

tomó. Sin estampilla, entregado en mano, dirigida a MAMÁ.

—Lukas Carnes lo entregó esta tarde. Él dijo que ella le pidió que lo hiciera hace seis semanas después de ver a Donna por última vez, no importaba por qué.

—¿Donna llegó a verlo?.

Sylvia negó con la cabeza.

—Ella estaba arriba.

Ni siquiera oyeron el timbre.

—Lukas ahora vive en Reading. Creo que el Doctor debe de haberlo arreglado para ellos. Lukas piensa que ella todavía ... —Sylvia señaló las estrellas—. Él piensa que ella todavía está ahí fuera, con él. No hay razón para estropear sus sueños, ¿verdad?.

Wilf abrazo a su hija.

—Vamos a salir de todo esto, amor. Tenemos que hacerlo, ¿no?. Por Donna, quiero decir. Y por el Doctor.

—¿Quién cuidará de nosotros ahora, papá?. Quiero decir, él nunca me gustó, pero hasta yo sé cuando me equivoco. Él salvó al mundo, hizo feliz a Donna. Él nos mantuvo con vida más de una vez. Pero si ella no está con él, su enlace a este planeta, ¿qué lo haría volver aquí, a cuidar de nosotros?.

—Porque él es bueno hasta como para hacer eso —dijo Wilf—. Porque él es el Doctor y cuando lo necesitamos, él estará allí. Es lo que hace.

—Pero, ¿y si no lo es?. Quiero decir, me he sentido segura antes. Yo no sabía nada de Sontarans y Mandragora y Dalek. El no saber nos mantuvo a salvo. Pero ahora todos sabemos que el universo es mucho más grande que nosotros. Que tú, o yo. O incluso Donna.

Wilf miró de nuevo a las estrellas , por si la maravillosa TARDIS pasaba volando. Nada.

—Bueno, siempre habrá alguien —abrió la carta.

Sylvia se puso de pie.

—Voy a ir a buscar otro termo, ¿vale?.

—Vuelve pronto.

Sylvia se agachó para besar su mejilla, pero en cambio le dio un enorme y muy fuerte abrazo.

—Te quiero, papá —dijo en voz baja.

Y se fue.

Donna no no fue la única persona a la que el Doctor cambió, pensó Wilf con tristeza y felicidad al mismo tiempo. Sylvia Noble ahora era una persona más estable. Entonces, ¿qué era lo que había en esa carta que la hizo más sensible esa noche?. Metió la mano en su bolso y sacó una pequeña linterna halógena que solía usar para leer sus libros de astrología durante las noches allí fuera. Reconoció la escritura, por supuesto. Era de Donna. Su encantadora, inteligente, valiente, y hermosa Donna.

“Querida mamá me preguntaste qué hacía. Qué era lo que el Doctor y yo hacíamos. Te mentí. Y lo siento. Te dije que era un mecánico, que íbamos de gira por el país arreglando cosas. Que yo era su Asistente Personal. Y no es cierto. Bueno, por supuesto que no lo es y no estoy segura de que me creyeras de todos modos. Eres mi madre, y por eso más inteligente. Recuerda lo que siempre dijo la abuela Mott: no se puede ocultar secretos, porque no existe tal cosa. Uno sabe siempre, ¿de otro modo quién te dijo el secreto en primer lugar?. Era tan cierto.

Bueno, hace un par de años, yo estaba a la deriva. De un

trabajo a otro, de un lugar a otro, y gracias a Dios tomé ese trabajo en HC. Gracias a Dios deje que me insistieras con eso (aunque no era en realidad el trabajo que querías que hiciera). Pero estoy feliz de que lo hayas hecho, mamá. Porque así es como conocí al hombre más fantástico que existe (y no, no al pobre Lance. Algún día, lo prometo, te voy a contar la verdadera historia de él).

Me encontré al Doctor. Él es un extraterrestre, mamá. Pero creo que lo has adivinado. No estoy segura de por qué no te gusta, pero a menudo me pregunto si es porque él me sacó de allí, y creo que hay una parte de ti que no puede aceptar que él es el único que realmente me cambió. Me hizo feliz. Me hizo una mejor persona. Lo siento, eso salió mal, no te culpo. Me diste la mejor vida posible. Realmente lo hiciste. Pero él me mostró que hay más.

Tu me preguntaste cuánto tiempo tengo pensado quedarme con él. Para siempre. Lo cual, en su línea de trabajo, podría significar cualquier cosa. Pero no voy a volver a casa pronto. Te prometo que voy a visitarte más y te voy a escribir más tarjetas. Voy a tratar de teléfonearte con mayor frecuencia, también. No vas a creer lo que le ha hecho a mi móvil, hace que el resto de ellos parezcan latas a cuerda.

No, no somos una “pareja”, no tengo nada romántico en él. Él es mi amigo. Él es mi mejor amigo. Espero explicarme correctamente. Yo no podría decirte estas cosas en persona y por eso te escribí. Iba a hacer una especie de un discurso, pero luego pensé que quieres cartas, y acá estoy escribiendote una. Es la primera vez que escribo una carta que no termine en “Atentamente” desde la blusa que le regalé en Navidad a la tía

Maureen. ¿Tenía 14 años?. Y sabes cómo terminó eso, no creo haber escrito muchas cartas desde entonces. Él cuida de mí, mamá. Tienes que confiar en él. Yo lo hago. Y espero que si yo confío en él, tú también lo hagas. El abuelo lo hace. Él lo sabe todo, y por favor no le grites, era yo quien le hizo prometer que no te dijera lo que hacemos. Para que no te preocupes.

Oh mamá, si vieras todo lo que he visto. Hemos estado en lugares, mundos, futuros y pasados que sólo se pueden ver en sueños. Creo que la mitad de ellos los soñé porque no pueden ser reales. Pero lo son. Y a donde quiera que vamos, marcamos la diferencia. Ponemos las cosas en orden, hacemos que la gente sea más feliz. Eso es lo que el Doctor hace. Él encuentra una manera para que el universo tenga sentido. Y yo lo amo por eso. Porque es desinteresado, y creo que se contagié un poco de mí, pero claramente no lo suficiente porque yo debería haber sabido lo mucho que estabas sufriendo. Debería haber sabido que sólo ir a casa para el aniversario de mi padre no era suficiente. Tú me necesitas, pero él me necesita aún más.

Y eso es terrible porque Te Amo mamá, y no poder estar allí para ti es malo, pero necesito que entiendas la razón por la que no estoy allí más a menudo.

Voy a seguir viajando con el Doctor a otros planetas, otros mundos, y conocer extraterrestres y otras cosas, algunos buenos otros malos, porque por fin estoy viviendo mi vida. Todos estos años, esperé por alguien como él y nunca me di cuenta de ello. Pero ahora sé que estoy haciendo lo correcto. Me siento viva. Y él cuida de mí tanto como yo cuido de él.

Confía en mí cuando digo que estoy a salvo, yo siempre

estaré a salvo. Y si algo me sucede (y mejor que no, porque volvería solo para atormentar su flaca pequeña vida para siempre) yo sé que él no va a dejarte con la duda. Él te dirá que no importa lo difícil que sería para él. Porque él entiende lo que es estar solo y lo malo que es. No creo que mi pequeño astronauta le deseara eso a nadie.

Te quiero, mamá, y para cuando te llegue esto (suponiendo que Lukas haga lo que le dije) me habré ido hace bastante tiempo. Pero eso es lo bueno de estar con el Doctor. Porque podría estar de vuelta antes de que lo sepas. Seis semanas podrían haber pasado para mi, y seis minutos para ti.

Cuida del abuelo. Y a esa preciosa Netty, ella es buena para él, y creo que ahora lo sabes. Ella no está tratando de ser un reemplazo para Nanna Eileen, ella es una alternativa. Y le da algo más que hacer aparte de sentarse en esa húmeda parcela durante toda la noche.

Te quiero mucho y te veré pronto.

D

xoxo”

Después de leerlo dos veces más, Wilf besó la firma y puso cuidadosamente la carta en el sobre. Pensó en el Doctor, lo que Donna había dicho acerca de la soledad. Y recordó esa triste, tan, tan triste mirada en su cara esa noche bajo la lluvia. Él la había llevado a su casa. Él los había enfrentado, al igual que Donna había sabido que haría.

Sylvia tenía sus razones, también. Sin Donna como excusa para traerlo de vuelta aquí, ¿qué garantía había de que iba a salvar a la Tierra la próxima vez?. Era demasiado fácil simplemente decir “Oh, bueno, alguien tiene que hacerlo”.



Tal vez alguien tiene que ponerse de pie, y estar listo para ser el siguiente. Entonces Wilf se puso de pie y miró a las estrellas, sintiendo como la lluvia golpeaba contra su rostro. Saludó el cielo nocturno.

—No sé si estás ahí fuera, Doctor, velando por nosotros. Pero supongo que lo estas. Porque reconozco que es lo que haces para todos, en todos los mundos, en todas partes. Pero creo que también tenemos que aprender a pararnos con los dos pies. Y no tomarte como una garantía.

Se secó la lluvia de los ojos, iba a decir que era lluvia, si es que alguien preguntaba. Y Wilfred Mott miró hacia abajo, desde los límites de su parcela, a través del oeste de Londres iluminado por la noche. No parecía que estuvieran siendo invadidos por aliens, ni que supercomputadoras estuvieran destruyendo vidas. Él sólo pensaba en la amistad.

—Vuelve pronto, Doctor —murmuró—. No sólo cuando te necesitamos.



# Agradecimientos

Este libro sólo está en vuestras manos porque Justin Richards y Steve Tribe (unos editores extraordinarios) trabajaron muy duro para llegar aquí. Estoy muy, muy agradecido a ellos. Más de lo que creen.

Debo dar las gracias a Russell T. Davies, que me puso en el camino correcto con Donna y con Wilf; a Lee Binding por su inspiradora portada; James North del Departamento de Arte de Doctor Who por su investigación; y las siguientes personas las que, realmente, me mantenían cuerdo cuando me asustaba: John Ainsworth, Edward Russell, Ben Brown, Lindsey Alford, Brian Minchin, Darren Scott y más especialmente Joe Lidster.



# Reporte de errores

No somos perfectos, todos nos equivocamos, en Audiowho también. Si has detectado un error o algo que no cuadra en la traducción de esta novela puedes hacérselo saber en:

*<https://github.com/Bigomby/audiowho-novelas/issues>*

Para ello puedes hacer click en el botón “New issue” y describirnos el error indicando, por ejemplo, la página donde se encuentra. Te agradeceremos que nos lo hagas saber para corregirlo lo antes posible.

Muchas gracias por colaborar, un saludo de parte de Audiowho.



**TODOS LOS DERECHOS LOS TIENE LA  
EDITORIAL ORIGINAL.**

AUDIOWHO Y NINGUNO DE SUS COLABORADORES  
BUSCA INFRINGIR COPYRIGHTS SINO HACER  
LLEGAR A FANS HISPANOHABLANTES EL  
UNIVERSO EXPANDIDO DE DOCTOR WHO.

ESPERAMOS CON ILUSIÓN QUE ALGÚN DÍA SE  
EDITEN ESTAS OBRAS EN ESPAÑOL. DESDE AQUÍ  
ANIMAMOS A COMPRAR NOVELAS, CÓMICS Y  
DEMÁS DEL GRAN UNIVERSO EXPANDIDO DE  
DOCTOR WHO.

PROHIBIDO LA VENTA O LA COPIA DE ESTA  
TRADUCCIÓN CON FINES LUCRATIVOS.

HECHO POR FANS Y PARA FANS.

ESTAS Y OTRAS NOVELAS Y COMICS LAS PODRÁS  
ENCONTRAR EN *[HTTP://WWW.AUDIOWHO.COM](http://www.audiowho.com)*